

La guerra en todas partes.

Jaime Restrepo Cuartas

1

Decidí investigar la historia que voy a referirles, en la mitad de una cirugía. Mi profesor, un hombre entrado en años, pausado, minucioso y gentil, pero lento en el desarrollo de las intervenciones quirúrgicas, decidió esperar un poco, antes de seguir una disección muy complicada sobre una vesícula biliar inflamada que sangraba con solo tocarla. Yo, como residente de cirugía, hacía de primer ayudante y un estudiante del curso nos hacía la segunda. El hombre colocó una compresa en el lecho sangrante, me miró con sus ojos claros, un poco perdidos, y mencionó por primera vez a Tulio Báyer. “Cuando las cosas se ponen complicadas, lo mejor es suspender el procedimiento y esperar —dijo—, pues si uno sigue escarbando termina haciendo daños”. Nos enseñaba en ese momento el undécimo mandamiento del cirujano: no escarbar. De pronto, como si estuviera recordando algo, alzó los ojos hacia la lámpara cielítica y dijo: “Eso mismo le advertí alguna vez a Tulio Báyer cuando decidió meterse en la guerrilla alegando la caótica situación nacional. Lo mejor es esperar que el país se apacigüe, y mientras tanto, continuar haciendo aquello para lo que uno está preparado; con el tiempo, si hay prudencia y dedicación, los problemas se resuelven. Pero él prefirió escarbar primero, para después de muchos años, terminar, gordo y enfermo, como médico de la policía en París. Simplemente estaba chiflado”.

Al oír aquella alusión, sin ninguna relación con la cirugía, me lo imaginé pensando en voz alta, pero, en el fondo, parecía existir una intención. En un principio no sabía si su aseveración era algo inteligente, producto de su experiencia o si se trataba de un ardid para demorar la intervención, mientras se le ocurría algo

sensato para salir del enredo en el que nos encontrábamos. Después, deduje que su alusión a Báyer pretendía atemperar un poco mi espíritu, que después de la fiebre de los años setenta, el hombre sentía desbordado. Lo cierto fue que, unos minutos después, al retirar la compresa que contenía la hemorragia, no salía sangre por ningún lado y él, con los dedos índice y pulgar de su mano derecha, haciendo uso de su tacto, un recurso bastante útil en cirugía, y mientras tarareaba alguna tonada indescifrable, logró diferenciar las estructuras en medio de tanta inflamación y terminó la intervención sin contratiempos. Como yo en ese momento me encontraba insatisfecho con la situación del país y señalaba como responsable al gobierno, quise indagar sobre aquel enigmático personaje, pero él se limitó a decirme que habían sido compañeros en Medicina y cuando tenía todas las posibilidades de triunfar en la vida, decidió irse a resolver los problemas del país, por su cuenta y riesgo, echando bala, que era lo que menos sabía hacer. Su tono fue de reproche. Tal vez un poco paternal. Sin decir nada más, se quitó el gorro de cirugía, lanzó el tapabocas a una canasta para la ropa sucia, se retiró el resto de los atuendos quirúrgicos y se vistió sin prisa. Su piel, demasiado blanca, estaba llena de pecas y su espalda se veía algo encorvada. Luego, me miró unos segundos, otra vez con sus ojos perdidos, y se despidió, como si no valiera la pena insistir en el asunto.

Sus palabras me quedaron sonando durante días. Si era tan revolucionario, ¿por qué terminó siendo médico de la policía en un país extraño?, y, ¿por qué se retiró de la guerrilla? Por mi condición en esa época, me daba la impresión de que ese hombre era un fraude, por lo menos no encajaba con la visión que yo tenía de un verdadero revolucionario. Pero pasó el tiempo y me desentendí del asunto, hasta cuando al asistir a una asamblea estudiantil, de esas que agitaron el país en la década del setenta, escuché algunas consignas que me llamaron la atención: “¡Ernesto Che Guevara, presente, presente, presente; Tulio Báyer, presente, presente, presente!”. Por supuesto había oído mencionar al Che Guevara, ¿quién no?, pero el otro nombre para mí era prácticamente desconocido. Yo apenas si

recordaba la anécdota con el profesor Arango. Al terminar la asamblea, algunos de nosotros fuimos a celebrar las decisiones en la cafetería. Allí le pregunté a uno de los líderes estudiantiles, quién era ese tal Báyer. Entonces nos habló de un libro llamado: *Carta abierta a un analfabeto político*, que circulaba por ahí, dedicado por él al profesor Francisco Arango.

En ese momento relacioné a Báyer con la anécdota de aquella cirugía. Se suponía que era una carta a un amigo sin idea en cuestiones políticas. Mi sorpresa fue escuchar la dedicatoria a mi profesor y que el estudiante mencionara el nombre con cierto fervor, como si efectivamente se tratara de una persona digna de emular. “Se la escribió a su compañero, mientras participaba en las guerrillas del Vichada. Fue famoso en su época —recalcó el estudiante—, pues es el primer médico colombiano vinculado con las guerrillas —y enarcando las cejas—, aunque en esa época los movimientos populares en Colombia eran de corte liberal y pequeño burgués”, sentenció en un tono que denotaba cierta decepción con aquella insurrección acaecida en la década del cincuenta del siglo que estaba por terminar. El primer ejemplo de un médico revolucionario en América Latina, antes de Tulio Báyer, era sin lugar a dudas Ernesto “El Che” Guevara, en Cuba, quien luchó y murió por la revolución. Quizás exista —pensé— alguna relación entre ambos y no simplemente el hecho de ser médicos, al fin de cuentas fueron contemporáneos.

Como mis ideas eran lejanas a las de aquel joven dirigente estudiantil, creí conveniente desenmascarar a sujetos como ese tal Báyer. Cuál revolucionario ni qué carajo puede ser un personaje que huye del país en uno de los momentos más críticos. No hubo entonces librerías de Medellín que no visitara buscando el mencionado libro, pero no lo encontré. En ese tiempo las más famosas eran la Librería Aguirre y la Intercontinental. Estaba proscrito en las más tradicionales, según decían. Incluso no lo encontré en La Oveja Negra, con fama de vender colecciones prohibidas, de países como Cuba, Rusia o la China. Allí conseguíamos el *Asalto al cuartel Moncada*, el *¿Que hacer?* de Lenin y *Las cinco*

tesis filosóficas de Mao Tse Tung, por ejemplo, libros que leíamos y después queríamos aplicar a las condiciones del país. Sin embargo, muchos viejos médicos, compañeros del “Mono” Arango —como le decían a mi profesor—, conocieron a Tulio Báyer en su época y uno de ellos me confesó haber empezado a leer su libro, pero éste le pareció aburrido y dogmático, pues hablaba todo el tiempo contra el gobierno, las multinacionales farmacéuticas, el imperialismo gringo, la oligarquía liberal conservadora y las directivas de la universidad. Por eso desistió de su lectura y lo regaló en la primera oportunidad, mas no se acordaba quién había sido el “afortunado”. Al decirlo, una sonrisa burlona asomó en su expresión, lo que me ratificó la sospecha de que aquel médico guerrillero podría ser un farsante.

Pero las sorpresas aparecen cuando se han perdido las esperanzas. Un día, en una anticuaría, buscando un texto de fisiología, encontré la famosa carta. No sé por qué mis ojos fueron directamente a ese sitio, en un cuarto repleto de libros. Tal vez el azar nos proporciona los caminos que debemos seguir o quizá fue porque en el borde de la estantería se leía que ese rincón de antigüedades estaba dedicado a la literatura política, y por ese tiempo todo lo político, no voy a negarlo, llamaba mi atención. Allí se encontraba, al lado de *El Capital* de Carlos Marx, las obras completas de Stalin y los cinco tomos de las *Obras escogidas* de Mao Tse Tung. Tenía la carátula naranja roída en las puntas, estaba curtida por el tiempo, las hojas amarilleaban; en fin, me encontraba al frente de una edición descuidada: *Carta abierta a un analfabeto político*, escrita por Tulio Báyer y publicado por Ediciones Hombre Nuevo. En realidad era la segunda edición pues la primera la había hecho Teresa Baztán en Bélgica en 1968, al parecer en forma clandestina y en mimeógrafo; como eran las primeras ediciones de las personas perseguidas por el régimen, condición que se repite en todos los países del mundo, incluso en los llamados democráticos.

El año de la primera edición tiene en la historia de los movimientos estudiantiles un significado muy particular, pues a partir de las jornadas de Mayo de 1968 en

París, se fueron extendiendo oleadas de levantamientos estudiantiles en Europa y América Latina. Todos ellos por razones distintas, pero con un mismo espíritu: el de la libertad en un mundo en el que la democracia parecía una farsa y los países se estaban quitando el vestido del colonialismo. El libro, cuya segunda edición tiene consignada la fecha de mayo de 1977, llevaba varios años allí, empolvado, sin que nadie se interesara en él, lo que le daba razones al vendedor para obsequiármelo por la compra del texto de fisiología que fui a buscar. Y yo, por supuesto, estaba más interesado en leer de inmediato aquella carta a mi profesor de cirugía que en preparar unas lecciones de gastroenterología con las cuales me comprometí. Todavía recuerdo la cara risueña del vendedor, al sacudirlo y entrarlo a la bolsa. Al llegar a mi casa vi que en la carátula había un pequeño párrafo dedicado a Francisco Arango y firmado en París en octubre de 1968. Fue una coincidencia particular, pues luego supe que él había participado en las jornadas de mayo, al lado de una anarquista.

“Mi querido Pacho: Yo creo que al último que le va a llegar esta carta es a vos, pero en todo caso es de parte aseada y con mucho gusto, ¿oíste?”. Abrí y en la primera página observé, garabateada, la firma de su anterior dueño, pero sus caracteres no me permitían reconocer ni el nombre ni el apellido; busqué una pluma, planté la firma mía y coloqué la fecha. Sin embargo, no me atreví a iniciar la lectura ese día.

2

Es curioso. Haber encontrado el libro me hizo perder el interés por él. Tal vez fueron los comentarios negativos escuchados sobre el texto, que me hicieran algunos colegas médicos. Algo me decía que podría perder el tiempo y mis compromisos académicos en ese momento habían tomado fuerza. Pero las obsesiones son recurrentes. Ya no podía ver pasar al profesor Arango por uno de los pasillos del viejo Hospital de San Vicente de Paúl, escucharle algún comentario en las reuniones académicas que hacíamos todos los días en el segundo piso del

área de cirugía o leer en la programación diaria, colgada en la entrada de los quirófanos por una monja, la hermana Soledad, que el “Mono” Arango era el cirujano principal en una intervención quirúrgica, sin que la figura imaginaria de Tulio Báyer volviera de inmediato a mi memoria. Hasta llegué a soñar con él: lo veía entrar a los quirófanos, descargar su fusil detrás de alguna de las estanterías y pedirle a la hermana Soledad un turno urgente para la cirugía de un guerrillero que traía del monte y mantenía escondido en una de las habitaciones de los internos en los sótanos del hospital, cosa que a veces hacíamos nosotros con algunos dirigentes estudiantiles, heridos en las pedreas con la policía. Era como si en sueños, algo me recordara no haber cumplido una tarea ineludible. Por eso decidí leer el libro y haciendo caso omiso de mis obligaciones, me tomé el tiempo necesario para ello.

Realmente fue difícil su lectura. No era de ninguna manera apasionante. El hombre no descollaba propiamente como un escritor, era una especie de botafuegos, convencido de su ideología, que plasmaba anécdotas en las que mostraba los sufrimientos de la población y los atropellos de quienes gobernaban. No todo era de mal gusto; en su discurrir usaba con frecuencia un humor fino, que le daba alegría a algunos de los pasajes. Y aunque éstos despertaban mi interés, había muchas páginas impregnadas de fundamentalismo, que muchas veces pasé a la carrera como cuando uno mira un paisaje que no le apetece. Con razón el profesor Arango, conservador ortodoxo por naturaleza, no de filiación, porque aseguraba ser liberal, diagnosticó alguna vez que su compañero de estudios padecía un clásico sarampión revolucionario. “En la juventud, no pocos jóvenes lo sufren”, solía decir con algo de sorna; es muy posible que buscando con ello lanzarme indirectas o hacerme una crítica, pues en ese entonces muchos de nosotros le hacíamos eco a los avances socialistas en el mundo. Sin embargo, a pesar de mi inicial desencanto, me aferré a los pasajes de su vida que me parecía podían señalarme los aspectos más relevantes de su personalidad. Tenía chispa, incluso el título del libro encierra cierta sátira. La aclaración hecha al principio, sobre cómo la publicación no fue posible en Cuba y fue rechazada por editoriales

en México, Francia, Italia y España, le hace a uno conservar la esperanza de que en sus páginas encontrará un tesoro, pero no es así.

Si nos atenemos a su libro *Carta abierta a un analfabeto político*, un resumen de su hoja de vida podría ser éste: nació en Riosucio, Caldas, y en el parto estuvo a punto de morir; fue bautizado dos veces; su vocación desde muy pequeño fue la de ser médico, por eso su madre lo envió a Medellín a la casa de una amiga de la infancia, pero de allí fue echado sin contemplaciones; dio a lo largo de su carrera muchas muestras de rebeldía, como por ejemplo cuando decidió levantarse en armas por la muerte de Jorge Eliécer Gaitán; fue un estudiante del común, perdió anatomía, y nunca se destacó por sus calificaciones; tampoco se graduó con honores, pues la tesis que hizo estuvo a punto de ser repudiada por los jurados; se graduó de médico en 1953 en la Universidad de Antioquia; inició su año rural en Anorí y lo terminó en Dabeiba, dos pueblitos aislados del departamento de Antioquia; allí escribió su primera novela *Kilómetro 18, carretera al mar*; enseñó física médica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Caldas, un programa que recién se iniciaba; viajó a Estados Unidos a perfeccionar el inglés en Ann Harbor, Michigan, antes de ser recibido en la Universidad de Harvard, en donde fue asistente de un famoso profesor de farmacología, el doctor Paasonen; al regresar se casó con Morelia Angulo, una bella sonsoneña que conoció en su juventud y con quien no tuvo descendencia; pero su matrimonio, sin razones conocidas, duró apenas unos meses. Por los conocimientos obtenidos en Boston regresó de nuevo a la Universidad de Caldas como jefe del departamento de ciencias básicas; de allí fue destituido por sus enfrentamientos políticos y su vida licenciosa con una prostituta de nombre Josefina Butler; pidió un puesto como médico en Puerto Carreño y le fue concedido, pero nunca le llegó el nombramiento; fue aceptado como médico en el hospital de Puerto Ayacucho en Venezuela, y en esa población llanera tuvo el honor de ser cónsul colombiano ad honorem y médico indigenista del gobierno venezolano, pero se enfrentó con ambos gobiernos y se retiró antes de ser destituido; su rebeldía lo llevó a hacerse miembro del grupo guerrillero comandado por Rosendo Colmenares en lo que se

llamó el segundo levantamiento llanero, en el Vichada; participó sólo en tres asaltos y en el último de ellos fue arrestado por hombres del ejército bajo las órdenes del coronel Álvaro Valencia Tovar. Sin que mediara un juicio, fue encerrado en la cárcel Modelo en Bogotá; allí dirigió una huelga de hambre con los presos del penal y fue liberado después de exigirle al presidente Guillermo León Valencia que lo soltara o lo fusilara; intentó un nuevo levantamiento en la Sierra Nevada de Santa Marta pero al ser traicionado debió huir del país; después de un paso fugaz por México se radicó en Cuba, en donde tuvo amores con Enoeida Lagos y se peleó con el “Ché” Guevara; más tarde viajó a estudiar en Checoslovaquia, enviado por el régimen de Fidel Castro, pero terminó en París, en donde fue partícipe del movimiento estudiantil de mayo de 1968, en compañía de Monique, una bella anarquista. Después de conseguir visa de residente, fue traductor del periódico *Le Monde*, escritor de libros y médico de la policía en París, hasta que le llegó la muerte en 1984, la que esperaba desde que supo, siendo estudiante de medicina, que una grave enfermedad se incubaba desde el nacimiento en su organismo.

Señalar a Tulio como un rebelde sería una especie de repetición de lo que por ahí se oye decir. Poco sabía yo en ese momento de sus primeros años, por supuesto determinantes en la personalidad final. Su tesis para lograr graduarse fue presentada ante tres eminentes médicos de la época, en 1954. Ahí —dice él—, decidió, por primera vez, sentar cabeza. Ellos fueron: Alberto Gómez Arango, un célebre profesor de cirugía que a mí me tocó conocer siendo residente; Alberto Bernal Nicholls, en ese tiempo rector de la Universidad de Antioquia— y Pedro Antonio Rodríguez Pérez, un español que fungió como su presidente de tesis. El estudio versaba sobre la medicina legal en Colombia y contenía tal acerbo de críticas al sistema jurídico colombiano que los jurados, ofendidos y con un inconsciente dolor de patria, optaron por no aceptarla. Yo logré hablar al final de sus días con el profesor Gómez Arango, de una memoria prodigiosa, y en esa oportunidad me dijo: “mire muchachito, de solo pensar que lo tendríamos que seguir aguantando un año más, desistimos del empeño”. Vale la pena contar que

la dedicatoria de su tesis rezaba: “A todos los campesinos colombianos cuyos cadáveres ni siquiera sirvieron para hacer progresar la medicina legal colombiana”. Lo mejor era salir de él con rapidez, pero, ¿por qué?, ¿sólo por unas cuantas críticas sobre algo que además era potencialmente cierto?, o ¿habría algún otro incidente en su vida académica, que los forzara a tomar tal decisión? Esas eran las dudas que me obligaban a persistir en el empeño de indagar más.

Tulio hizo su medicina rural —cuestión obligatoria en Colombia para los médicos recién graduados— en Anorí, muy cerca de Amalfi, la población en la que por ese mismo tiempo su compañero Francisco Arango realizaba también su año rural, y la terminó en Dabeiba, pueblo por donde se construía en aquel entonces el último tramo de la carretera al mar. Su estadía allí le permitió escribir una novela que tampoco se consigue fácilmente: “Kilómetro 18, carretera al mar”. De esa historia les contaré más adelante, pues después tuve la oportunidad de leerla. En ese tiempo —según refiere— también estuvo enamorado de quien fuera su mujer y en su *Carta abierta a un analfabeto político* apenas si la menciona, incluso en un tono despectivo, como si fuera un pasaje simplemente pasional de su vida. Algo relata de su belleza y del deseo por ella, que nació al parecer entre el aislamiento y la soledad de aquellos municipios olvidados. Pero la pasión no fue suficiente y después de muchas treguas decidieron separarse en forma definitiva. Muchos aspectos son oscuros, por eso tendré que indagar más sobre esos años.

“La rebeldía nace del espectáculo de la sinrazón ante una condición injusta e incomprensible”, decía Camus. La carrera de medicina y la profesión de médico nos acercan al dolor, la muerte, la tristeza, la ausencia, y muchas veces también a la miseria, no sólo la producida por la enfermedad, que ya de por sí es angustiosa, sino también la que suele acompañarla y rodearla, por ser más común en medio de la pobreza, la injusticia y la desigualdad. Pero, ¿serían estas razones suficientes? Sospecho que en los primeros años de la vida de este hombre debe haber explicaciones sobre la formación de su carácter rebelde. No es necesario

ser el oprimido —decía Camus—, basta estar ante el espectáculo de la opresión, y él lo estuvo o por lo menos así se sentía.

Su condición de médico y su afición por la física y la farmacología lo acercaron a ser consultor de un laboratorio farmacéutico, llamado laboratorios CUP, del Dr. César Uribe Piedrahita, hombre eminente, culto, pintor, escritor consagrado, con dos novelas publicadas: *Toá* y *Mancha de aceite*. No sé exactamente por qué, pero creo que para Báyer, César Uribe Piedrahita representaba, de alguna manera, la imagen del hombre capaz de describir los sufrimientos del pueblo y combatir a los enemigos del país, valga decir al imperialismo; además, César Uribe Piedrahita escribía novelas y tal vez de cierta forma se sentía identificado con este prohombre. Era Báyer, uno de los primeros estudiosos de la farmacología, con formación en el extranjero, lo cual lo convertía para nuestro país en una autoridad, así realmente no lo fuera. Allí tuvo la oportunidad de descubrir, cómo importaban más los ingresos por las ventas de medicamentos, que la calidad de los resultados logrados en los enfermos. Su olfato social le permitió encontrar que las drogas producidas en el laboratorio no contenían las cantidades necesarias de las sustancias activas y salían íntegras en las materias fecales, sin disolverse en los jugos intestinales, y por tanto resultaban inefectivas, e hizo esas denuncias abiertamente, así como otras, por ejemplo las relacionadas con el agua que el alcalde de Manizales, don Pedro Botero, ganadero y dueño de una lechería, le mezclaba a la leche que vendían en el pueblo, lo cual forzó al burgomaestre a renunciar a su puesto, y a él a abandonar su trabajo de científico y la ciudad que lo había acogido en sus claustros académicos. ¿Una muestra de su incontrolable personalidad?

3

Algún día, después de asistir a una obra de teatro, le comenté a un amigo sobre mi interés en el tema y me refirió cómo su suegro era familiar de Tulio Báyer y conocía muchas anécdotas de la juventud de aquel guerrillero, en el tiempo en

que fue estudiante de medicina. Se llamaba Ricardo Toro; hice una cita con él en mi oficina y tomando un café me contó con mucha familiaridad algunos aspectos, casi todos escuchados de familiares y amigos. Cuando lo conoció, era apenas un niño y el joven Tulio, a instancias de su madre y a regañadientes, fue algunas veces a visitarlos. Sus padres —me refirió Ricardo— eran don Rafael Báyer, hijo de un alemán industrial que vino durante la “Revolución en marcha” del presidente López Pumarejo y doña Elisa Jaramillo una dama sonsoneña, ambos fallecidos. “Tenía un hermano —me comentó—, comerciante, de nombre Javier Báyer, también muerto, y una hermana, con demencia senil, residente en Manizales”. La época más oscura, que poco aparece relatada en sus libros y sus cartas, es la que hace referencia a su primera mujer. Desde ese momento comprendí que debía buscar la oportunidad de hablar con el profesor Arango, quien seguramente la conoció en el tiempo en el que ambos compartían sus andanzas en el año rural.

“Quizás el matrimonio no funcionó porque él tenía algún problema”, comentó don Ricardo, dejando entrever inconvenientes de carácter sexual. “Además, el muchacho se sentía avergonzado por algo, pues contaba que su mal estaba en el pecho, y al decirlo se llevaba la mano al corazón”, se atrevió a confesar, bajando un poco la voz como si estuviera a punto de contar algo demasiado reservado. “Tal vez —continuó con entusiasmo al descubrir mi interés—, era algo relativo al sexo, pues en familia se escuchaba que no le habían descendido los testículos, y para ser sincero —puso énfasis—, su voz me parecía afeminada”. Al terminar el diálogo, y casi a punto de despedirse, me refirió que, o el padre era de temperamento fuerte o el joven Tulio demasiado indómito. Como tenían poco dinero no podían sostener su carrera de medicina, costeando al mismo tiempo su estadía en Medellín; por eso, unos amigos de la familia, los Peláez Gómez, lo acogieron en su casa y dispusieron el cuarto de huéspedes para él. “Esa familia le guardaba mucho aprecio a doña Elisa. Sin embargo, de ellos nunca más volví a saber. El señor se llamaba Efraín Peláez y era comerciante. De todos modos, Tulio tenía fama de loco”. Así las cosas, en este tema, el asunto quedó en punta.

Busqué entonces en un directorio telefónico la casa de don Efraín Peláez y encontré seis personas con ese nombre viviendo en Medellín; además, había otro que descarté pues residía en San Antonio de Prado, un pueblito cercano, pero también en el Valle de Aburrá. De todos modos me jugaba un albur, pues nada me garantizaba que el teléfono de la casa figurara a nombre del padre, sabiendo que había transcurrido mucho tiempo desde que Tulio había sido acogido por aquella familia. Llamé con insistencia. Tres de ellos eran hombres menores de cincuenta años lo que no los hacía candidatos, pues los jóvenes de aquella época deberían estar en la actualidad por encima de los ochenta. Otro era un señor de setenta y cinco años, que bien pudiera estar en el límite si tenemos en cuenta que la familia tenía una hija pequeña, lo que lo haría, para ese entonces, un padre joven, de unos veinticinco años. Le dije que era un periodista —lo cual no es cierto— dedicado a investigar la historia de un médico de nombre Tulio Báyer, que había vivido en su juventud con un señor llamado como él. Don Efraín no me dijo ni sí, ni no, y estimuló mi curiosidad porque decía haber conocido un señor con ese apellido; mas sus recuerdos eran vagos. “Es mi memoria, —dijo— me falla casi siempre por las tardes”. El señor, sin embargo, era de Marinilla y apenas hacía diez años residía en Medellín. El sueño de su vida fue venirse a vivir a la capital, me repitió varias veces en tono amigable y me invitó a su casa para contarme la historia de su vida; lo que he pensado hacer luego, así sea para retribuir su amabilidad.

Un quinto Efraín acababa de fallecer, y la hija, consternada, pasó al teléfono pensando que yo era un amigo de su papá; me invitó a las exequias y me prometió una conversación. El señor Peláez tenía una hija, así que no podía descartar que pudiera ser la persona que buscaba. No podía desdeñar el entierro de su padre, y al día siguiente fui a Jardines Montesacro, en las afueras de la ciudad. Los carteles decían que el señor Efraín Peláez descansaba en la paz del señor. En la sala número dos de velación encontré algunos ramos de flores y unas cuantas personas acompañando el féretro, entre ellas, siempre rodeada por sus

familiares, la hija desconsolada. Mientras lloraba sobre mi hombro, me presenté. “Oí de su padre —le dije—, porque él fue muy hospitalario con un amigo; se llamaba Tulio Báyer, y vivió con su familia cuando usted era muy niña”. Ella, de unos cincuenta y cinco años, me miró como tratando de entenderme y me respondió que sí, su padre era muy servicial y solía recibir en su casa a amigos y familiares. “Pero como comprenderá, estoy tan confundida que no recuerdo esa persona, ¿cómo dijo que se llamaba?”. “Báyer, Tulio Báyer”, le respondí. Pero en ese momento llegó alguien a abrazarla, un hijo tal vez y ya no fue posible seguir indagando. Entonces me retiré, apunté la dirección de la familia, escrita en el cartel de invitación a las exequias y decidí esperar otra oportunidad.

El sexto Efraín resultó ser un abogado. El teléfono era de una oficina. Me contestó su hijo, otro abogado. Su padre estaba en París de vacaciones y ellos vivían solos desde que su madre, una abogada más, murió de un cáncer, hacía apenas un año. No hubo razones para pensar que hubiera alguna relación entre ellos y mi búsqueda, así que me despedí cortésmente. Sólo me quedaba la opción del señor que acababa de morir, o por qué no del que vivía en San Antonio de Prado y que inicialmente había descartado.

Aquella familia —pensé— pudo haber cambiado de residencia, al fin de cuentas Medellín es hoy en día una ciudad costosa para vivir. Mientras pasaba el duelo de la hija del quinto Efraín, decidí llamar a la última opción. Pero al no lograr respuesta, busqué la dirección y me encaminé al lugar. Era un sábado y no estaba de turno ese día. El pueblo queda en la falda de una montaña a unos cuarenta minutos del centro de la ciudad. Estacioné mi viejo automóvil en el parque, miré los números en las esquinas y comencé a recorrer las calles. No fue difícil encontrar el sitio en una callejuela estrecha a unas tres cuadras arriba de la iglesia. La puerta, vencida por los años, tenía un postigo y al lado había un aldabón de hierro forjado. Toqué tres veces. Cuando iba a repetir los golpes sentí el sonido de un bastón y alguien descorrió un pasador y abrió el postigo. Me

encontré cara a cara con unos ojos grises que intentaban mirar a través de sus cataratas. La luz del día se reflejaba en sus ojos. Era un anciano rabioso que farfulló unas cuantas frases de contrariedad. Pregunté por don Efraín, y él gritó mientras se devolvía: “¡Tulia, vino el muchacho del periódico!”. Entonces salió Tulia con un billete de dos mil pesos y cuando iba a entregármelo, me miró a la cara y lo escondió. “¿Qué quiere?”, dijo y yo le respondí que estaba interesado en hablar con el señor Peláez. Entonces se asomó para verme del todo, miró si estaba solo y me explicó que el marido estaba muy viejo y le daban celos de las personas jóvenes. Yo le dije que era médico y estaba haciendo una investigación y ella me creyó miembro del puesto de salud y me abrió la puerta. Cuando entré, empezó a contarme sus achaques y los del anciano. Me hizo sentar en la sala, abrió la ventana para darle paso a la luz. Desde el lugar se oía al viejo refunfuñar, pero ella lo tranquilizaba diciéndole que era el doctor y le iba a pedir una receta para la memoria.

Desapareció un rato. Mientras tanto miré en derredor. Los muebles eran un sofá verde curtido por los años y dos poltronas rojas en buen estado; había una mesa de centro y una porcelana de dos danzarines entrelazados, como adorno. En el techo una lámpara de lágrimas que pendía de un cable, con algunas telarañas. Al fondo, al lado de un cuadro antiguo de un general, había una humedad sobre la pared. Una veta oscura bajaba destiñendo la pintura verde. A través de la puerta se veía un patio con bifloras y más allá lo que parecía el comedor. En una silla del pasillo se alcanzaban a ver los pies del anciano quien le preguntaba qué cosa me iba a llevar si yo era un extraño. “Pues un tinto, —dijo ella— no ves que es el doctor”. Entonces doña Tulia apareció con una bandeja, un café caliente y una azucarera. Yo tomé el pocillo y ella se sentó en la poltrona desde donde miraba constantemente a su anciano marido. Le pregunté si conocía a Tulio Báyer, un médico que había vivido en la casa de un señor con el mismo nombre de su marido y ella le gritó a su esposo: “¡Efraín, que si conocemos a Tulio Báyer!”, el marido le dijo que sí y ella repitió que no, pues él tenía la manía de creer conocer

a todo el mundo. “¿Ustedes vivieron en Medellín?”, le pregunté para definir de una vez alguna posibilidad y ella me dijo que sí; habían vivido en la casa de una hija casada. “Pero la muchacha tenía mucha obligación, ¿cierto mijo?”, —le gritó de nuevo al marido— y el anciano contestó que no. “Le gusta llevarme la contraria”, respondió la mujer en voz baja para que él no la oyera. Tulio Báyer nació en Riosucio y era hijo de doña Elisa Jaramillo, le dije, quizás se acordaría más fácil de una amiga. “Los Jaramillos son de Rionegro, —me contestó— pero algunos se fueron a vivir a Manizales; yo conocí a Soledad Jaramillo, pero ella me llevaba dos años y ya murió”. “¿Por quién pregunta?” —gritó el viejo desde el patio—, y agregó: “¿qué es esa preguntadera?”; luego siguió hablando cosas sin relación con la conversación. Entonces entendí que no había caso, le escribí una fórmula para la memoria y me despedí de ella. Desde el umbral de la puerta le dije adiós al viejo y él respondió: “váyase ya, aquí estamos aliviados”.

4

Un mes más tarde, cuando calculé que la pena de la hija del quinto Efraín se había mitigado, busqué la dirección y fui a visitarla. Ella me abrió la puerta. Me reconoció de inmediato y me mandó a seguir. “Los amigos de mi padre son bienvenidos en mi casa —dijo con amabilidad— siento no haberlo atendido como se merecía aquel día, pero en ese momento no tenía cabeza —siguió contándome, mientras me acompañaba a la sala de su casa—, pero ¿sabe?, he estado pensando mucho en usted en estos días —me tomó del brazo—, el señor que usted busca ¿no es un estudiante que robaba cadáveres en el cementerio?”. “Esa parte no la sé —le contesté—, pero puede ser posible, él estudiaba medicina cuando fue a vivir en la que podría haber sido la casa de ustedes. Además, ha sido tradicional entre los estudiantes de los primeros años de medicina, buscar huesos y calaveras en los cementerios”.

Después de ofrecerme un café, continuó explicando cómo ella estaba muy pequeña y no se acordaba de nada, pero Isaura, la señora que les hacía el servicio doméstico, le contó alguna vez la historia de un estudiante que vivió con ellos y a quien la madre debió echar de la casa porque tenía un esqueleto y se la pasaba asustando al vecindario. “Y no es que estuviera por ahí, exhibiéndolo — anotó—, pero la noticia se regó en el barrio y entonces los niños querían ver la calavera y se asomaban por las ventanas, y algunos más grandecitos se atrevían a tocar la puerta y a pedir que, por favor, les mostraran el muerto, y luego vinieron las prohibiciones de mis padres a acercarme a ese cuarto y el miedo de muchos vecinos a pasar por el frente de la casa, y los sermones del cura en el púlpito de la iglesia, lo cual se convirtió en el suplicio más grande para mi madre, quien creía que por eso podría condenarse”.

“Espéreme un tanto —dijo Ana la hija de Efraín—, mientras voy por el café”. Desde la cocina seguía hablando. “Isaura debe acordarse”, recalcaba y al momento regresaba hablando de nuevo, ahora desde el corredor. “Isaura ya no está con nosotros porque al morir mi madre no teníamos manera de sostener una muchacha de servicio, pero ella todavía vive y tiene una memoria prodigiosa. Voy a hablarle por teléfono para anunciarle nuestra visita”. Entonces se dedicó a llamar para concertar una reunión. Por un instante, mientras marcaba los números, la miré: robusta, poblada de canas, de ojos inquietos, miraba al cielorraso, al patio, y hacia el sitio en donde yo estaba sentado. Cuando la mujer pasó al teléfono se saludaron con familiaridad, hablaron de cosas personales, del padre muerto, se dijeron muchas veces la falta que se hacían, y luego ella le contó de mí: “Un señor quiere indagar sobre la historia de un joven que vivió con nosotros cuando yo era muy niña”, dijo. Isaura decía acordarse de esa historia y aceptó recibirnos.

Al día siguiente fuimos a buscarla. Vivía en Bello, o sea al extremo norte del Valle de Aburrá. Era un barrio periférico sobre la montaña occidental de la ciudad; subimos en mi carro por una carretera en caracol hasta un lugar en donde se terminaba el asfalto. El vehículo hubo que dejarlo en una bomba de gasolina y

desde allí anduvimos por un pasaje peatonal a cuyos lados se acumulaban las viviendas. Era un barrio pobre pero acogedor, con antejardines en las casas y canastas de flores colgando desde las vigas de los techos. Nos abrió una mujer negra, anciana y obesa, que caminaba con dificultad. Al reconocerse, las dos mujeres se abrazaron largo rato. Fue un abrazo de felicidad y de pésame por la muerte del papá de Ana. “No pude ir —le dijo— porque la artritis me está matando; ya no puedo caminar ni siquiera una cuadra. Hasta para ir a misa me da brega”. Volvieron a decirse los sentimientos que las embargaban y luego, al verme ahí parado en el umbral de la puerta, la negra se desprendió del abrazo, me saludó extendiéndome la mano y con una sonrisa fresca nos hizo seguir a la pequeña sala y nos invitó a sentarnos. “Antes de hablar —nos aclaró— les puedo ofrecer un café o un jugo”. Ana aceptó el jugo y yo el café. Desde la sala llamó a Natalia y le hizo los pedidos. A lo lejos se escuchaban los movimientos de alguien en la cocina.

Los ojos de ambas lloraron. “Que rico verlos en mi casa —decía con voz entrecortada—, uno como pobre tiene mucho que agradecerles, y doña Tulia y don Efraín fueron muy generosos conmigo. Ella y yo —refiriéndose a la mamá de Ana— éramos como hermanas”. Mucho rato duraron hablando, contándose anécdotas y cosas personales, con entusiasmo y lo hacían delante de mí como si yo estuviera interesado en oírlas, pero no me atreví a interrumpir porque se notaba el interés de hablar cuestiones personales después de tantos años de estar separadas.

Luego explicó que no se acordaba del nombre del muchacho que vivió con ellos en Medellín; eso fue hace mucho tiempo, dijo, aclarando que Ana no tendría más de cuatro o cinco años; sin embargo, nos habló de un joven, desgarrado y medio loco, quien durante semanas enteras no se aparecía en la casa, dizque por estar durmiendo en los barrios populares y cuando aparecía —hacía gestos de contrariedad, Isaura— se encontraba picado de pulgas y zancudos, y vistiendo harapos que había que botar a la basura de lo sucios y rotos. Decía que las ropas de él, se las había regalado a los pobres, en pago por dejarlo pasar la noche en el

mismo cuarto en donde dormían, y entonces don Efraín, entre enojado y arrepentido, le buscaba unos pantalones viejos y una camisa para que pudiera presentarse medio decente en la universidad. Ese cuento le duró hasta cuando lo agarró un carranchil, que consiguió en una de aquellas dormidas con los zarrapastrosos. El asunto fue de suma gravedad, porque la enfermedad le invadió toda la piel del cuerpo, no soportaba la ropa y debía permanecer desnudo, y hubo de ser internado en una de las salas de caridad del Hospital San Vicente de Paúl.

Al rato, con la familiaridad de quien sabe contar historias, Isaura comenzó su versión sobre el joven que se suponía podría ser Tulio Báyer: “El muchacho apareció un día con un morral adonde le cabía toda la ropa, un cepillo de dientes y una cachucha que nunca se puso. La mamá de él y doña Tulia se hicieron muy amigas en una finca en Sonsón y cuando él llegó, lo recibieron con mucho cariño y lo acomodaron en una habitación independiente; la de los huéspedes. El joven había pasado a la universidad y sus padres tenían la esperanza de que, por fin, hubiera un médico en la familia. Al principio fue normal, porque él salía de madrugada a las clases y llegaba por la noche, comía cualquier cosa, se metía en su cuarto a estudiar y allí pasaba la mayor parte del tiempo. Pero dicen que perdió una materia y entonces se enloqueció y empezó a llevar huesos a la casa, que eran, según decía, para preparar un examen final. Ponía mucho empeño alegando que si volvía a perder la materia, lo echaban. Yo estaba muy joven, pues, ¿qué tendría? Por ahí unos diez y seis años, y una tan niña se asustaba. Apenas si entraba a su cuarto y esas cosas ni las volteaba a mirar. Me daba mucho fastidio porque el olor de esas cosas se le quedaba a una, pegado y no le salía ni con jabón. Ya Anita caminaba por todas partes y yo le tenía prohibido que entrara a ese cuarto, porque, imagínense los peligros. Una vez la vi sentada en el patio chupándose un hueso de esos. El resto del día me la pasé esperando el cólico o la fiebre. Pero no pasó nada. Esa cuestión ni siquiera se la conté a doña Tulia; ¿ustedes se imaginan?, de habérselo dicho me hubiera matado”.

— Ay, no, que asco. Siquiera no me contaste nada— repetía Ana haciendo mala cara.

— Pero tranquila niña que si en esa época no pasó nada, menos ahora —le contestaba Isaura, mientras yo sonreía.

“Pero bueno, pase lo de unos cuantos huesos; pero después se apareció con un esqueleto que le había prestado un profesor de donde estudiaba. Era completito, así con todos los huesitos pegados con unos ganchos, y como no tenía adonde colgarlo, entonces lo acostaba en la cama, ahí, encima del tendido. Yo desde ese entonces no volví a entrar a esa pieza por nada del mundo y doña Tulia y el señor Efraín hablaron seriamente con él y le pidieron que arreglara su cuarto porque yo no estaba dispuesta a entrar a ese sitio; pero él les prometió que era cosa de un mes, mientras presentaba un examen de anatomía, y juró devolverlo tan pronto eso ocurriera. Sin embargo, el cuento se regó en el barrio y eso fue todo un alboroto. Hasta el padre Alfonso habló sobre cómo los muertos necesitaban reposo en el camposanto, y luego preguntó cómo era posible que personas inescrupulosas sacaran los huesos de la última morada y estuvieran plenos de dicha exhibiendo el sacrilegio.

El joven cumplió la promesa, al mes se llevó su esqueleto en un costal y nos dijo a todos que nos despreocupáramos pues Robinson —así llamaba al muerto— había vuelto a su lugar preferido en el anfiteatro de la facultad de medicina. `Está en la mejor esquina del anfiteatro, siempre sonriente y desde allí contempla a sus futuros colegas`, y hasta nos hacía reír. Entonces doña Tulia habló con el padre Alfonso y él fue a la casa y regó agua bendita por todas partes y leyó unas oraciones y luego rezamos en coro por el alma del difunto. Después, el cura tomó chocolate y galletitas con doña Tulia y con don Efraín y el asunto quedó arreglado, pero siempre con la promesa de prohibir esas afrentas contra la dignidad de los muertos, pues casos como ese no podían repetirse, por más estudiante de medicina que fuera el muchacho, ya que para estudiar anatomía —decía el sacerdote— estaban los libros y no había que irse por ahí sacando huesos de los

cementerios, como en la edad media. De todos modos el joven terminó mal —dijo Isaura— su locura nos contagió a todos”.

5

Tulio cerró la puerta de su habitación, mientras Anita jugaba en el patio con las muñecas. Los sábados, los padres de la niña salían a mercar y él aprovechaba para estudiar. Estiró el esqueleto en el suelo. Abrió los libros de Testut Latarget en las páginas correspondientes al sistema óseo. Empezó por el cráneo, pero sólo pudo estudiarlo externamente, porque la calavera no permitía detallarlo por dentro y en esa parte fue en donde lo corcharon cuando presentó, y perdió el examen final de anatomía. Necesitaba un tres y sacó dos con ocho, y “Pronador”, en ese tiempo un joven monitor de la materia, fue implacable con él. “¿Cuál es ese orificio, justo ahí a ambos lados de la base del cráneo?” —le preguntó y Tulio ni siquiera sabía para qué diablos servían ese montón de huecos—. “El foramen lacerum, joven —le aclaró el monitor—, justo entre los huesos esfenoides y temporal; por ahí entra, nada más ni nada menos, que la carótida interna, la arteria que le proporciona la irrigación al cerebro. ¿No le parece importante jovencito?”.

Tulio juró desde ese instante que jamás nadie lo volvería a corchar en anatomía y por eso se la pasaba horas y horas memorizando cada apófisis, cada foramen, cada fosa, cada cóndilo, cada tubérculo. Ya había recorrido todos y cada uno de los huesos del cuerpo cuando recordó que le faltaba aprenderse los orificios del cráneo. Dejó sus cosas en donde estaban, cerró la puerta de su habitación, se despidió de la niña que apenas si lo miró, y se fue a una ferretería a comprar una sierra. Necesitaba mirar el cráneo por dentro. Regresó con la sierra y se volvió a encerrar en su cuarto. Miró por donde cortar y escogió, según los dibujos del libro, el lugar más adecuado para iniciar el corte, pero, antes de hacerlo reflexionó, no podía partirle en dos la cabeza a “Robinson”, porque era un préstamo del

departamento de anatomía, conseguido con mucha dificultad, precisamente como un favor del monitor que lo había rajado en la materia y del cual se hizo amigo por necesidad, porque para ser franco, lo odiaba. Desistió del empeño por miedo a que de nuevo “Pronador” se desquitara con él. Entonces se le ocurrió una idea y llamó por teléfono a su compañero, el “Mono” Arango. “Camarada —le dijo—, es la hora de cobrar el favor que prometiste hacerme cuando te ayudé a ganar fisiología, ¿te acuerdas?”. Y el “Mono”, que se había encariñado con él, le respondió que sí, por supuesto.

Se encontraron a las diez de noche en el café “La Bastilla”, un lugar en el centro de la ciudad, frecuentado por bohemios y escritores, y allí se tomaron un par de cervezas. “El Mono”, de una familia tradicional, debió inventar en su casa que lo habían citado a reemplazar a un compañero en una rotación de Policlínica. Y la familia se puso feliz con la noticia. “Vaya hijo, aproveche”, le dijeron. En el sitio de encuentro le contó Tulio el plan que tenía. Le habló quedo y firme. Su amigo no lo podía creer, pero se sentía intrigado y atraído, en medio de la seguridad desplegada por su compañero. Todo estaba planificado. Había pasado varias veces por los alrededores del cementerio de san Lorenzo. Francisco Arango ni siquiera había oído hablar de ese lugar. “Es el cementerio de los pobres”, le dijo Tulio, y sonrió. No abordarían la puerta ni tenían que amarrar al portero. Saltarían desde la calle por un muro, en el sitio en donde la tapia era más baja. Tampoco sería necesario abrir ningún mausoleo, ni romper rejas, ni cavar muy hondo, sino, acudir a las fosas de quienes estaban enterrados en el suelo. Así que, manos a la obra. No fue difícil sortear el muro externo. Adentro, se veían las bóvedas dispuestas sobre los muros. Uno que otro mausoleo y la mayoría de las cruces estaban torcidas y desperdigadas en el terreno, amalgado como si fueran eras.

Francisco Arango estaba frío y temblaba. La voz se quebraba: “Eso es profanación”, repetía. Pero Tulio buscaba tranquilizarlo. “Escogeremos una de las tumbas más viejas, así sólo encontraremos huesos. Despreocúpate, nadie va a preguntar por ellos”. Abajo, en la caseta del vigilante, brillaba una tenue luz

amarilla y de vez en cuando la sombra de una figura se proyectaba sobre una pequeña ventana. Estaba oscuro, no había luna y el cielo se cubría de nubes. De vez en cuando el horizonte se iluminaba con algún relámpago. “Va a llover, volvamos otro día”, le insistía “El Mono”. “Debe ser hoy, mi examen es la semana entrante y si llueve, será más fácil excavar la tierra”.

Tulio alumbraba con una pequeña linterna de esas que sirven para mirar las amígdalas de las personas enfermas. Recorrió varias de las cruces enterradas, leyó los letreros y escogió una tumba. Arcadio Vélez 1795- 1842. “Ven —le dijo al ‘Mono`— ya todos los familiares de este señor deben estar muertos”. De su bolso sacó una pequeña pala comprada en la misma ferretería en donde consiguió la sierra, y comenzó a cavar. “Ayúdame, echa la tierra para un lado” y “El Mono” se apresuró con sus manos, para terminar lo más pronto posible, pero no hallaron el esqueleto; sólo un polvo amarillo, diferente a la tierra común, y apenas un fragmento de lo que parecía una costilla; así que buscaron otra tumba. “Vamos a cavar en una más reciente”. Eva Atehortúa, 1850-1910. Empezaron con entusiasmo y apenas a cincuenta centímetros encontraron los huesos. Siguieron el hilo de la figura humana. Un fémur casi entero, las vértebras, las costillas. Muchos huesos de éstos se deshacían en la mano con sólo tocarlos, pero la calavera estaba intacta; se diría que momificada.

Salieron con premura dejando abandonadas en el lugar la pala y la linterna. Después pensaron en recuperarlas, pero ya era demasiado tarde. Comenzaba a llover. Metieron la momia en la bolsa de Tulio, brincaron el muro y cayeron a la calle. El “Mono” Arango rodó por el suelo. Luego corrieron y se perdieron en las calles vecinas. El “Mono” comenzó a cojear, se había torcido un tobillo, pero desestimó el golpe y siguió corriendo hasta que la lluvia arreció y les lavó la cara. Entonces se separaron, cada uno en dirección a su residencia.

Al día siguiente, la familia Peláez iría a Sonsón. Iban a estar dos días con los familiares y amigos. “Es probable que veamos a tus padres, ¿quieres enviarles

alguna carta?”, le dijeron a Tulio. “No, no tengo tiempo, la semana entrante me harán un examen. Llévenles saludes”. Isaura, la muchacha del servicio también aprovecharía la ausencia de sus patronos para visitar a su familia en Bello y Tulio pudo permanecer solo ese fin de semana. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

“El lunes —cuenta Isaura—, llegué a la casa temprano como de costumbre y empecé a hacer los oficios. Entré a la cocina y sentí un olor como raro. Como si se hubiera muerto alguna rata y estuviera por ahí en uno de los desagües. Seguí un camino con mi nariz tratando de descubrir en dónde estaba la podredumbre. Había un hilo de olor desde la cocina hasta la habitación del muchacho. Todo en apariencia estaba bien, a no ser por el hedor. Entonces abrí la estantería en donde se guardaban las ollas y encontré ese olor mucho más fuerte, y vi que la olla más grande estaba curtida como con un sebo que no se despegaba con el jabón. Seguí buscando y encontré la basura llena con unos ñervos apestosos. Me llené de pánico. No sabía qué hacer. Boté la basura y lavé varias veces todos los trastos; pero el olor no se perdía y ya hasta mis manos y mi cuerpo estaban impregnados.

Cuando don Efraín y doña Tulia llegaron de su paseo, el martes por la mañana, les conté la historia. Tenía que explicarles; cómo iba a ocultarles la verdad si toda la casa estaba pasada. No teníamos idea de qué había ocurrido y la señora, preocupada, hizo llamar al doctor don Pascual, un médico amigo de la familia que vivía no más a dos cuadras y tenía su consultorio en la misma casa. Él vino, inspeccionó y esculcó entre las pertenencias del muchacho y cuál sería la sorpresa cuando destapó delante de nosotros una calavera que el joven había escondido, envuelta en periódicos, debajo de la cama. Ese joven se robó una cabeza de algún cementerio y la había puesto a hervir en las ollas de la cocina, para sacarle los ñervos y los pedazos de carne que le quedaban. En la prensa salió la noticia sobre la existencia de personas inescrupulosas que profanaban cementerios y se robaban los cadáveres. Hasta dejaron como pruebas —decía la noticia—, las herramientas con las que habían consumado las fechorías.

Total, eso fue el acabose. Cuando Tulio llegó por la noche tenía en el zaguán la maletita con sus libros y sus corotos, incluida la calavera, y no se le permitió volver a poner los pies en la casa. Después hubo misas, exorcismos, cantos, rezos, abluciones, y hasta sortilegios. Se botaron los trastos de la cocina, y también la cama y el escaparate en donde guardaba su ropa, y al fin, mis patronos terminaron vendiendo la casa porque de ahí en adelante no hubo sosiego. Yo no volví a dormir allá, prefería madrugar e irme temprano por la tarde, y la señora tenía pesadillas y veía espantos rondando por la cocina. Además, la casa seguía oliendo a muerto. No hay nada más pegajoso que el olor de un muerto. Ese joven por el que usted pregunta, era el mismito demonio”.

6

A Morelia Angulo la conoció en Sonsón, el pueblo natal de su madre. Allí iban sus padres, que para ese entonces vivían en Manizales, a pasar vacaciones, a recordar y a visitar la familia. En la finca adonde llegaban hicieron amistad con doña Tulia Gómez y su marido el señor don Efraín Peláez, pero de ellos Tulio no se acordaba. Qué se iba a acordar de los adultos que se la pasaban jugando cartas y conversando de fincas y caballos, cuando él, en una adolescencia febril, no pensaba sino en las mujeres. El pueblo era como todos los pueblos paisas — cuenta don Ricardo, quien acompañó a la familia Peláez Gómez varias veces siendo apenas un niño—: una iglesia grande en la plaza principal, el mercado al aire libre con las verduras en el piso y tenderetes con la carne colgada, las calles empedradas, varias cantinas, una casa de putas y unas cuantas heladerías en donde se podía conversar con las muchachas decentes. Morelia era una estampa, tendría quince años y los muchachos la cortejaban como a una reina. Su piel era blanca y el pelo negro, los ojos requemados, la boca encendida, los dientes aperlados, blancos y parejos, como los descritos en las canciones de la mujer amada, delgada la figura, de formas armoniosas porque ya iba siendo una mujer, de piernas largas y con un lunar en la mejilla derecha. “Como la recetaría un

médico que supiera de las necesidades del alma”, le decía Tulio a su amigo Pacho Arango en alguna de las parrandas en Anorí.

Desde el primer encuentro la bautizó “Bambi”, porque le parecía delicada y tierna, como un cervatillo. Cualquiera se moriría por ella, y Morelia, que se ganó ese último año el concurso de belleza en las fiestas del colegio, sentía merecer un príncipe azul, bello, rico y que la sacara de ese pueblo de campesinos con olor a boñiga y garrapatas en la espalda. Además, era la hija única de un concejal del pueblo que después sería alcalde.

Tulio la asedió al verla en la plaza, al salir de misa, con su pañoleta de flores y su sonrisa rosada, y la siguió por entre las filas de gente hasta la heladería del pueblo. Allí la observó mirar hacia el interior como buscando a alguien y luego seguir de largo al no hallar a sus amigas. Desde ese instante no dejaba de rondarla. Ella, al encontrárselo en las esquinas, lo veía coquetearle, lo miraba sentarse en las mesas vecinas en donde ella se solazaba, y decidía, a conciencia, no pararle bolas y hacerse la indiferente. Le parecía demasiado feo y así se lo comentaba al oído a las amigas, en esos cuchicheos que uno no sabe si son sanos o morbosos. El muchacho era flaco, alto, desgarbado, de piel amarilla casi transparente, de voz aflautada, y lo único por lo que llamaba la atención, además de su físico de espanto, era porque siempre estaba haciendo lo contrario de las normas: contaba chistes de doble sentido, su lenguaje era vulgar, le repartía monedas a los pordioseros así se quedara sin con qué tomarse un refresco, se enfrentaba con la policía para defender a los amigos y no entraba jamás a la iglesia. Si Morelia aceptó charlar con él y dejó que la convidara a un helado, fue porque la hacía reír con cada una de las ocurrencias. Con el tiempo, él le fue declarando su amor, poco a poco y con insistencia, y ella se burlaba porque no lo creía digno de su belleza. Pero Tulio siempre estaba a la ofensiva, proponiéndole ir a caminar por los caminos de piedra, invitándola a montar a caballo en los potros ariscos de los amigos de su madre o preparando un paseo, con las compañeras de ella, para llevarlas a nadar a los charcos de las quebradas. Y Allí les decía, con

aire de sabelotodo, con insistencia, en la euforia del momento y cuando estaban en el agua: “No hay nada mejor para la salud del cuerpo y del alma que bañarse desnudos”.

— Oigan a este —le respondían.

Mientras estudiaba su carrera de medicina, mantuvo con “Bambi” una larga amistad que para ella era graciosa y sin importancia, y en él estimuló la creencia de que podría convertirla en su mujer. En sus cartas nunca dejó de expresarle su amor, le repetía versos de Julio Flórez y de Porfirio Barba Jacob y le hacía insinuaciones que a ella le despertaban la libido:

“¡El amor es volcán, es rayo, es lumbre,
Y debe ser devorador, intenso,
Debe ser huracán, debe ser cumbre...
Debe alzarse hasta Dios como el incienso!”

Le decía al oído cuando tenía la oportunidad, y ella sonreía.

Sólo en una ocasión las cartas cambiaron de tono y fue con la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, porque allí Morelia —un poco desconcertada— descubrió la faceta política de su enamorado. Él le escribió febrilmente, se deshizo en alabanzas al caudillo y terminó asegurándole que habían matado al único hombre que podía salvar a Colombia. Ocasionalmente le hacía la visita de sorpresa; sabía que la encontraría a la salida de la misa de las diez, y todo parecía igual, con las mismas compañeras, con la única diversión de ir a la heladería y asistir a los bailes familiares en los cumpleaños. Pero, en la última visita antes de graduarse, la encontró cambiada, ya iba a cumplir veintiún años, se le veía una pequeña arruga alrededor de los ojos, y advirtió, por primera vez, que aquella hermosa mujer se sentía sola. Sus mejores amigas se habían casado, el novio que tuvo a espaldas de Tulio, a quien no se atrevía a confesarle sus amores, se fue a vivir a Bogotá y la había dejado desolada. Entonces a Tulio, casi al borde de la desesperanza, se

le enderezó el camino. “Quiero invitarte a mi graduación de médico y te pido me acompañes como mi mujer a hacer el año rural en Anorí; allí tendremos nuestra luna de miel”, le dijo, y ella, que nunca había escuchado el nombre de ese pueblo ni nadie antes le había propuesto matrimonio, amargada por los golpes del destino, pensó que su vida podría tener algún futuro.

Morelia no le dijo ni sí ni no, pero se le apareció el día del grado en el paraninfo de la universidad. Él vio asomar su cabecita por una de las puertas, descubrió que sus ojos lo buscaban entre la multitud y cuando se dio cuenta de que la mirada le pasaba cerca, levantó la mano. Entonces los ojos de ambos se encontraron y ella le sonrió; nunca había sentido tanta felicidad. Luego la vio buscar puesto en la parte de atrás y él la siguió con la mirada hasta saber exactamente en dónde se había acomodado. El acto se fue haciendo lento y monótono y él no pensaba sino en el final. Pero ella estaba plena, soñando su futuro, estuvo atenta a los discursos y participó de los aplausos. Cuando el nombre de Báyer fue pronunciado, hubo silbos, risas, rumores y los aplausos volvieron a sonar, pero no fueron los normales, hechos automáticamente por obligación, sino fuertes y persistentes, los más nutridos, y él se levantó sonriente, miró en derredor, buscó los ojos de Morelia, salió gozoso de la fila en donde se encontraba y caminó con desparpajo, con las manos en los bolsillos, hasta la mesa principal. Allí, de pie y muy atentos, se encontraban el rector, el decano y algunos profesores; él recibió el diploma, se dio media vuelta sin saludar a nadie y se fue hasta la fila en donde se encontraba Morelia. Todos lo miraron por su impertinencia, hubo cuchicheos, risitas entrecortadas, y muchos, tan osados como él, lo volvieron a aplaudir. A ella, sonrosada y orgullosa, le dio un beso en la mejilla, le agradeció su presencia y le entregó el diploma. Muchos siguen creyendo, después de los años, que esa bella acompañante era su hermana.

Al salir la buscó de nuevo y la encontró asediada por algunos de sus compañeros, la tomó del brazo, se la llevó abriendo campo entre el tumulto y la invitó a la fiesta en la casa de Pacho Arango, uno de sus mejores amigos. Ella le devolvió el

diploma, le dio otro beso en la mejilla, se enganchó en su brazo y no se despegó de él. Era la primera vez que estaba en Medellín sola. Ni siquiera sabía explicar cómo fue que sus padres la dejaron venir; “así que tú sabrás qué haces conmigo”, le dijo, mientras a él no le cabía la sonrisa en la cara. La fiesta comenzó de inmediato, pues como Tulio no tenía adonde llevarla se fueron directo para la casa de su amigo. Allí empezaron a beber ron con coca-cola y hablaron, comieron y bailaron hasta el cansancio. A las cinco de la mañana todos se habían ido a dormir y él y ella seguían bailando en la sala, hasta que cayeron rendidos en el sofá. Ella se quitó los zapatos, subió las piernas encima de él, tomó un cojín, recostó su cabeza contra brazo del silla y se quedó dormida. Tulio la contempló en silencio, le acarició las piernas, subió su mano por los muslos y por la cadera, detalló su rostro perfecto y le dieron unas ganas enormes de besarla y de hacer el amor con ella, pero se aguantó, y como vio un espacio justo entre sus nalgas y el espaldar, se arrinconó allí, la abrazó y se quedó dormido con la cara metida entre su cabello y el olor perfumado de su cuerpo.

A las diez de la mañana, el sol entró por el ventanal de la calle y les dio pleno en la cara; ella se despertó, se separó de él un poco asustada, se sentó en el borde del sillón, se acomodó la falda encaramada, buscó el baño, allí orinó, se enjuagó la boca, se miró en el espejo, se frotó un poco los ojos y se peinó. Al salir, se puso de nuevo los zapatos, lo sacudió por los hombros y le dijo quedo y en el oído que debía volver ese día a Sonsón. “Esa fue la condición impuesta por mi padre”, dijo. Tulio despertó de un sueño en el que todavía andaba, esperó hasta reconocer el significado de las palabras, le suplicó que permaneciera a su lado, pero recordó que ni siquiera tenía adonde llevarla, pues desde el día anterior había cancelado el cuarto en la pensión donde vivía. Además, no tenía dinero suficiente y aunque lo tuviera, el lugar no era el más adecuado para una dama. Entonces le pidió que lo acompañara a recoger su maleta y le dijo que la llevaría a Sonsón pues antes de irse para Anorí, a cumplir su año rural, tenía que despedirse de sus padres y llevarles el diploma. “El diploma —repitió varias veces— ¿dónde quedaría el

diploma?”. Pero no pudieron encontrarlo. Al fin alzó los hombros y dijo: “qué importa, eso no sirve para nada”. Sabía que en Sonsón conseguiría fácilmente un carro para Manizales. Salieron de la casa sin despedirse, porque “El Mono” y sus padres estaban dormidos. Se fueron juntos, como un par de novios, por primera vez se contaron secretos, se besaron en las mejillas, y en una ocasión en los labios; se tomaron de las manos durante el viaje, almorzaron bandeja paisa en el camino. Él le prometió tenerle una casa para recibirla en Anorí y ella le juró que iría a visitarlo tan pronto estuviera instalado. Lo del matrimonio y la luna de miel lo dejarían para más adelante cuando se conocieran mejor y ella olvidara a un novio que había tenido.

— ¿Un novio? —pensó Tulio—, ya lo sospechaba. Pero no le dijo nada para no lastimar las horas más bellas de su vida.

7

Cuando mataron a Gaitán, él ya había escuchado sus discursos en las manifestaciones de la Plaza de Cisneros, tenía un archivo con los recortes de periódicos en donde se registraban las actividades del caudillo y oyó esa misma noche en la radio los desmanes producidos con su muerte, a lo largo del país. Pero lo que más le llamó la atención fueron las noticias sobre cientos de miles de liberales, seguidores de Gaitán, levantados en armas desde Antioquia, Caldas, Tolima, Santander, y hasta en los Llanos Orientales. Entonces buscó a Alfredo Sierra, un estudiante tímido, que lo solía acompañar en los actos públicos con los seguidores del caudillo y que en alguna oportunidad le contó que tenía un revólver, y esta vez, con voz baja y aires de clandestinidad, le inquirió sobre la urgencia histórica del momento. “Cuando sobrevienen las crisis de una sociedad —había leído en alguna parte—, los líderes deben estar ahí, ayudando a resolver los problemas del pueblo”, a lo que el otro muchacho un poco confundido le replicó: “¿Y quiénes son los líderes?”. Lo hizo sin petulancia. “Pues nosotros —le respondió Tulio—, los líderes somos personas comunes y corrientes; aparecemos

espontáneamente y actuamos decididamente en el momento en que somos requeridos”. Entonces el compañero lo miró con sus ojos amarillentos, viendo cómo hervían chispas luciferinas en los ojos de Tulio, y, perplejo, le preguntó qué deberían entonces hacer. “Pues levantarnos en armas contra el Estado, buscar a las masas irredentas y conducir las al triunfo; pero por ahora lo que necesito es el revólver”.

Alfredo Sierra no estaba enterado de los sucesos y por eso siguió preguntando, mientras veía en cada movimiento, la urgencia de Tulio. “¿Y en dónde están las masas liberales?”. Y el otro sin dar respiro le explicó que en todas partes, por ejemplo en el Oriente, muy cerca incluso, que si no había oído las noticias. “No, no las oí”, contestó un poco apenado por la desinformación. “Pues hay cientos de campesinos levantados desde Marinilla hasta Sonsón”. Marinilla era la referencia que tenía del Oriente y lo de Sonsón le salió sin querer, quizás al dejar que su imaginación lo llevara a tener la oportunidad de ver, de paso en su correría, a la Morelia de sus amores. Entonces le pidió el revólver y el otro le dijo que tendría que ir a buscarlo a una prendería, pues con él se estaba alimentando en la facultad, mientras le llegaba la mesada de su padre. “Cuando me llega el dinero pago el empeño, sacó el revólver y luego vuelvo a dejarlo en prenda; llevo tres años haciendo lo mismo”. Fue así como después de reunir algún dinero, apoyados en la buena voluntad de los compañeros solidarios con la causa, desempeñaron el revólver y quedaron de encontrarse en una cantina que ambos conocían en un barrio de tolerancia, más allá de la Curva del Bosque, en la antigua salida a Guarne. Él iría a la pensión en la cual se hospedaba y Sierra iría al barrio Miraflores en donde vivía con unos primos, a cambiarse de ropa y buscar algunos recursos.

Eran las seis de la tarde cuando se tomaron un aguardiente doble, brindaron con una de las putas de la cantina por la llegada de la revolución y se fueron a pie por un viejo camino, recomendado por el dueño del establecimiento si querían evitar la tropa que, por los disturbios acaecidos en las principales ciudades del país, hacía

retenes a lo largo de la vía. La muchacha, confidente de Tulio, se quedó en la puerta viéndolos tomar camino y cuando él volteó para mirar por última vez las luces de la ciudad, la vio, allá abajo, despidiéndolo con la mano. Orgulloso le devolvió el saludo y siguió su destino sin mirar hacia atrás. “Tú cargas el revólver un día y yo lo cargo el otro y al que esté de buenas le toca la balacera. Por supuesto tú, por ser el dueño, lo cargas primero”, le dijo Tulio, y Alfredo, sintiendo que la situación iba en serio, y presumiendo, le hizo señas de estar de acuerdo; al fin el revólver era de él, aunque ni siquiera sabía si sería capaz de dispararlo, pues el único servicio que le prestaba era con el dinero del empeño.

A las ocho de la noche llegaron a la cima de la montaña. Ya habían quedado atrás las últimas casas desde donde todavía se divisaba la ciudad y ahora caminaban por el filo de la ladera, sintiendo el viento frío que les lastimaba la piel y les hacía esconder las manos en los bolsillos de las chaquetas. Por fortuna, el sendero era alumbrado por una luna medio llena, apuntalada en la mitad del cielo. A las diez de la noche vieron titilar las luces de Guarne, pero por supuesto no se trataba de ir al pueblo a exponerse, sino recorrer las casas de los campesinos oprimidos, aquellos despojados de sus tierras, los hambrientos, los que estuvieran dispuestos a tomar su escopeta y decidieran acompañarlos en el levantamiento iniciado en los cuatro puntos cardinales del país. Ahora caminarían las montañas adiestrándose para arremeter contra el Estado burgués. Eso soñaba Tulio con cada paso del camino y, para entretenerse, se lo repetía a su compañero.

Al amanecer, muertos de frío y con hambre, divisaron un rancho. Ya el humo se elevaba de la cocina contra un cielo azulino. “Llegó la hora compañero”, le decía Tulio a su amigo. Al arrimar, el campesino se tomaba el desayuno para salir a echar azadón. La mujer seguía en la cocina alistando el fiambre del marido, y una niña, que apenas si caminaba, se agarraba de la falda de la mamá. Los caminantes los saludaron sonrientes y ellos, un poco recelosos de ver dos muchachos jadeantes y medio embarrados a esas horas de la mañana, los hicieron sentar en unas bancas en el corredor. Debieron esperar varios minutos para que les sirvieran unos tragos de café, mientras se oía el cuchicheo de la pareja en la cocina; pero se reanimaron y tomaron calor con los primeros sorbos.

Tulio les preguntó si habían visto pasar a los guerrilleros liberales, pero ellos no sabían de quién les hablaban, simplemente les contestaron que no. “Por aquí no ha pasado ni un alma”, dijo el labriego y les anunció que se le hacía tarde y se tenía que ir a trabajar; además, según él, la mujer estaba esperando a sus hermanos.

Lo de trabajar estaba bien, lo de los hermanos era un invento por el temor del labriego de que los forasteros supieran que su mujer se quedaba sola. Tulio y Alfredo les vieron el miedo en los ojos y comprendieron que debían marcharse. “Las masas son atrasadas, no saben en qué país estamos, debemos educarlas”, le susurró Tulio a Sierra en el oído y éste asintió, sin despegar los labios de la taza de café.

— ¿Pero sí escucharon que mataron a Gaitán? —le preguntó Tulio al campesino que lo miraba desde el umbral de la cocina.

— Pues a ese señor tampoco lo conocemos. —Tulio miró de nuevo a Alfredo Sierra, para ratificarle con los ojos el concepto expresado sobre el atraso de un pueblo sumido en la miseria.

Al despedirse, le preguntaron al campesino por el camino a San Carlos. El hombre se los llevó unos metros más adelante desde donde se divisaban las montañas y allí, al borde del camino, les explicó cómo cruzar a la otra vertiente. Debían bajar hasta la cañada, atravesar la quebrada por un puente de madera y coger hasta la otra cima de la montaña; en ese punto, encontrarían el camino, no era sino seguirlo y ése los llevaría a un caserío. Allí podrían volver a preguntar. Entonces ellos dieron las gracias y reanudaron su marcha, esperando, sin perder las esperanzas, dar con el paradero de los verdaderos colaboradores. Más adelante se encontraron varios ranchos y corrieron la misma suerte. “No sabemos y no queremos problemas”, les decían. Al final de la tarde tuvieron que robar plátanos pintones y comer guayabas maduras para tener algo en el estómago. Por fortuna no faltaba siempre un caño con agua fresca. Siempre preguntaban por los liberales y siempre las respuestas eran iguales, no sabían de qué les hablaban. “Pues los que se levantaron en armas contra el gobierno conservador”, les

explicaban a los campesinos. “Pues por aquí no han pasado”, les contestaban. Ese día fue de desengaños, y cansados de caminar, entrando el atardecer, encontraron un saladero de vacas y allí, medio protegidos de la lluvia, se acurrucaron e intentaron dormir.

Terminaron recostados contra un paral del abrevadero. “Aquí no hay ni sal”, se quejaba Tulio. Al amanecer, sintieron la neblina, helada, que los arropaba y ni siquiera los dejaba verse, a pesar de que los separaba un metro de distancia. Las manos estaban heladas y sentían puntillas que les recorrían las piernas. “Estoy congelado”, decía Sierra; “a mí se me paralizaron las piernas”, respondía Báyer. Ya estaba amaneciendo y los primeros rayos de luz levantaban la neblina. Lo primero que vieron fueron los ojos de una vaca blanca orejinegra buscando recuperar su lugar. La miraron fijamente hasta descubrirla. Le hablaron para que se fuera, pero el animal no se movía de su sitio; trataron de espantarla con manoteos, pero nada. Entonces se levantaron y se protegieron con los parales y desde allí fueron descubriendo, con el desvanecimiento de la neblina cómo iban apareciendo muchas más alrededor de ellos, mirándolos. Golpearon con las manos sobre el pequeño techo de aluminio y algunas apenas si levantaban la cola. Hasta que empezaron a mugir. “Son liberales y tercas”, dijo Tulio para refocilarse. “Las masas son muy atrasadas, hermano”, le respondió Sierra, sonriendo, mientras buscaban alejarse del lugar.

Y así, de similar manera, estuvieron tres días; la segunda noche les dieron posada en un cuarto de herramientas en compañía del perro de la familia y esa vez lo que no los dejó dormir fueron las pulgas, y la tercera debieron acomodarse bajo las frondas de una ceiba y cubrirse con hojas para espantar un poco el frío que llegaba con el viento; hasta descubrir, a lo lejos, las luces de San Carlos. Llegaron al amanecer, sucios, cansados, muertos de hambre y sin disparar un tiro. Entonces se gastaron los ahorros en un buen desayuno y durmieron en el parque. Un policía los levantó y los obligó a retirarse, pues no quería vagos en el pueblo. “No somos vagos, somos estudiantes”. Tulio, enardecido, se aguantó la furia que aún le quedaba y aunque tuvo ganas de replicar, no confesó ser liberal para no despertar sospechas. “Pues váyanse a estudiar”, les dijo el gendarme con la mano en la funda de la pistola. Por fortuna, ese día, el revólver lo llevaba Alfredo

escondido en la mochila y el policía encendió su furia con Tulio, al ver a Sierra más reposado. “Hermano, nos equivocamos —le dijo Sierra a su compañero—, esos liberales no están por estos lados, yo creo que mejor nos devolvemos; estamos perdiendo muchas clases”. Y a regañadientes, pero hastiado y sin esperanzas, Tulio aceptó la insinuación. “Ya tendremos otra oportunidad”, le dijo Sierra para levantarle el ánimo.

Buscaron la flota de buses de escalera, hablaron con el chofer, canjearon los pasajes y el almuerzo por servir de ayudantes y recoger el pago de los que se subían en el camino, y tomaron rumbo a Medellín. No estaban en condiciones de continuar la búsqueda. En la carretera encontraron muchos retenes de soldados, pero la pistola estuvo bien guardada debajo del asiento en el cual se sentaron. “Si me la quitan, me ponen a aguantar hambre”, decía Sierra. “Hay que darle mejor oficio”, le respondía Tulio. Casi dormitaron todo el tiempo. Cuando entraron a Medellín la ciudad estaba en calma, el tráfico era normal, los venteros seguían revoloteando en las calles, los mendigos continuaban en las esquinas con la mirada opaca y las putas comenzaban a hacer guardia en la puerta de los prostíbulos. “Esto no cambia”, pensó Tulio; sólo escucharon noticias de algunos incidentes en Puerto López y en Barrancabermeja.

Otra vez será, se despidieron para ir a dormir.

8

En Anorí comenzaron las primeras desavenencias de la pareja. Ella iba y venía, más por la novedad de descubrir un mundo nuevo, que por vivir con él. Su amigo Pacho, también alto, blanco y desgarrado como él, de un físico parecido, como si fuera el hermano mayor de Tulio, vivía con su mujer en Amalfi; un pueblo cercano, a dos horas de distancia. Se juntaban el día de descanso, casi siempre en Chamuscados o en Montefrío, a las orillas del río Porce; allí se bañaban, bebían, almorzaban bocachicos y hablaban de parrandas y pacientes. Cuando Morelia lo miraba fijo y le descubría la piel, tan blanca, tan maltratada por el sol, y encontraba

las pequeñas arrugas sembrándole la cara, sentía de nuevo que él no era el príncipe azul añorado. Pero le gustaba el respeto que le profesaban al médico en el pueblo y la forma como los señores más prestantes, el alcalde, los concejales y los gamonales, la trataban a ella cuando estaba a su lado. Además, siempre recordaría cómo fue Tulio el primer hombre que le propuso matrimonio.

Ella llegó sin anunciar, porque se cansó de llamar por teléfono y dejar razones nunca entregadas. Es más, parecía que ni lo conocían. Se montó en un bus de escalera en Medellín, con campesinos enfundados en ruanas y señoras robustas cargando gallinas. El olor no se le olvidaría nunca. No sabía si era el sudor o era la mezcla de sudor, pachulí y rila de los animales cacareando todo el tiempo. En Don Matías pararon a desayunar y allí probó por vez primera los pandequesos remojados en agua de panela caliente. En Santa Rosa, el chofer, condescendiente, paró cinco minutos para dejarlos orinar. Tuvo que hacerlo sin sentarse en la taza, haciendo peripecias, desde lo alto, pues el sitio estaba cubierto de orines de hombres y mujeres que hacían sus necesidades en el mismo baño. Se le mojaron las piernas y la falda quedó empapada, pero se limpió con un pañuelo. Llegaron a Yarumal después del mediodía y allí pararon a almorzar. En ese momento había hecho amistad con la señora del asiento del lado, quien iba hasta Campamento, un pueblo desconocido. Ella tenía una tienda y su mercancía iba en el capacete del carro. Hablaron mucho, porque era la manera de pasar el tiempo. La nueva amiga le recomendó el sancocho de gallina, pues era la mejor comida del lugar, pero Morelia estaba de gallinas hasta el techo. Así que pidió una posta sudada y la disfrutó como nunca.

Al llegar a Campamento, el asiento del lado quedó desocupado y ella pudo ampliarse a sus anchas y estirar las piernas. Luego la carretera se hizo cada vez más difícil, había baches enormes y precipicios de cientos de metros. Lloró, rezó, se arrepintió, juró no volver jamás a ese sitio y al anochecer, rendida y con ganas de derrumbarse en una cama, le escuchó al chofer que habían llegado a Anorí, el pueblo en donde le prometieron una maravillosa luna de miel. La dejaron en el paradero de buses con su maleta. Las calles eran empedradas y los zapatos se le

torcían al caminar, debía esquivar los huecos y el cagajón de las mulas, que deambulaban por el pueblo, entre los buses y la gente. Preguntó por el hospital y le dijeron que quedaba en las afueras del pueblo; solicitó un taxi y la gente sonrió, pero un muchacho que voceaba la salida de los carros expresos a Medellín se ofreció a cargarle la maleta y buscar un jeep para llevarla al hospital. La acompañó para seguir cargándole la maleta. Allí le dijeron que el médico estaba atendiendo una señora de parto, pero le faltaba poco por terminar. Ya el niño había nacido.

La enfermera, entrada en carnes y de cara dulce, la miró de arriba abajo y pensó que por fin había descubierto los secretos del médico; la vio con la maleta e imaginó que podría ser su esposa. “Y el maldito decía ser soltero”, pensaba la mujer. Entonces la invitó a sentarse y le ofreció un café y un vaso de agua. El ayudante siguió ahí a su lado hasta que Morelia buscó en el monedero y le dio una moneda de veinte. Entonces se ofreció a seguirle haciendo mandados y se fue sonriente. A Tulio no le dijeron nada, así que cuando salió se encontró con la sorpresa. Hubo alegría de ambos, se dieron un ligero abrazo y un beso en la mejilla. La enfermera seguía cada detalle. “Estoy horrible —dijo Morelia— debo estar oliendo a gallina”. Pero él también estaba oliendo a sudor y a sangre de parturienta. “Vamos, te llevo a la casa”, le dijo y se despidieron de la enfermera, quien cubría su rostro con una sonrisa maliciosa.

Caminaron dos cuadras y entraron al segundo piso de una casa modesta. Tulio había invertido todo el dinero de sus tres primeros sueldos en tenerla lista, amueblada y decente. La cama era doble, pero ella no quería sino darse un baño y acostarse a dormir; así que él, deseoso de tener el tiempo suficiente para enamorarla, la vio salir de la ducha envuelta en la toalla, encerrarse en la habitación en donde había quedado su maleta, para colocarse el pijama y escucharla preguntar cuál sería su cama. “Puedes dormir ahí”, le dijo Tulio y le abrió la puerta. Desde el umbral la vio hermosa con sus senos danzando bajo la blusa, una sonrisa dulce y un cansancio que la traspasaba. Se quedó extasiado

mirándola mientras ella quitaba el cobertor, levantaba la cobija, se metía en la cama, se arropaba y se echaba a dormir. “Hasta mañana”, le dijo él y ella ni siquiera contestó. Pero no importaba, ya la tenía ahí en su casa y en su cama. Así que cuando la vio profunda, volvió a salir a la calle, se fue a comer adonde la señora que le preparaba la comida, caminó un rato por las calles empedradas del pueblo fumándose un cigarrillo y pensando si sería más conveniente dormir en el otro cuarto mientras ella se acostumbraba a su presencia, o si de una vez se tiraba a su lado y la hacía su mujer.

Se tomó un aguardiente doble y llegó decidido a acostarse con ella. Abrió la puerta y la encontró dormida. La saludó pero no obtuvo respuesta. Le hizo todas las preguntas previas, pues no quería hacer nada que ella no supiera. “Voy a dormir contigo”, le dijo y se quitó la ropa. No tenía pijama así que se quedó en calzoncillos. Su cuerpo largo, un poco encorvada la espalda, las costillas prominentes, la piel pegada a los huesos. “Es mejor que de una vez te acostumbres a mí, ¿No te parece?”. Tampoco obtuvo respuesta, pero la dio por un hecho. “No tengo más cobijas, así que tendrás que prestarme un pedazo”. Ella seguía profunda. La vio respirar pausado, le destapó un poco la cara y la contempló en silencio. Era hermosa, su pelo castaño, largo, cubriéndole el rostro enterrado en la almohada. Le retiró los cabellos con suavidad; la nariz un poco respingada, los labios gruesos entreabiertos, el cuello largo. Le fue retirando la cobija para acomodarse a su lado; su piel blanca, los senos le subían y bajaban con la respiración; el escote un poco abierto. Olía a jabón. No se aguantó las ganas y levantó del todo la cobija; aparecieron sus caderas amplias; mas empezó a ver que la piel de sus brazos se erizaba; hacía frío, así que decidió volver a cubrirla. Ella sonrió cuando retornó el calor a su cuerpo. “Te puedo abrazar, los hombres guardamos más calor”, le dijo un poco quedo, pero con la sensación de que lo estaba oyendo, y ella volvió a sonreír. Eso parecía, quizá soñaba. Tomó la sonrisa como una afirmación y se acomodó a su lado. La cama chirrió un poco, pero no lo suficiente como para despertarla. Trató de abrazarla pero ella de

inmediato se volteó de lado y le dio la espalda. Entonces no fue capaz de volver a tocarla. Temía espantarla.

Al amanecer, casi sin dormir, se levantó. La sentía ahí, pero lejana; no se atrevía a molestarla. Fue a la cocina, se tomó un café frío, se fumó un cigarrillo y se metió a descansar al otro cuarto. Quedó fundido. Al despertar, ella estaba en la cocina, bañada, vestida y haciendo el desayuno. Se encontraba sonriente, se sentía plena, descansada, con ganas de conocer el pueblo. Pero él tenía que trabajar, era martes. Al día siguiente no tendría trabajo. En los pueblos el miércoles es día de mercado y de descanso. “No tienes que acompañarme —le aclaró Morelia— sólo iré a dar una vuelta y al mediodía te busco para almorzar juntos”. Así lo hicieron. Luego, ya de noche, fue de nuevo por él, lo esperó en la entrada hasta verlo salir, se le acercó sonriente, le dio un beso en la mejilla, lo tomó del brazo y caminaron hasta la plaza. Bebieron cerveza, casi se emborracharon y terminaron comiendo perros calientes en una esquina.

Nunca le habían hecho el amor de ese modo. El novio que tuvo en Sonsón, se limitaba a quitarle los calzones y a meterle la verga sin esperar siquiera que ella estuviera excitada. Eso la hizo odiar el sexo. Tulio, al contrario, le fue retirando la ropa suavemente. Ella había pensado sólo estar unos días de visita y quiso llevar las cosas con calma. Pero el licor se le había subido a la cabeza, comenzó a disfrutar de su compañía, del calor de su cuerpo, de sus dedos largos buscándola con impaciencia, de las palabras de amor que el hombre le soltaba al oído, los versos recitados, y las caricias prodigadas con esmero y delicadeza. Esa noche hubo música y baile. A las doce se habían besado en la boca y abrazado hasta el cansancio, y sentían que iban a hacer el amor en la calle si no llegaban pronto a su cuarto.

En la casa entraron a orinar juntos. No querían separarse, se lavaron los dientes con el mismo cepillo, se echaron loción y se fueron desvistiendo sin separar sus labios ni dejar de tocarse. En la cama estaban desnudos cuando él empezó a besarla de la cabeza a los pies. Cuando llegó a los senos, Morelia le dijo que no

se los chupara que eso le podía producir tumores. “¿Cuáles tumores? —le respondió Tulio recordando a su madre— las mamas lo que dan es vida y curan todos los males posibles” y siguió en su empeño casi enloquecido. Nunca la tocaron así y en todas partes, nunca le hicieron de ese modo ni la besaron en el sexo. Sentía que se mojaba y no pudo contenerse. Cuando él la penetró, un espasmo persistente se apoderó de su cuerpo; creía que algo grave le sucedía y gritó, pero él también lo hizo y ese mismo espasmo que empezó a sentir, vio que lo tenía Tulio, quien brincaba como un demente encima de su cuerpo. Luego acezaron fuerte y después más pausado, hasta que se quedaron quietos, el uno aferrado al otro, sintiendo el calor en la piel y la humedad en el cuerpo, unidos como si nadaran en un mar de sal y recuerdos. Y así se quedaron dormidos, abrazados y en silencio. Había sido su primer orgasmo.

9

Tulio y Morelia, siendo novios, se separaron tantas veces por cosas insignificantes que cuando lo hicieron la última vez, estando casados, debieron colocarse la mano en el corazón y aceptar que su amor no era suficiente. Ya existía un cansancio total y pereza de volverse a ver. Unas veces el problema fueron los celos por esa enfermera del hospital que lo acompañaba hasta la casa, “cómo si fuera la novia”, otras, por dejarla plantada para irse a una cantina a conversar de política con los amigos, “como si ellos fueran más importantes” y también, porque se estaba poniendo esquelético de aguantar hambre, “como si en la casa no hubiera comida”. Entonces Tulio, a quien lo venía asaltando la preocupación por la revolución liberal que había empezado casi diez años atrás, decidió instalarse en un lugar en donde se viviera el conflicto. “Quiero ser partícipe de la guerra”, pensaba. Así que sumó el número de asaltos de la guerrilla y combates con el ejército en los últimos seis meses y encontró tres pueblos de Antioquia disputándose la vanguardia: Caucasia, Frontino y Dabeiba. Pero decidió escoger a Dabeiba al darse cuenta, casualmente, de que el médico de esa población había sido amenazado y el pueblo se encontraba sin facultativo. Si en el Oriente

antioqueño no había guerrilleros liberales —aseguraba—, en la zona de Urabá sí estaban, máxime ahora cuando con la apertura de la carretera al mar, miles de obreros, explotados por el gobierno, trabajaban en la construcción de la vía. Su viaje tendría dos pretextos: borrar de una vez por todas las huellas de aquel amor y encontrar el camino de la lucha popular; la rebeldía contra el régimen.

Pero primero tendría que solicitar el traslado. Ir a Medellín y ofrecerse de voluntario para Dabeiba. Y así lo hizo. El Secretario de Salud lo recibió despectivo, sin ganas, con afán; tratando de que él expresara rápido cuáles eran las razones para pedir el traslado. “No veo por qué quiere cambiar la tranquilidad de un pueblo patriarcal como Anorí, por un infierno como Dabeiba”, decía, “y a mí qué me importa”, pensaba. Pero Tulio insistía: “Precisamente, la medicina se aprende donde existen problemas, no donde la vida se va en medio de partos normales y picaduras de niguas”. Y a más de los argumentos profesionales, empleaba los políticos: “Usted conseguirá más fácil quién se vaya para el paraíso que para el infierno”. De todos modos el Secretario no le resolvió nada, le prometió avisarle; así que le pidió el teléfono en dónde podía llamarlo para darle una respuesta. Pero no pasó mucho tiempo. Esa misma noche recibió la llamada en la que, sin ninguna explicación, le decía que fuera al otro día por el nombramiento.

El caso de Morelia fue distinto. Ella, deseaba recuperar a Carlos, su antiguo novio, a quien soñaba de nuevo tocando las puertas de su corazón. “El ideal fuera —pensaba— tener la figura de Carlos con el alma de Tulio”. Una verdadera amalgama, con un poco de acá y un poco de allá, como si fuera factible combinarlos. Durante el largo camino de los viajes de ida y regreso, a los cuales se había acostumbrado, y sin ninguna otra entretención posible, pensaba en aquella solución alquímica. “Qué bueno fuera —imaginaba— poder ir juntando del uno y del otro las cosas que más me gustan”. De Carlos le encantaba su cara de rasgos finos, su barba azulina, el hoyuelo de su mandíbula, su pecho musculoso y sus piernas fuertes. De Tulio su hablar de encantador de serpientes, el sonido de su voz en el oído, las propuestas atrevidas, sus besos apasionados y la forma

como le hacía el amor. Con esos ingredientes en la cabeza se volvió a montar en el bus de escalera, esta vez de regreso. En Campamento ya había hecho el amor varias veces con el misterioso Adonis. Allí desayunó. Antes de llegar a Santa Rosa había encontrado la manera de lograr un compromiso formal y fijar una fecha de matrimonio. En ese lugar almorzó y antes de arribar a Medellín había vuelto a hacer el amor, en plena luna de miel, unidos para siempre. Por fortuna pudo dormir esa noche en la casa de unos tíos maternos un poco lejanos, y al otro día viajó a Sonsón, adonde vivían sus padres. Al llegar, estaba arrepentida de haberse peleado con Tulio.

Tulio llegó a Dabeiba con la decisión de quedarse; llevaba consigo el último sueldo, el pantalón de dril y la camisa de cuadros, la misma maleta desteñida y dos mudas de ropa. “Jamás volvería a Sonsón, ni a ningún otro sitio que hubieran caminado juntos —se repetía—, borrón y cuenta nueva”. Y como en ese tiempo se hacía el último tramo de la carretera al mar, era necesario un médico para atender la salud de los trabajadores que construían la vía. Tulio, desde el primer día y luego de conversar con las enfermeras, el boticario, el administrador del hospital y los primeros pacientes, supo que ése era el lugar que andaba buscando. Para él fue una época fructífera, de contactos, de reflexión, de nuevas aventuras, que le sirvió para escribir su primer libro, una novela titulada: *Kilómetro 18, carretera al mar*.

En varias oportunidades oí hablar de ella, pero nadie la tenía ni me sabía decir su contenido, hasta que un día, dos periodistas que lo habían visitado en París y con quienes dialogué para escucharles sus impresiones del personaje, luego de advertirme estar escribiendo una historia sobre la vida de Báyer, me prestaron el libro. Era copia de la primera edición, descuadernada y amarillenta, pero completa. En él, uno puede entrever su aversión hacia los militares, su cercanía con los trabajadores y sus primeras relaciones con los guerrilleros liberales. Además, y no es lo de menos, en el libro descollaba su entrañable afición por las prostitutas.

En mis primeras conversaciones con Ricardo Toro, él sospechaba que Tulio podría padecer de algún problema sexual; sin embargo, ello no resultaba muy claro, porque aunque hubiera tenido, como él pensaba, una ausencia de descenso testicular, esto no le impedía tener potencia sexual, aunque si podría explicar la falta de hijos, pues el excesivo calor de los testículos, mientras están en el interior del organismo, puede disminuir la producción de espermatozoides. Además, sería extraño que siendo médico y conociendo que esto se podría tratar con cirugía, no hubiera buscado esa opción. No creo que su descalabro matrimonial fuera por problemas sexuales relativos a él, pues su potencia parecía desfogarse fácilmente con su esposa y con sus amigas prostitutas, y lo digo porque en Dabeiba, según lo narra en el libro, convivió todo el tiempo con una de ellas, de la que se encariñó bastante y a quien prácticamente trataba como a su mujer. Sin embargo, las dudas no podrán esclarecerse fácilmente.

Como los intervalos de mi investigación sobre la vida de Tulio Báyer tuvieron tantos altibajos y pasé mucho tiempo buscando datos sin encontrar nada, mi contacto con el profesor Francisco Arango se diluyó durante un lapso bastante prolongado. Pero, en una ocasión, me lo encontré en forma fortuita y le solicité una entrevista para mirar la relación que Tulio hubiera podido tener con los guerrilleros liberales reinsertados a la vida civil de aquel entonces, como Eduardo Franco Isaza o Guadalupe Salcedo, ya que es bien conocida la que sostuvo con Rosendo Colmenares, apodado "Minuto", uno de los pocos que no entregó las armas y continuó sus actividades en el Vichada, como podemos constatar en el segundo de los libros de Báyer, *Carta abierta a un analfabeto político*, que fue el primero que tuve la oportunidad de conocer. Sin embargo, de algunos posibles contactos mi profesor no sabía mucho; aunque sí tuve la oportunidad de enterarme, por otras anécdotas, de su trayectoria como médico en Dabeiba.

En esta población su vida transcurría del centro de salud del municipio, al bar de don Euclides y de ahí a la casa de Matilde, la prostituta de la cual se prendó. La violencia arreciaba, ahora con el ingrediente político, pues aunque el general

Rojas Pinilla logró que los guerrilleros del Llano entregaran las armas y se propinaran golpes certeros a los bandoleros del Valle, el Tolima y Antioquia, quedaban residuos que ahora comenzaban a ser infiltrados por los movimientos comunistas. Muchos eran los muertos y algunos forasteros, sin deudos que los reclamaran, debían ser enterrados a costa del erario público, con autorizaciones previas del alcalde, y pedidos al carpintero del pueblo para hacer los ataúdes, lo que producía cuentas vencidas nunca pagadas. Entonces los trámites duraban varios días, mientras los cadáveres se pudrían. Fue cuando Tulio decidió hablar con el carpintero, se emborrachó con él y ordenó por cuenta del centro de salud, con pago anticipado, un ataúd en roble, del tamaño más grande que pudiera tener el hombre más corpulento de la región. El carpintero quedó intrigado, pero cumplió con su trabajo y entregó el ataúd.

— Oiga doctor —le preguntó— ¿y fue que mataron a alguien?

— No —le respondió Tulio—, el ataúd no es para empacar muertos, lo voy a usar de baúl.

10

Matilde era mi refugio, Pacho. Después de vivir con “Bambi” varios meses en Anorí, me fue difícil sobrevivir solo. Ya me había acostumbrado, no al matrimonio sino a la compañía. Además, tú sabes que por ella sentía una pasión enfermiza hacía muchos años. Desde que la conocí en Sonsón. Sentía necesidad de comenzar de nuevo. Somos seres muy particulares, Pacho, ¿no te parece? Requería una nueva vida, y si es así, pues mejor hacerlo acompañado. Por ahora no me siento con ganas de cortejar a ninguna hija de gamonal o de administrador de finca; así que por eso me decidí por Matilde. Yo había alquilado una casita en las afueras del pueblo, en una pequeña colina desde donde se está un poco más cerca de la naturaleza. Ella aceptó dejar su residencia oficial e irse a vivir conmigo. He aprendido a tomarle mucho cariño, Pacho, es una mujer de buen corazón. Desde mi nueva residencia me toca caminar unos dos kilómetros hasta el

hospital, pero también esto me sirve un poco para hacer ejercicio, Pacho, sabes muy bien la conveniencia de fortificar el corazón.

Matilde no me pone problemas, Pacho. Llego a la hora que quiero y no está brava; siempre se encuentra dispuesta y ha prometido serme fiel por lo menos mientras vivamos juntos. Esa exigencia se la hice, Pacho, no por reatos de conciencia, sino para evitar una enfermedad. Además, como ama de casa lo hace muy bien, está aprendiendo a cocinar y se entretiene en esos asuntos domésticos todo el día. Incluso, muchas veces me acompaña cuando tengo que ir por la noche al hospital y a veces salgo tarde, después de atender un parto o suturar un herido, y ahí está esperándome. Entonces suele ocurrir que nos vamos de rumba. Con ella no me da miedo entrar a las cantinas que la gente llama de mala muerte, ni juntarme con la chusma. Creo que por aquí todos andan sabiendo que soy uno de ellos. La gente me saluda y me abre un puesto cuando me ve. Hemos llegado a emborracharnos con la plebe y después, esa misma plebe nos acompaña hasta la casa.

Estar con Matilde es también tener un poco de protección. A veces las cosas se ponen difíciles y es bueno por lo menos que alguien sepa dar razón de lo que le pueda pasar a uno. En mi oficio he atendido a muchos guerrilleros; algunos son liberales, pero hay muchos otros que tienen una ideología socialista. Las cosas están cambiando Pacho. En ciertas oportunidades el ejército indaga sobre las personas que atiendo y me recriminan no informar sobre las que han sido heridas y yo me les hago el bobo Pacho, porque eso es para seguirles la pista y luego a muchos de ellos los desaparecen. Aquí desaparecen a la gente Pacho. Eso no se sabe por allá, no sale en los periódicos; esas no son noticias que valga la pena divulgar. De pronto fulanito no llega a la casa y nunca se vuelve a saber de él. Lo común Pacho es que sean trabajadores o campesinos. ¿No te parece curioso?

Me animé a escribirte porque hace dos días llegó la enfermera del hospital a buscarme a eso de las dos de la mañana. No es que sea raro, tú lo sabes, que a un médico lo levanten a las dos de la mañana a atender un parto o aliviar un cólico, pero en este caso la noticia era otra. Matilde tiene el sueño más liviano;

como tú lo debes sospechar, su oficio es nocturno; así que salió a la puerta tal como estaba. Es decir, sin ropa. Entenderás que con ella no necesito pijama. Al abrir la puerta la enfermera se escandalizó. Es decir, se llevó las manos a la boca y no fue capaz de pronunciar palabra. Entonces Matilde tuvo que ir y buscar algo que ponerse. ¿Te la imaginas exhibiendo las nalgas delante de la enfermera? Al volver, ya la enfermera había recuperado el aliento y me mandó llamar. Yo oía todo Pacho. Matilde abrió la puerta de par en par y entonces aparecí yo al frente, pues en el cuarto en donde dormimos hace mucho calor si no se deja todo abierto. Se volvió a quedar sin aliento, pues yo también estaba en situación similar. Entonces tuve que envolverme en una sábana para que ella soportara el trance, y la mandé a entrar.

Le dimos un café caliente y nos contó los pormenores. El ejército llegó con un guerrillero muerto y había que hacerle de inmediato la autopsia. El hospital estaba lleno de soldados. “Dígale al general que deje el cadáver en la morgue y yo mañana se la hago”, “Ni se le ocurra doctor —me dijo aterrorizada la enfermera—, ese militar está echando chispas, dijo que si usted no iba de inmediato vendría por usted”. En un primer momento quise negarme Pacho, en ese sentido nadie tiene por qué darme órdenes, pero Matilde me previno, me hizo reflexionar. Entonces Pacho, porque también he aprendido prudencia, decidí ir, pero acompañado de Matilde, que se ha convertido en mi guardiana. Fuimos y efectivamente estaba allá el cuerpo de un hombre, tirado en la losa de la morgue; un campesino, cubierto de sangre y con varios impactos de bala.

No te imaginas Pacho el alboroto. Eso parecía que fuera a estallar una guerra. Ellos dando órdenes y yo poniendo mis condiciones. “Yo le hago la autopsia —le dije a un teniente coronel que estaba a cargo— pero mi responsabilidad y mi juramento no me permiten aceptar que exista intervención de personas extrañas mientras hago mi oficio”, “Eso no se va a poder —me dijo el militar—, es apenas conveniente que estemos presentes”. “Entonces me niego a hacerla —le dije— y me quité los guantes que ya me estaba poniendo”. Después de eso hubo

conferencia entre ellos; al rato volvieron. “Está bien —aceptó el coronel—, espero que mañana a primera hora me tenga el resultado de la autopsia”.

Te voy a resumir Pacho ese resultado y tú me dirás si tengo o no razón en denunciarle a este país que están atropellando al pueblo:

Hombre de aproximadamente treinta años, raza mestiza, de unos 70 kilos de peso y 1,70 metros de estatura. Presenta tres orificios de entrada por impactos de bala en la parte anterior del cuerpo, dos de ellos en el tórax y uno en el abdomen a nivel del ombligo. Además un orificio de salida en la región epigástrica. También hay dos orificios de entrada, de mayor tamaño, en la parte posterior del cuerpo, uno a nivel lumbar derecho y otro en la nuca. De todos estos impactos sólo uno presenta orificio de salida y fue el que ingresó por la espalda a nivel lumbar, lo cual hace suponer, para los entendidos en la materia, que el occiso debió recibir primero los impactos de la espalda los cuales fueron propinados por un arma de mayor calibre, posiblemente un fusil Linger u otro tipo de arma de largo alcance, lo que se podrá demostrar con los estudios de balística. Al abrir el cadáver, se encontraron lesiones múltiples en ambos pulmones y en la aurícula derecha; así mismo, en el abdomen, la herida posterior produjo lesión de la aorta, daño severo del páncreas y heridas múltiples de intestinos. De la cavidad abdominal se extrajeron tres balas de pistola, causantes seguramente de algunas lesiones intestinales. Para mirar el cerebro, se abrió el cráneo con una segueta y se encontró destrucción casi total del bulbo, el cerebelo, el mesencéfalo y el hemisferio cerebral derecho. Es de suponer, que por lo menos dos de las heridas fueron esencialmente mortales, las que recibió por la espalda con tiros de fusil, pues produjeron lesiones irreparables en el cerebro, en la aorta abdominal y en el páncreas. Lo demás es bla, bla, bla, Pacho, tú lo sabes.

No son necesarias más explicaciones Pacho. Desde eso estoy vigilado por oficiales de inteligencia que siguen mis pasos desde que me levanto. Además, te tengo que contar que al día siguiente apareció la esposa del occiso. Una mujer muy joven, campesina, descalza y sin un peso para el entierro; el muerto dejaba tres hijos menores de cinco años. Estaba llorando y me decía que ella no sabía

qué hacer pues no tenía ni siquiera la forma de enterrarlo. Para eso compré el cajón Pacho. Tuve que prestarle el ataúd que me hicieron por cuenta del centro de salud. La familia no tuvo que hacer nada Pacho. El sepulturero recibió la orden de desenterrarlo tan pronto terminaran las honras fúnebres, volverlo a enterrar sin el estuche y devolverme el ataúd bien limpio para cuando vuelva a ser necesario usarlo.

11

Muchas de las dudas que hasta ese momento tenía, las resolví en mi primera entrevista con Francisco Arango, mi profesor de cirugía. Nos encontramos en el lanzamiento de un libro de cirugía, y le referí mi interés por escribir un texto sobre Tulio Báyer. Para ello me era indispensable su ayuda. Él se mostró gustoso. Ya estaba retirado y vivía en una finca cerca de Girardota. Nos pusimos una cita y allí estuve. Llevé un cuestionario. Todas las preguntas meditadas según las dudas que me asaltaban, pero en el transcurso de la conversación sentí que no hacían falta, pues me resultaba imposible cortarle el hilo a sus anécdotas, amenas y sustanciosas. Mi disfrute fue total, y el tiempo, casi tres horas, se me hizo corto, pero él me expresó que tendríamos otras oportunidades y me invitó muy amablemente a volver a visitarlo. En su discurrir iba hilando unos relatos con otros y prácticamente recorrió la gran mayoría de los pasajes de su vida, desde que lo conoció siendo un estudiante de medicina, hasta su desenlace en París. Muchos aspectos repetían hechos que ya he narrado, pero otros me aclararon incertidumbres y me permitieron juntar cabos sueltos sobre aspectos que Tulio apenas menciona de paso en su legado escrito.

Pacho y Tulio se hicieron buenos amigos. Desde el primer año se conocieron bien. Trabajaban juntos en los laboratorios porque el grupo se dividía según las iniciales de los apellidos y el nombre de Báyer quedaba detrás del suyo. También los unían, la sensibilidad de ambos y, en cierta medida, las ambiciones que les rondaban en el cerebro. Pacho añoraba ser cirujano y quería estudiar en los Estados Unidos. Su vida parecía signada desde el comienzo; sabía que su

especialización le garantizaría un lugar como profesor de la facultad de medicina. Y Tulio deseaba que sus conocimientos pudieran ser puestos al servicio de los sectores más pobres; desde el principio había centrado su atención en ayudarle a los más necesitados. Ya estaba picado de lo que el profesor Arango llamaba el “sarampión revolucionario”. Era así como las contradicciones se movían entre ambos, pero les gustaba hablar de ellas, siempre el uno tratando de convencer al otro, cuestión que se prolongó durante toda la vida.

Actualmente es difícil obtener un cupo de año rural, pues son más los médicos que salen de las innumerables facultades de medicina, que los pueblos necesitados del servicio. Incluso, con el pretexto de que muchos lugares son zonas de violencia, por efecto de las acciones guerrilleras, la duración del servicio se ha recortado de un año a seis meses. El otorgamiento de la medicina rural en los pueblos más grandes y cercanos a las ciudades capitales generalmente se obtenía con una buena palanca, casi siempre política, y los municipios más pequeños y lejanos debían esperar mucho tiempo hasta que alguno de los recién graduados se arriesgara a irse lejos de su familia y padecer algunas incomodidades. Pero para Tulio eso de estar lejos y aislado no era ningún martirio, pues estaba acostumbrado a la lejanía; además, su deseo era estar cerca de los desarraigados, aquellos que se encontraran en la mayor miseria. “En medio de su fanatismo —cuenta su amigo Pacho—, en alguna oportunidad, decidió irse a vivir en un barrio de invasión muy pobre, Altamira, en unas casuchas recostadas sobre la montaña. Allí hizo un trueque con los habitantes: la comida y la dormida por las consultas médicas y las muestras farmacéuticas. Y ellos aceptaron, porque la comida era casi nada y un rincón en una pieza era suficiente. Eso le bastaba”.

Podría uno imaginarlo: un día de aquellos, caminando con sus pantalones de dril, anchos y descoloridos; sus zapatos torcidos por el uso, desgastados en las puntas de tanto golpear las piedras del camino; la camisa de cuadros, que era la que más le gustaba. Con las manos en los bolsillos, subiendo las faldas de Altamira por entre las casas apelmazadas, cada vez más descompuestas al empinarse la montaña. Parando de trecho en trecho para descansar y mirando hacia abajo la ciudad diluida por entre los nubarrones que esa tarde presagiaban lluvia. Los

techos con hojas de zinc sostenidas por piedras para que el viento no las levantara y los tablones de madera como puertas improvisadas. Sin contactos, porque de lo que se trataba era de no tener intermediarios que desfiguraran su labor. Nada de políticos que subían de vez en cuando a ofrecer un apoyo que nunca se concretaba. Él sólo tenía algunos conocimientos de la medicina, los que le enseñaban los profesores o leía en los libros de parasitología. Sabía que al común de la gente la mataban los parásitos, la desnutrición y la tuberculosis. Y de eso les hablaba a las señoras en Altamira. Los hombres no le escuchaban sus pláticas, porque ellos llegaban tarde o no llegaban. Les inculcaba hervir el agua y les llevaba muestras médicas. En un principio no le creían. “Es un pelado”, cuchicheaban. Pero después lo buscaban para contarle. “Doctor, la niña botó como cincuenta lombrices”.

Y lo cogía la noche mirando niños a la luz de una tea de petróleo que la gente fabricaba para alumbrarse. Trabajaba en la penumbra, con el candil chisporroteando y las sombras agrandadas contra las tablas de las paredes. A falta de sillas había bancos de madera. Casi siempre era lo mismo: los niños con los ojos grandes y perdidos, la palidez en el rostro, el cabello descolorido, las costillas forradas por la piel y el abdomen abultado; y las viejitas tosiendo en un cuarto oscuro en el fondo de los tabucos, aisladas para que no les diera el sereno, esperando poder ir al hospital para tomarse una radiografía. Pero no había modo. Ya ellas no podían bajar y subir faldas y preferían quedarse aferradas a lo poco que tenían. Por eso, ante la insistencia, decían que sí los hombres las bajaban lo buscarían a él en Policlínica; pero eso nunca ocurría.

“Doctor, quédese, ya es muy tarde y el camino es peligroso”, le recomendaban las señoras, con cariño. “A mí nada me va a pasar —respondía Tulio—, yo no tengo sino el pasaje”. “Pues por el pasaje lo matan doctor o por la camisa o los zapatos” y Tulio apenas si se miraba los zapatos y los levantaba para que le vieran las puntas torcidas y las suelas gastadas. Entonces se reían y él aceptaba que le armaran un catre, en un rincón, en la misma pieza en donde todos dormían. Así ocurrió muchas veces hasta que lo cogió un carranchil, de tal magnitud, que tuvieron que internarlo en el Hospital San Vicente de Paúl en donde recibía las

clases de medicina interna y allí estuvo acostado varios días en una de las mismas camas en las que él llevaba los enfermos de aquellos barrios, atendido por el profesor de dermatología y los compañeros suyos de rotación, quienes lo miraban desde lejos con una especie de orgullo y conmiseración.

“Remedios y Anorí”, dijeron Francisco Arango y Tulio Báyer cuando vieron que la lista que les ofrecieron en la Dirección Seccional de Salud sólo contenía tres posibilidades más: Peque, Murindó y Sabanalarga. El “Mono” escogió primero y se apuntó en Remedios. Miraron un mapa de Antioquia. Por lo menos estarían cerca y podrían visitarse, salir a pasear con las novias y contarse las experiencias que iban teniendo, o ayudarse si el uno requería de los servicios del otro. Uno nunca sabe. Tulio podía dar la anestesia mientras Francisco operaba. Allí conoció Pacho a Morelia Angulo pues en ese tiempo eran novios. Ella era una mujer bonita y él la llamaba “Bambi”, pero no se entendían muy bien, cada rato se les veía de capa caída. Se pelearon muchas veces, hasta que Tulio decidió cambiar de pueblo y se fue para Dabeiba. Sobre ese tiempo el “Mono” no sabe mucho más de lo que aparece en los libros publicados. Luego de terminar el año rural, el hombre se estableció en Manizales.

Pero lograr un cupo de profesor sí era una verdadera odisea, así fuera en una facultad de medicina que recién comenzaba. Regresó a Manizales para estar más cerca de Morelia Angulo y buscando y buscando supo que estaban requiriendo profesores en ciencias básicas en la recién fundada facultad de medicina de la Universidad de Caldas. Con el último sueldo compró un traje y se fue directo a allá. No fue sino hablar con el decano para que éste quedara impresionado de los conocimientos médicos que el muchacho le refería. Tulio le hablaba con fluidez de los más delicados y complejos detalles anatómicos, aprendidos durante los dos cursos que tuvo que hacer de anatomía leyendo a Testut Latarget y recitando párrafos en francés, y como a él le habían gustado la fisiología, la biofísica y la farmacología, desplegó en la conversación algunos detalles que hacían sospechar

que era un erudito en estas materias. Al fin, logró dirigir la cátedra de física médica y eso lo llevó a la posibilidad, incluso, de ir a especializarse en los Estados Unidos, sueño que no era tanto una virtud de él como sí lo fue la insistencia de su amigo, el “Mono” Arango.

Desengañado de su relación amorosa y por la insistencia de “Pacho” Arango, que ya tenía listo su viaje a los Estados Unidos, en donde haría la especialización en cirugía general, se motivó a seguir la misma ruta de su compañero y logró también su pasantía de un año en Harvard, en la cátedra de farmacología del doctor Paasonen, por ese tiempo necesitado de jóvenes estudiantes que le ayudaran a hacer los experimentos en el laboratorio. Conseguido el ofrecimiento, solicitó que la Universidad le otorgara la comisión, así fuera sin financiamiento, y eso lo obtuvo fácilmente, pues el detalle le daba a la institución la oportunidad de mostrar que sus profesores se estaban preparando en el extranjero. En 1956 llegó a Ann Arbor en Michigan con una beca del Icetex para hacer un curso de inglés y luego de perfeccionar un poco el aprendizaje de una lengua para la que tenía facilidades, se dirigió por ferrocarril a Boston a trabajar al laboratorio del doctor Paasonen, en donde ensayaría fármacos que alterarían el corazón, en pequeños animales de experimentación.

12

Cuando estuvo en el Departamento de Farmacología de la Universidad de Harvard nada le agradaba, odiaba lo que veía, se sentía traicionando a su patria y a los pobres por los que debía luchar, y por eso fue que, al ser requerido por Ernesto Gutiérrez Arango, en ese tiempo Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Caldas, regresó a Manizales en 1957, para ser francos, con experiencia en un molusco: la Venus Mercenaria; experto en preparaciones cardiopulmonares en ratas y con el conocimiento de algunos medicamentos y de sus efectos experimentales. Además, con muchas ganas de servirle a su país. Al ver sus pergaminos en inglés y saber de sus experiencias al lado de los más

famosos investigadores gringos como Otto Krayner y un finlandés de apellido Paasonen, fue contratado como coordinador científico de ciencias básicas en la nueva Universidad. Y así se lo repetían los directivos a las personas que preguntaban quién era ese profesor flaco y desgarbado que andaba con un libro bajo el brazo y parecía una momia.

A Morelia empezó a escribirle desde su regreso a Manizales. En las cartas le contaba las nuevas oportunidades que le estaba dando la vida, las cuales, le decía, hubiera querido compartir con ella, y Morelia le respondía con ambivalencias, pues para esa época mantenía correspondencia y contactos, así fueran esporádicos, con Carlos, su antiguo novio, a quien logró ver apenas dos veces durante ese lapso. La primera, porque él viajó a Sonsón buscando revivir los buenos momentos que había pasado con ella. Al fin, para ambos había sido el primer amor de sus vidas. Y la otra, porque ella fue a hacerle la visita a Bogotá, en donde cursaba sus estudios de ingeniería. En Sonsón él fue apasionado y le mostró lo mucho que había aprendido en su ausencia y en Bogotá ella se dio cuenta de que él estaba casado y vivía con su mujer en una residencia para estudiantes.

Así fue como volvió a ver a Morelia. Ya habían pasado un año y seis meses desde la separación en Anorí. Él había vivido con Matilde, la prostituta de Dabeiba, de quien se despidió una noche como si al otro día fuera a volver. En Boston convivió con una o dos gringas que fumaban marihuana en las fiestas, les gustaba el perico y se lo daban a todo el mundo. Con cada una de ellas vivió semanas enteras y nunca supo distinguir cuál era la una o la otra. Jenny le decía a Katia y viceversa, y cuando adivinaba cuál era, ellas mismas le hacían fiesta. Para él cualquiera de ellas le era indiferente y ellas encontraban en él una especie de refugio. Eran pequeños gustos que se podía dar con la beca del Icetex. Al poco tiempo de llegar a Manizales, en una de esas depresiones de soledad, conoció en una cantina a Josefina Butler, una morena apasionada que gozaba con sus impertinencias y la manera desaforada como le hacía el amor, y según afirmó: estaba dispuesta a

dejar su promiscuidad si el médico, como se lo había prometido, se iba a vivir con ella.

Pero desde que vio de nuevo a Morelia, quedó otra vez enamorado y le propuso matrimonio. Ella llegó un atardecer en un bus desde Sonsón y él la estaba esperando en la flota Arauca con un anillo de matrimonio en el bolsillo de la chaqueta. La reconoció desde lejos y se le encendió el corazón. Le dio un beso, la abrazó, la tomó de la mano y la llevó a su apartamento. Esperó pacientemente que ella descansara, se bañara, se vistiera y se pintara suavemente el rostro. Luego la llevó a comer y la invitó a beber unas cervezas. La miró a los ojos y volvió a disfrutar de su belleza. “Ha pasado mucho tiempo y no dejo de pensar en ti”, le dijo, y ella también le confesó que no había dejado de quererlo y que a veces soñaba con él. Lo que no le contó era que cuando esto ocurría, el hombre era un íncubo con el cuerpo de Carlos y la pasión de Tulio. Entonces le propuso que se casaran y le entregó el anillo. Era la primera vez que a ella le ocurría algo así, y eso le hizo creer que ella también estaba enamorada. Cuadraron la fecha de la boda y les comunicaron la noticia a sus familias. Esa noche, Morelia se acostó con él, volvió a sentir la pasión de otras épocas y quedó convencida de que Tulio era el hombre reservado por el destino.

El matrimonio, curiosamente católico para un hombre descreído, fue en una pequeña capilla en Sonsón con la asistencia de las dos familias, una recepción en la casa de la novia y la luna de miel en Manizales, porque él estaba trabajando. Cuando ella le exigió el matrimonio católico, él protestó, se enojó, le explicó con una retahíla de argumentos políticos cómo no podía renunciar a sus principios. Pero ella, sin argumento alguno y sin insistir demasiado le dijo que entonces se iría para su casa. “Adiós, adiós, si te he visto no me acuerdo”, le repitió varias veces y empezó a empacar su maleta. Entonces Tulio bajando sus ímpetus, encontró una respuesta: “bueno, qué carajo mi amor, el hábito no hace al monje”.

Ni en las conversaciones con el “Mono” Arango, ni en las cartas a sus amigos, ni en los libros, encuentra uno las razones para la pronta separación, apenas dos

meses después. La hermana de Tulio, ya muy vieja, recluida en un asilo de ancianos en Manizales y a quien visité cuando no encontraba la forma de acercarme a la verdad, me relató que había asistido al matrimonio de su hermano y me insinuó que el fracaso se debió a que él era muy perro y fruncía la boca cada que lo decía, pero luego empezaba a contar otras historias que la alejaban de lo que yo estaba interesado en saber. Por lo menos hice el intento —pensé— dejando para la imaginación las razones de la separación.

Al fin, su mente no estaba en Harvard, ni en Bogotá, ni menos en ciudades como Manizales, ni siquiera en Sonsón en donde pasó su juventud detrás de Morelia Angulo y en donde nada lo entusiasmaba; él soñaba con las zonas selváticas de Colombia, pero no con el espíritu puesto en la defensa medioambiental y el deseo de buscar cómo preservar la biodiversidad, como lo dijera un famoso columnista criollo de apellido García, en alguna revista de farándula, una vez sus andanzas revolucionarias lo pusieron en la primera plana de los periódicos, sino para buscar a los guerrilleros que todavía hacían la insurgencia en aquellos lugares y permanecían luchando contra el régimen después de la entrega de las armas que lograra el gobierno del general Rojas Pinilla.

Cuando fue expulsado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Caldas — cuenta el “Mono” Arango—, decidió irse a Puerto Leguízamo en el Putumayo, en donde vivió en un barco de la armada en los límites con el Perú, ejerciendo el oficio de médico con los grumetes de la institución. Hasta que lo sacó de la región una carta del director científico de laboratorios CUP, empresa que llevaba el nombre del ilustre profesor, doctor César Uribe Piedrahita, pidiéndole aceptara trabajar en el instituto de investigaciones científicas, adscrito a la empresa. Y allí estuvo un tiempo, pero no duró mucho porque, inconforme como siempre, terminó denunciando la calidad de los medicamentos que se producían, lo cual llenó de ira al gerente que lo conminó a renunciar, antes de ponerle una demanda penal. Fue entonces cuando decidió hablar con Eduardo Franco Isaza, a quien se lo recomendaron como un verdadero revolucionario y uno de los pocos guerrilleros

de aquel entonces que se opuso a la entrega de las armas en el episodio de las guerrillas liberales, levantadas en armas después de la muerte de Gaitán.

La anécdota la supe luego de leer un libro llamado *Las guerrillas liberales del Llano*, de Eduardo Franco Isaza. El 6 de febrero del 2002 tuve la oportunidad de entrevistarlo en Bogotá. Fue uno de los guerrilleros del levantamiento llanero ocurrido entre 1948 y 1953, que más fervor puso en la organización y centralización de los diferentes comandos armados, y lo contacté mientras escribía una novela sobre los guerrilleros liberales del Llano. Al verlo una vez en un programa de televisión haciendo un recuento de aquellas épocas, me dediqué a indagar cómo localizarlo. Me apoyé en un amigo, en ese momento gerente de un canal de televisión. Él habló con sus colegas quienes le dieron el nombre del periodista que le había hecho la entrevista. Éste conservaba su teléfono y no tuvo ningún inconveniente en dárselo a mi amigo, advirtiéndole que el ex guerrillero era receloso con los periodistas, por temor a que algunos odios, que perduraban, pudieran ponerlo en riesgo.

De inmediato lo llamé y me contestó su hija. Le expliqué quién era y qué pretendía, pero me dijo que no se encontraba, que le dejara algún teléfono y él después me llamaría. Sin embargo, no llamó. Luego marqué reiteradamente en horarios distintos y nunca estaba, ni siquiera tarde en la noche. La hija, apenada conmigo, me prometió una respuesta, siempre y cuando le dijera exactamente cuál era mi deseo. “Estoy escribiendo una novela que he decidido llamar *El hilo del viento*, sobre el levantamiento llanero, en donde él fue protagonista y quiero aclarar algunos pasajes que para mí son oscuros. Mi pretensión no es periodística —le recalqué, advertido como estaba del temor que aquellos sobrevivientes de esa época solían expresar—, es una ficción”. Días más tarde recibí una llamada. Eduardo Franco estaba dispuesto a recibirme y me dio una cita.

Compré el pasaje a Bogotá, y asistí cumplidamente a su residencia. Vivía en una modesta casa en el norte de la ciudad. Me abrió su hija, una mujer de unos cincuenta años, amable, de ojos café claros; me hizo seguir y me sentó en un

sillón de la sala del apartamento. Al momento regresó con un café caliente y me dijo que su padre bajaría enseguida. Así fue. Era un hombre de más de ochenta años, blanco, de mediana estatura, con profundas entradas en su cabeza cana, de ojos color café, pero más claros que los de su hija, y de una amplia sonrisa con dientes manchados por el cigarrillo. Le volví a repetir mis intenciones y sentí que empezaba a narrar con agrado muchos de los episodios de aquella guerra. Al final, cuando le pregunté por Tulio Báyer me mencionó que había tenido la oportunidad de hablar con él en 1957, después de que el joven médico lo buscara para convocarlo de nuevo a la lucha, y fue él, precisamente, quien lo contactó con Rosendo Colmenares, en ese momento levantado en armas en el Vichada, en lo que se llamó el segundo levantamiento llanero. “Báyer era un hombre altivo y revolucionario —me dijo—; de ideas claras sobre lo que se debía hacer en el país, pero no tenía empaque de guerrillero. Era demasiado débil, los brazos escurridos y la piel blanca, casi transparente; a pesar de la juventud, su cara estaba surcada de pequeñas arrugas. “Pero mi charla con él fue muy corta, —agregó—, después, lo que supe fue lo que apareció en las noticias de prensa. Para serle franco creo que a Báyer le dieron más importancia de la que realmente tuvo”.

13

Josefina Butler se llamaba esa muchacha de pelo negro y lacio, con ojos grandes y expresivos, que Tulio miró desde lejos cuando se sentó en la cantina de la plaza mayor de Manizales, acosado por la pena del abandono de su mujer, a tomarse unas cervezas. El día había estado agitado, pues toda la tarde estuvo enseñándole a treinta estudiantes, en un laboratorio, cómo hacer para que el corazón de una rana siguiera funcionando por fuera del cuerpo del animalucho, si se le mantenía la oxigenación y se le aplicaban diferentes tipos de drogas. Eran treinta ranas conseguidas por los alumnos ese fin de semana en las lagunas de Chinchiná, lugar adonde el profesor los había mandado con la seguridad de no perder el viaje. Y así fue, aunque el mismo Tulio no lo supiera. “Lo importante es encontrar una laguna”, les dijo y el pronóstico le salió; pero algunos de ellos, no contentos con el hallazgo de pequeños exponentes, casi en fase de renacuajos,

debieron buscar otras especies de buen tamaño en las quebradas de Palestina y de Santa Rosa de Cabal. Al terminar las tres horas del agitado laboratorio, muchos de los corazones siguieron latiendo sin el oxígeno ni los líquidos ni las drogas utilizadas, y los estudiantes quedaron atónitos, satisfechos, ilusionados y agradecidos de los milagros de la ciencia, que ellos descubrían con sus primeras disecciones. Años después de aquel primer contacto con la sabiduría, los alumnos recordarían con más detalle las peripecias por conseguir los batracios, que las características inotrópicas de las drogas administradas.

Las cervezas lo reanimaron; el alcohol se le subió rápido al cerebro y al olvidar por completo el éter utilizado, el bisturí que le sirvió para abrir el tórax de los animales y la técnica que aprendió para que el órgano al ser extraído no sufriera alteración en su fuerza de contracción, empezó a disfrutar de todo lo que a su alrededor acontecía. Olvidó entonces a los alumnos de ojos asombrados y de preguntas estúpidas y se limitó a observar lo que sucedía entre esas cuatro paredes del bar. Detalló al cantinero en medio de la penumbra: un gordo bonachón, de barba espesa, que calculaba con esmero la cantidad exacta del ron que debía mezclarse con la cocacola, para hacer un “Cuba libre”. Las dos meseras que a esa hora atendían eran mujeres esbeltas, de piernas largas, una de ellas rubia de cara rosada y la otra morena de pelo largo, con una falda negra estrecha, sentada en un escabel al frente suyo, que lo miraba de vez en cuando a los ojos. Tuvo la oportunidad de observarla por todos los ángulos de su cuerpo: senos grandes, nalgas redondeadas, piernas armoniosas y finas, cuello largo y abdomen plano.

— Siéntate aquí conmigo —le dijo Tulio cuando al atender a otro cliente, la mujer pasó por su lado, casi sobándole el hombro con las caderas— y ella sonrió.

— Ahora, cuando el alboroto pase un poco —le respondió la mujer, guiñándole un ojo.

Al fondo, en un rincón, entre los cubículos de los orinales tapados con cortinas de plástico, y una pianola sonando a todo volumen, dos pueblerinos, a quienes era difícil verles la cara por la oscuridad del lugar, brindaban con aguardiente,

mientras escuchaban unos boleros que ellos hacían repetir continuamente, metiendo monedas por el traganíquel. Algunas de esas canciones, muy conocidas en aquel tiempo, eran de Pedro Vargas, y Tulio las tarareaba de manera inconsciente. No se sabía las letras, pero de tanto oírlas, se le prendían las tonadas. A eso de las diez de la noche, cuando la congestión disminuyó y no seguían en el lugar sino los dos borrachos escuchando boleros y brindando por las penas, Tulio hizo ademán de irse y pidió la cuenta, pero la mesera se le acercó en forma repentina.

— Oye, ¿no te irás tan pronto?, la noche apenas comienza —le dijo sentándose a su lado.

— Pues yo creía que se había acabado —Tulio volvió a acomodarse y la miró fijamente a los ojos.

— A mí gusta es el ron —dijo la mujer levantando un vaso lleno, y ofreciéndole un brindis.

— A mí me gusta cualquier trago, pero hoy empecé con cerveza.

Allí estuvieron hasta las dos de la madrugada, hora en la que el bar debía cerrarse por disposiciones oficiales. Josefina fue a la caja, cuadró cuentas con el administrador, se despidió de él y de su amiga, no sin antes cuchichear y sonreír un poco, y luego, tomando a Tulio de la mano lo ayudó a levantarse de la silla, lo condujo a la salida, se puso una chaqueta para mitigar un poco el frío que a esa hora hacía, y agarrándole el brazo salió con él. En el camino se abrazaron, cantaron, comieron chuzos de carne en alguno de los tenderetes, y después de caminar mucho rato por las calles vacías, simplemente se dejó llevar, hasta terminar en la pieza de la pensión en donde ella vivía. Esa noche hicieron el amor, durmieron, se levantaron a orinar, volvieron a hacer el amor, se bañaron juntos en la pequeña ducha, hicieron de nuevo el amor y se durmieron otra vez a pierna montada hasta el mediodía. Después de almorzar juntos, decidieron que seguirían viéndose. No era sino que él la buscara en el bar en donde todos los días, a excepción de los domingos, ella trabajaba desde las seis de la tarde. Y así se encontraron día tras día, sin falta. Parecían un par de novios.

Con el tiempo, se declararon compinches. Alquilaron un apartamento pequeño en las afueras de la ciudad. Entre ambos aportaban para el arriendo y para hacer el mercado. Salían los domingos, visitaban los sitios de diversión y se iban de compras. Ya muchos compañeros de Tulio lo habían visto con la mesera y le hacían chistes de doble sentido en las reuniones de profesores. Pero las cosas lograron pasar relativamente inadvertidas, hasta el día en que el gobernador del departamento, al escuchar sobre las virtudes académicas del recién egresado de Harvard y de quien decían llegaría a ser una figura promisoría de la nueva universidad, lo señaló como uno de sus invitados a una fiesta de gala en el club de la ciudad, en homenaje a los médicos, por la celebración del día panamericano del gremio.

Tulio ahí mismo pensó en Josefina. La llevaría a la fiesta. “irás como mi esposa”, le dijo. Ella aceptó un poco intrigada, no sin advertirle que eso le podría causar problemas; pero él desechó las dudas y le dijo que sin ella no iría. Entonces prepararon con delectación lo que sería la participación en la fiesta. Ella no conocía el club sino por fuera, pero a algunas amigas las llevaban de vez en cuando, antes de meterlas en un hotel. No hubo dudas sobre ir juntos. Él quería sentirse acompañado por una mujer del pueblo, sufrida, desarraigada, de esas que jamás vislumbrarían posibilidades semejantes, y ella sentía que era la más bella oportunidad de su vida, creía que era algo así como el baile de la cenicienta, otorgado por un hada madrina, al cual iría con su príncipe encantado. Ambos alquilaron traje especial para la ocasión. Él, un vestido de paño azul oscuro con camisa blanca almidonada, corbata roja y mancornas doradas; ella, un vestido negro, largo, con encaje en el cuello y mangas de telas vaporosas. Antes de vestirse fueron a la peluquería y se arreglaron el cabello; luego se bañaron juntos y se estregaron los pies y la espalda con estropajo y piedra pomex, se rociaron con lavanda, limpiaron y embolaron los zapatos y se miraron juntos en el espejo para darse el visto bueno. Luego tomaron un taxi, llegaron tarde y se presentaron tomados del brazo en la portería del Club Manizales. “Le presento a mi esposa”, le

dijo Tulio al portero y éste, un poco azorado, sin atinar a responder, simplemente los invitó a pasar.

Todo transcurrió normalmente. Era tal el gentío y la agitación que nadie parecía pararle bolas a la pareja. Se diría que fueron recibidos con cierta indiferencia; a la entrada, saludaron al gobernador y al alcalde que estuvieron dispuestos en la puerta, hasta que las mesas se llenaron; un conserje los invitó a sentarse en una mesa para dos, en donde había una botella de champaña y un pequeño florero con una orquídea. “Es una especie rara y muy bella —dijo Tulio—, del género Masdevalia”. La impresionó con su conocimiento sobre la naturaleza y aunque ella le preguntó muchas veces el nombre, nunca logró grabarlo. “¿Más de qué?”, le preguntaba. Bebieron champaña rosada, comieron tentempiés, saludaron de lejos a los profesores conocidos de Tulio, quienes se encontraban en sus mesas acompañados de sus esposas, bailaron pegaditos, se besaron en la boca y despertaron murmuraciones entre las señoras que los miraban escandalizadas, y envidias de los esposos que para quedar bien con sus mujeres, comenzaron a regar el chisme, señalándolos con las miradas.

— No es la esposa, la pobre quién sabe donde andará, es una puta —le dijo el doctor Nicanor Vélez a su muje y ella se puso la palma de su mano derecha sobre los labios, mientras dejaba escapar un ¡Oh!

— Es una puta —le dijo Marinita de Vélez a Jesusita Agudelo que estaba en ese momento comiéndose una galletita de soda repleta de caviar.

— Es una puta —le dijo abriendo los ojos Jesusita Agudelo a su marido don Rafael Santamaría.

— ¿Se casó con una puta? —le preguntó don Rafael Santamaría, a don Ernesto Gutiérrez.

— ¿Cómo se le ocurre decir eso? No, a ella ya la abandonó, no duraron sino dos meses casados. Simplemente vive con esa mujer en unión libre. Sin embargo, sea que se haya casado con una puta o viva con ella, está es burlándose de la institucionalidad. ¿No le parece, gobernador?

— Por supuesto —replicó el gobernador—, ya el obispo está de pelo parado. Mire no más cómo se le levanta el solideo.

— Esto es inconcebible. Este lugar siempre ha sido respetable. Las señoras están indignadas —recalcó el padre Hoyos, que llegó en ese momento después de conversar con el obispo.

— Sáquenlos de aquí —le ordenó el gobernador al gerente del club—, pero con discreción, no quiero escándalos en mi fiesta.

— Enseguida señor gobernador —respondió el gerente, quien fue a buscar a uno de sus subordinados para reiterarle la orden.

Y con la discreción prescrita, se acercó el jefe de meseros del club a saludar a la pareja. Allí, ellos lo recibieron con entusiasmo y solidaridad, como a un amigo, le acercaron una silla y lo invitaron a sentarse un rato con ellos. Le sirvieron en una copa, de la botella de champaña que todavía les quedaba y el enviado debió esperar hasta que Tulio dejara de contarle las historias de las veces que había ido a diferentes clubes sociales: una vez en Medellín y otra en Boston. Entonces Josefina, que no se aguantaba las ganas de orinar, con la champaña subida en la cabeza, se le acercó al oído al jefe de meseros y le preguntó por un inodoro para damas, mientras con su mano derecha le acariciaba la cara. Él la miró un poco azorado y le indicó el camino. Al quedar solos, aprovechó la intimidad con Tulio para explicarle, con el debido respeto y solicitándole disculpar la impertinencia, cómo su decisión de venir con una mujer de dudosa conducta era considerada a todas luces reprochable, y no gozaba de la simpatía de los socios presentes; por tanto, debía solicitarle abandonara de inmediato el lugar. Tulio, extrañado de que el suceso no hubiera tenido lugar desde el momento mismo del ingreso, se paró de su silla, puso las dos manos sobre la mesa, lo miró a los ojos, escogió las palabras y sin preámbulos, le dijo:

— Las mujeres de dudosa conducta son todas las que están ahí —casi lo gritó señalando a las damas que los miraban, conocedoras del desenlace,

cuchicheando entre ellas y aguzando los oídos—, mi mujer, con la que vine, es claramente una puta.

Y sin decir nada más se retiró a largas zancadas, levantando la cabeza con indiferencia, esperó a su Josefina a la salida del baño, la tomó del brazo y contándole la historia de aquel desenlace, la condujo por el mismo pasillo por donde entraron y la convidó con sonrisas a retirarse del club.

Que se sepa, esa fue la tercera y última vez que Tulio fue a un club social.

14

La verdad es que después de mi entrevista con Eduardo Franco perdí bastante mi interés por Tulio Báyer. Si alguien con el compromiso de este ex combatiente, quien jamás renunció a sus principios, consideraba que al médico se le dio en su época más importancia de la que efectivamente tenía, no creía que valiera la pena seguir indagando sobre él. Un tipo que no era propiamente un revolucionario sino un simple liberal, cuya vida transcurría entre prostitutas, que había estudiado en Harvard en la nación imperialista que odiaba y quien terminó siendo subalterno de la policía en París, no parecía tener la convicción, la fuerza y la capacidad de liderazgo que decían había tenido. Así que guardé mis apuntes y documentos en un cajón y me dediqué a otras actividades.

Pero, curiosamente, una noche, soñé con él. Estaba en un campamento rodeado de guerrilleros, y yo, no sé por qué extraña razón, me encontraba a su lado. Él participaba como defensor, en un juicio que se le hacía a otros guerrilleros y se suponía que mi labor era la de asesorarlo. Me le acercaba al oído y le aseguraba que eran culpables, pero él, desoyéndome, recalcaba la inocencia de los muchachos y me decía que las pruebas estaban a la vista. Infundía tanta convicción con sus palabras que al despertar, el sueño se me quedó pegado. Recordé entonces, que en un pasaje de su libro *Carta abierta a un analfabeto*

político, él había defendido a unos guerrilleros del MOEC que se habían vinculado con los guerrilleros de Rosendo Colmenares y por alguna razón habían desertado. Así que busqué el libro y volví a leer aquel capítulo. Recuerdo al MOEC (Movimiento Obrero Estudiantil Campesino) porque en aquella época fue el origen de varios movimientos de izquierda, unos armados, y otros de la izquierda democrática.

Efectivamente, cuatro jóvenes estudiantes vinculados con ese movimiento guerrillero, desengañados por la forma como Rosendo Colmenares dirigía el segundo levantamiento del Llano en el Vichada, desertaron y huyeron de sus filas. Al hacerlo, desconociendo la forma de sobrevivir en la selva, terminaron perdidos en medio de la maraña, enfermos de paludismo, con hambre y a punto de morir. Los encontraron los comandos de Colmenares sin fuerzas para moverse, a pocos metros de la carretera a Villavicencio. Si hubieran logrado salir a la vía, seguramente habrían escapado. Los apresaron y los devolvieron al campamento. Cuando iban a fusilarlos intervino Tulio Báyer. Pidió permiso para curarles las enfermedades que los agobiaban, solicitó les dieran alimentos y exigió les hicieran un juicio para determinar las responsabilidades. Leonidas Castañeda, uno de los jefes del movimiento, le respondió que no botara corriente, al fin de cuentas había que fusilarlos. Cuando Tulio tuvo oportunidad de hablarles, les administró quinina, les lavó las heridas y les llevó comida suficiente; además, tuvo la oportunidad de escucharles sus apreciaciones sobre esa guerra. Acusaban al famoso “Minuto” y sus huestes, de actos de bandidaje y de tener absolutamente concentrado el poder, sin un interés que superara su propio beneficio. “No son revolucionarios — dijeron categóricamente— son una montonera liberal”.

Rosendo, informado del asunto, recordó el juicio que Eduardo Franco le exigió al general Velásquez, para defender al “Tuerto” Giraldo en Guanápalo; así que, para no pasar por déspota, aceptó la propuesta. Hubo en esa oportunidad, también, un jurado de conciencia. Tulio solicitó ser el defensor y Leonidas Castañeda se autonombró fiscal, con el beneplácito de Colmenares. No existe, a excepción de la narración de Tulio Báyer en su carta abierta, mucha referencia sobre cómo fue

aquel juicio, por eso no sabría describir cuáles argumentos exhibió el fiscal acusador. Quizá —pensé— si encontrara a Colmenares pudiera indagar algo más sobre el asunto. Al parecer, el argumento más contundente de Tulio fue la existencia de un código guerrillero, que no contemplaba el delito de desertión. Si este delito no estaba, debía cambiarse la pena de muerte por la de quitarles las armas y las responsabilidades de la guerra, y encargarlos de oficios domésticos como cocinar, recoger leña o servir de ayudante a los combatientes. Así lo aceptaron el jurado y Castañeda.

Meses después, por los detalles que me dio Eduardo Franco en su entrevista, pude seguirle el rastro a Rosendo Colmenares, pero mi contacto con este otro ex guerrillero era bastante incierto, pues la búsqueda estuvo impregnada de contratiempos y misteriosas contrariedades. La única huella que había logrado era que vivía en Villavicencio. Este personaje compartió en la selva con Báyer, luego su información tendría que ser mucho más valiosa. Debía tener, según cálculos aproximados, unos setenta y cinco años. Mi primer viaje en su búsqueda fue un fracaso. No encontré ningún rastro fidedigno. Recorrí los sindicatos, los comandos de las organizaciones políticas y las universidades. Encontré caras sorprendidas, asustadas, aterradas, cándidas, y también dubitativas y pensativas. Alguien terminó diciéndome que el único que podría saber algo sería Eladio Henríquez, quien era historiador y escritor. Pero no imaginaban cómo podría encontrarlo. Incluso uno de los contactos, un chofer de taxi, me llevó por los extramuros de la ciudad, me hizo esperarlo en el vehículo mientras indagaba con algunos amigos en las casuchas de los barrios, me arrimó a bares y cafetines de mala muerte y al final del día, terminó por entregarme un número telefónico en el que un amigo, de nombre Bernardo Hincapié, me daría la dirección en donde vivía Rosendo Colmenares. Le pagué y no lo volví a ver.

Desde mi llegada al hotel empecé a llamar con la ansiedad de poder encontrarlo. Había repasado en mi mente las preguntas y la forma que emplearía para no

asustarlo. El teléfono sonaba y sonaba, sin que nadie contestara. Pregunté en la central si era posible que el aparato estuviera descompuesto. Pero me dijeron que no, seguramente en ese momento no habría nadie en el lugar. Llamé por última vez a las doce de la noche, pero nada. Quedé intrigado. Al otro día, después del desayuno, volví a intentarlo y me contestaron de un taller: “Reparaciones unidas”; vaya nombre para encontrar al amigo de un ex guerrillero, hijo de un ganadero. Pero cualquier cosa podía ocurrir después de tanto tiempo. Nadie conocía al tal Bernardo Hincapié. Después de interrogar al mecánico que me respondió y de insistir por el señor Rosendo Colmenares a quien le tenían el apodo de “Minuto”, el hombre terminó por insultarme y colgarme el teléfono.

Pero, Eladio Henríquez trabajaba en el departamento de historia de la universidad de los Llanos, y allí lo encontré. Estaba en una oficina doble, compartida con otro profesor, que por fortuna en ese momento no se encontraba. Su escritorio, atestado de libros, tenía un desorden infernal. Había unas repisas también llenas de libros de todos los tamaños. Traté de buscar en dónde sentarme mientras él me miraba desde su asiento con cierta desconfianza, pero no existía ningún otro asiento en el lugar. Me le presenté y le extendí la mano. La suya era de una debilidad especial. Sentí, de pronto, haberlo lastimado con el apretón que le di; le hablé de mis pretensiones, le conté la historia y él pareció por fin interesarse en el tema. Había conocido a muchos hombres de aquella guerra, incluidos Eduardo Franco —me dijo— y Rosendo Colmenares; sin embargo, hacía muchos años que no sabía nada de ellos.

Rascándose la cabeza y mirándome de nuevo, pareció abochornarse un poco y viendo que yo no tenía donde sentarme me invitó a tomar un café. Antes de salir acomodó una pila de libros que estaban en el suelo, cerró con llave los cajones de su escritorio, buscó su chaqueta entre un arrume de papeles y salió de lado para no tumbar la estantería. Caminamos por unos pasillos, cruzamos varios salones de clase, atravesamos una cancha de fútbol y terminamos en una cafetería en medio del bullicio de cientos de alumnos que estaban en la hora de recreo. Allí

pagó dos cafés, buscó asiento en una esquina, un poco lejos del griterío, me hizo señas para que buscara el azúcar y cuando me senté, continuó conversando sobre el movimiento guerrillero liberal de 1948 a 1953. Se le hacía agua la boca dando explicaciones sobre las causas del fracaso y la entrega de las armas. “Ellos esperaban un golpe militar desde 1948 y cuando al fin llegó con la subida de Rojas, fueron cándidos y acabaron con el movimiento más importante del siglo veinte”. Al rato, miró su reloj, pareció preocuparse, alegó tener una clase, buscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó un libro, me lo dedicó amablemente, lo firmó y me lo regaló. Lo había escrito recientemente, y trataba sobre las costumbres llaneras. Me solicitó un teléfono en donde pudiera localizarme. Éstos son los míos, me dijo entregándome una tarjeta, y me aseguró que si lograba averiguar algo me informaría. Se despidió de mano y se fue.

Quedé huérfano. No sabía qué hacer. Me encontraba en una ciudad para mí desconocida, sentado en la silla de una cafetería viendo circular alumnos, oyendo conversaciones de muchachos y sin saber si permanecer en aquel sitio o ir de una vez al aeropuerto a buscar el primer vuelo para Bogotá. Pero no valía la pena esforzarse más, así que decidí irme al hotel, tomar un baño, beber un buen trago de whisky y pensar de nuevo si valdría la pena seguirle la huella a este personaje para mí contradictorio.

15

Seis meses después conocí, por cosas del azar, a la vicerrectora de la Universidad de los Llanos y entre apunte y apunte le pregunté por el profesor Eladio Henríquez, el historiador. Lo hice como por tener algún lugar común. Le chispearon los ojos. “Eladio —dijo— es un buen amigo y toda una eminencia”. Habló tan bien de él que decidí mandarle un regaño cordial. Se había comprometido conmigo a indagar sobre el paradero de Rosendo Colmenares — ella no sabía quién era—, y simplemente me había quedado mal. La verdad era

que yo podía haberlo llamado pues tenía su teléfono, pero tampoco hice el esfuerzo. Tuve que explicarle sobre el proyecto de escribir una novela acerca de las guerrillas liberales del Llano. “Cuenta usted con mi recado”, me respondió finalmente y al despedirse me volvió a repetir su indeclinable deseo de cumplir el compromiso.

Al lunes siguiente, a primera hora, recibí la llamada del profesor Henríquez quien se mostró amable, y sin excusarse por la tardanza, me dijo que había hablado con “Minuto” Colmenares. “En un comienzo me dijo que no, y expresó no estar interesado en declaraciones; su vida era tranquila y ahora tenía una familia para cuidar”. Ante la insistencia —me señaló el profesor— aceptaría recibirme en un lugar discreto y con el compromiso de no utilizar esa información en declaraciones ni con fines periodísticos. Durante su vinculación a la vida civil había sufrido varios atentados y no deseaba revivir antiguas rencillas.

La cita fue para el 22 de diciembre del 2001 en la ciudad de Villavicencio, en un lugar que se me indicaría a mi llegada, así que me fui al sitio el día anterior, llamé a la vicerrectora para agradecerle su deferencia y al profesor Henríquez para cuadrar los detalles de la entrevista. Esa noche, la vicerrectora y el profesor me invitaron a comer y allí tuve la oportunidad de organizar las preguntas que debía seleccionar. Eran casi todas relacionadas con el movimiento liberal insurgente de la década del cincuenta del siglo anterior y por supuesto las que hacían referencia al segundo levantamiento en el cual participó Tulio Báyer. A las diez de la mañana me recogieron en el hotel. Con ellos venía el legendario guerrillero.

Colmenares era un hombre bastante conservado para su edad, de setenta y ocho años, mediana estatura, un poco obeso, de abundante pelo cano, cejas grises espesas, bigote blanco, ojos de color café, rostro ovalado, sonrisa amable y un temblor en los dedos que le hacía difícil los movimientos más finos. Más parecía un abuelo cariñoso que un hombre dedicado a la revolución. Vestía una camisa azul de algodón y un pantalón de dril. De inmediato nos dirigimos al lugar en donde sería la conferencia; era una pequeña finca a unos veinte kilómetros del centro de la ciudad en la vía que conduce a Bogotá. Subimos por una carretera en

caracol desde la cual se divisaba la ciudad y al fondo, la inmensidad del Llano. En la conversación que se inició de inmediato, me impresionó su lucidez. Recordaba cada detalle de aquella guerra y opinaba sobre los hechos con su propia argumentación.

La mayor parte de nuestra conversación versó sobre los sucesos acaecidos después de la muerte de Gaitán, su vinculación con aquella guerra, las razones para su participación, su relación con Eduardo Franco, su opinión sobre Guadalupe Salcedo y sobre los demás integrantes de los comandos armados. También hablamos de su sobrenombre: “Minuto”, de la participación de sus hermanos en la guerra, de sus hazañas y de sus amores. Él y Eduardo se encontraban en Venezuela y ninguno de los dos estuvo de acuerdo con la rendición ni la entrega de las armas. “Eso fue una traición de los Fonseca, —expresó con énfasis—, por eso él escondió las armas, aunque Plinio Apuleyo Mendoza escribió un cuento en el que las habíamos enterrado. Eso les hicimos creer”, dijo.

Al final, la conversación se centró en Tulio Báyer. “Eduardo me había enviado una razón recomendándome a ese muchacho, pero él se demoró en aparecer. Estaba de cónsul en Puerto Ayacucho cuando me mandó a llamar; nos vimos en Casuarito. Era un mono, flaco y lleno de arrugas. Pero el hombre tenía sus resabios —contaba “Minuto”— nunca disparó un tiro, cargaba un fusil que no le servía para nada; cuando el asalto de Puerto López se opuso a que tomáramos el dinero de la Caja Agraria; en Santa Rita hicimos presos cuarenta soldados y aunque Flavio Barney quería fusilarlos, él se opuso y solicitó un avión para devolvérselos al coronel Valencia Tovar a quien llamaba su entrañable enemigo, y en Cumaribo todo se complicó porque Barney se equivocó y en una borrachera mató a un médico”.

Sobre el juicio hecho a los militantes del MOEC, Colmenares fue rotundo en negar la versión de Báyer. No hubo tal juicio —recalcó— simplemente huyeron, fueron capturados y los condenamos a trabajos forzados.

A Báyer lo capturaron cuando se adelantaban los preparativos para la toma de Yopal. Se dice que Alfredo Marín y Flavio Barney lo abandonaron a su suerte en medio de la selva y luego lo denunciaron al ejército, y que un grupo de setenta soldados dirigidos por el capitán Acosta Polanco lo persiguió, lo acorraló y lo puso en cuarentena, hasta que el hambre, las enfermedades y el cansancio lo obligaron a refugiarse en la choza de unos indígenas. Allí fue detenido y llevado a la base aérea de Apiay, y de ahí, sin hacerle un juicio ni proferir una sentencia, fue a parar a la cárcel Modelo en Bogotá.

16

Para Tulio, el título de médico, su pasantía en Harvard y su paso por la Universidad de Caldas fueron buenos antecedentes en su hoja de vida, y jugaron un importante papel para que Eliseo Angarita, secretario general del Ministerio de Salud, le respondiera con agrado cómo había hecho una buena elección escogiendo un pueblo con tantos problemas de salud pública como Puerto Carreño; si de lo que se trataba era de servirle a los seres más necesitados de este país, estaba hecho, Puerto Carreño era la mejor elección. Tulio le respondió recordando que precisamente por eso, le pedía acelerar los trámites y no dejar de conseguir rápido el nombramiento, pues estaba con unos deseos enormes de comenzar a hacer por este país lo que no habían hecho los gobernantes, quienes tenían, según la Constitución, la obligación de hacerlo.

El doctor Angarita, un hombre amable, de oficina, ni siquiera conocía lo que ocurría en el resto del país, pero escuchaba quejas de todas partes; por eso poco se inmutaba, pero simpatizó desde el principio con Tulio. “Médicos preocupados por el pueblo es lo que necesitamos en Colombia —le repitió varias veces—, si quiere, vaya viajando de una vez; cuando resulte el nombramiento yo se lo mando”. Y Tulio, sin pensarlo dos veces, se fue para Puerto Carreño. Tomó un vuelo regular de Bogotá a Villavicencio y de ahí esperó un avión de carga a Puerto Carreño. Allí, con su pequeña maleta, encontró un jeep Willys destartado que

transportaba a los pasajeros al pueblo. Había ya dos señoras en la banca de adelante. Echó su maleta en el capicete, se subió en la parte de atrás, acomodó la banca caída y se sentó a mirar el paisaje por la ventana. Mientras iban al pueblo el chofer le habló y lo interrogó todo el tiempo. “Esta es zona peligrosa, ¿sabía?”. Tulio lo miró por el espejito retrovisor, que se movía parejo con los brincos dados por el campero en cada hueco del camino, pero el médico no creyó necesario contestar. “¿Usted de dónde viene”, le preguntó. “Pues de Bogotá”, le respondió Tulio. “Lo digo porque no tiene acento rolo”. Realmente no soy bogotano, soy de Riosucio, Caldas. “Lléveme al hospital”, le pidió. “Ah, ¿es usted el médico nuevo?”. Las dos mujeres voltearon a mirarlo. “Sí, soy el médico”, al fin de aquí a mañana todo el mundo se va a enterar. “Pues que alegría doctor porque hace más de un año no hay médico aquí y si la gente se enferma tiene que ir hasta Puerto Ayacucho a que lo atiendan los médicos de Venezuela y eso no es fácil porque a ellos no les gusta hacerle el trabajo a los colombianos.

Se bajó al frente del hospital. Era una construcción blanca con un título verde en la parte superior de la puerta de entrada “Hospital San Juan de Dios”. Todos los hospitales se llaman así, o “San Vicente de Paúl”, dijo para sí. La puerta estaba abierta así que entró; en la recepción no había nadie; siguió a lo largo de un pasillo. A un lado había un letrero: “Laboratorio”, se leía. Abrió la puerta. Al fondo, sobre un mesón con baldosines de porcelana blanca había un microscopio viejo y a los lados varios frascos de colorantes y reactivos. Cerró de nuevo la puerta y siguió su camino. Al lado izquierdo otro letrero: “cirugía”. También abrió la puerta y vio una camilla y una lámpara cuello de cisne. Al fondo, una estantería con algunos instrumentos. Más adelante otro letrero: “Hospitalización”. A través de la puerta entreabierta, una cama y sobre ella una anciana que recibía suero en una de sus venas y al parecer dormía. Después de este primer recorrido se le daba la vuelta a un patio empedrado y al otro costado estaban un cuarto cerrado con un candado, la cocina y un garaje, posiblemente para parquear la ambulancia. En la cocina había dos mujeres sentadas, tomando café y conversando.

“Soy el nuevo médico”, dijo Tulio presentándose. “Yo soy Anastasia, la enfermera”, contestó la mujer, levantándose y limpiándose la mano en la falda. Estaba vestida de blanco, con una toca también blanca en la cabeza. “Y ella es la señora del servicio”, terminó diciendo. Se saludaron cortésmente dándose la mano. Se veían felices. “¿No hay nadie más?”, preguntó Tulio esperando saber si había algún chofer, otra auxiliar o un técnico en el laboratorio. “No, doctor —respondió la enfermera—, aquí yo hago todos los oficios médicos y Teresa los domésticos. Ahora podremos repartirnos un poco más el trabajo”.

La dicha que respiraba la enfermera contagió a casi todos los vecinos y desde el otro día, a las cinco de la mañana, había fila en la puerta del centro de salud esperando ser atendidos. Anastasia lo despertó temprano para contarle que había más de cien personas esperando consulta. Tulio se bañó a rápido y salió a atenderlos. A las siete de la noche, sin almorzar todavía, no había logrado terminar y convocó a los que faltaban para el día siguiente. La mayoría no tenían nada especial, sólo querían aprovechar la oportunidad. Despachados los últimos, llamó a la enfermera y le ordenó que organizara un sistema de citas, porque de otro modo sería imposible atender a la gente en la forma debida, y así, poco a poco, fue dándole orden al funcionamiento de la atención. Transcurrido un mes era más querido y respetado que el cura del pueblo. Pero ni su nombramiento ni su primer salario llegaron con la correspondencia del Ministerio de Salud.

Tuvo que poner marconigramas solicitando el estipendio para cubrir los gastos que demandaba su sostenimiento, pues por un lado tenía que vivir en un cuarto oscuro y maltrecho del centro de salud y por el otro, alimentarse de la comida que le llevaban los pacientes. Un día los llaneros o sus esposas se aparecían con pan de arroz, otras veces con tungos o pescado o torrijas de yuca o chapas, y de todo comía. Pero en el ministerio hubo silencio administrativo. Pareciera como si al Dr. Eliseo Angarita se lo hubiera tragado la tierra. Luego vinieron los rumores, los mensajes traídos por amigos y otros funcionarios públicos en donde decían que no lo iban a nombrar.

Y mientras la fama de Tulio crecía, más se demoraba el nombramiento. Transcurridos tres meses nadie daba razón del decreto correspondiente, hasta que un día llegó en la avioneta, aquella que todo mundo sabía cuándo llegaba, otro médico con el nombramiento en la mano. Se llamaba Marcelo Flórez. Venía con su esposa y cuatro hijos que lo seguían haciendo una hilera larga, tomados de la mano. Cuando arrió al hospital, con su séquito familiar detrás, le mostró a Tulio el decreto, le dijo que lo sentía mucho y le pidió abandonar el centro de salud. La primera reacción de Tulio fue la de patalear, pelear, y arengar a sus pacientes, mas se contuvo al mirar al médico que lo observaba con cara de decirle que él no tenía la culpa. Y aunque consiguió la solidaridad de los funcionarios públicos, los que enviaron cartas, hicieron protestas, organizaron marchas y le exigieron al alcalde su intervención, nada funcionó. Sólo lo consolaba ver la felicidad del médico Flórez, cargado de responsabilidades familiares, y que parecía más necesitado que él.

Después se supo que la sociedad de Manizales había acusado a Báyer ante el Ministerio de Salud, insinuando que su deseo de ir al Vichada tenía el propósito de fortalecer las guerrillas que en ese tiempo dirigía el bandolero Rosendo Colmenares, alias "Minuto", quien se refugiaba en las plantaciones de caucho, asaltaba los puestos de policía y venía sembrando el terror en los Llanos Orientales, amparado en la venta, que él controlaba, del llamado chiqui chiqui.

Hostigado por las autoridades, y sabiendo que muchos pacientes del otro lado del río lo buscaban, Tulio cruzó el Orinoco y arrió a Puerto Páez y de ahí tomó un avión a Puerto Ayacucho en Venezuela. Hasta ese lugar había llegado su fama de buen facultativo. Lo recibió el doctor Darío Barreto, el jefe del hospital, quien lo hospedó pero no le prometió nada. Sin embargo, viendo las inmensas colas de pacientes todos los días y estando como estaba, necesitado de buenos médicos, decidió darle unas horas de consulta. En mis pesquisas no pude seguirle los pasos al doctor Barreto quien luego de unos años había regresado a Caracas,

pero sí logré hablar con una señora que fue vecina de doña Luisa de Medina, la mujer que atendía a Tulio y lo había hospedado en un cuarto de su vivienda. Llegué a Puerto Carreño en una avioneta, en un vuelo regular desde Bogotá, pero para ir a Casuarito tuve que esperar una lancha que me subiera por el río Orinoco y aunque las había, casi no conseguimos la gasolina para hacer el viaje. La mujer, que al fin encontré, se llamaba Elodia y entre historia e historia me señaló el lugar donde vivía el doctor Báyer con una niña india de nombre Amira Pérez Amaral, hija de una indígena de Venezuela y un criollo colombiano. Desde ese entonces la gente había adoptado para ella el sobrenombre que Tulio le puso: “el Tanquecito”, en honor, seguramente, a su figura dulce y regordeta. Después, estando tan cerca, pues sólo era atravesar el Orinoco, decidí ir a Puerto Ayacucho.

17

Cuentan en Puerto Ayacucho que era el único de los médicos que para hacer un diagnóstico examinaba los pacientes. Los doctores oficiales, nombrados por el gobierno venezolano, preguntaban por los síntomas sin levantarse de la silla ni hacer sentar al paciente, y así, de oídas, expedían unas fórmulas previamente preparadas para la amibiasis, las diarreas, el paludismo, la desnutrición y las bronquitis, que eran las enfermedades más comunes, y el resto de las horas se acostaban en una hamaca, con una india entre las piernas, y una botella de ron. Y la gente empezó a descubrir que había un médico que los trataba como a seres humanos, se demoraba con ellos el tiempo necesario, se aprendía sus nombres, les tomaba la presión, les medía el pulso, les ponía el termómetro, les miraba la lengua, les auscultaba el pecho y les palpaba la barriga. Y luego, pensativo, les hacía las recetas o les explicaba cuáles eran las causas de los males. Entonces decían que su fama estaba bien ganada.

El doctor Barreto, contento con la nueva adquisición y en uno de esos días en los que se encontraba eufórico y alegre, le mostró el nuevo hospital. Era una construcción moderna, bien dotada y con los equipos sin estrenar. “Ésta es la

administración —le dijo señalándole su escritorio en una amplia oficina, al lado de un ventilador— y allí, trabajarán la secretaria y el síndico”. Después lo condujo por un corredor y le mostró a lado y lado los cuartos para los enfermos que habrían de ser hospitalizados. “En el viejo hospital no cabemos”, le dijo. Luego entraron a una sala en cuya puerta se leía: Cirugía. “Éste —recalcó con énfasis y en tono medio burlón— es el quirófano, pero no tenemos anestesista, y ese equipo que está ahí, empacado todavía, bastante moderno por cierto, nadie lo sabe manejar”. Dicen que Tulio, que estuvo detrás de él asomando la cabeza por encima de su hombro, abrió los ojos, se escurrió por un lado entre la humanidad del director y el marco de la puerta y llegó hasta donde estaba el aparato, le quitó el plástico que lo cubría, lo miró por todos lados, le vio la marca, lo recorrió con sus dedos huesudos, detalló los cilindros con oxígeno, óxido nitroso y ciclopropano, los manómetros, el vaporizador, las mangueras, la mascarilla, y exclamó: “Es una de las máquinas más modernas que he visto, y aunque es un modelo más nuevo, la sé manejar a la perfección”. Además, le contó Tulio que él había usado un equipo similar durante su internado en el Hospital San Vicente de Paúl.

El doctor Barreto comenzó entonces a llamarlo cuando se necesitaba administrar anestesia, bien fuera para la atención de un parto o para atender una urgencia inmediata, mientras el paciente podía ser remitido a una ciudad capital. Con el éter era un baquiano, lo usaba hasta para aquellas heridas que podrían ser manejadas con anestesia local y él mismo se daba pequeñas inhalaciones para calmar el cansancio. “Casi se podría revivir la historia de Valerius Cordes en 1540, cuando en estado de inconciencia, por inhalar una mezcla de victriolo dulce con espíritu destilado, inventó la anestesia”, les recordaba Tulio a los compañeros a quienes les dormía los pacientes. “Soy el Horace Well de la moderna anestesia, el John Snow de la reina Victoria —se ufanaba—; para los niños sigue siendo más seguro el éter; para los procedimientos menores, el gas hilarante, y para la anestesia profunda el cloroformo”. Y ni qué se diga del ciclopropano, efectivo y seguro. Fue tal el auge de la cirugía propiciada por sus habilidades, que hasta mandaron

conseguir, por su recomendación, el más moderno anestésico, recién salido al mercado, el halotano, que decían iba a revolucionar los conceptos de la anestesia.

Todos andaban descrestados con él. Les hacía el trabajo en las consultas, les ayudaba a resolver enigmas y les anesthesiaba los pacientes. Hasta que empezaron los problemas. “Como no se podía quedar callado”, me contó una anciana enfermera, retirada, que trabajaba con el doctor Barreto. “Le iba tan bien que mi patrón lo consideraba irremplazable, y le ayudó a conseguir los papeles con el gobierno para que no anduviera por ahí de indocumentado. Les ayudaba a los indígenas y a los pobres colombianos radicados en Venezuela. Hasta que salió la noticia esa del doctor Catalani, diciendo que en Venezuela las campañas de erradicación habían acabado con el paludismo. El doctor Báyer leyó la noticia en un diario y llegó al hospital hecho una fiera, agitando el periódico y diciendo que lo iba a denunciar. Y así lo hizo”.

Su rebeldía no daba tregua: defendía a los colombianos que eran maltratados en Venezuela por no tener los papeles en regla y a los indios porque eran tratados como esclavos, y no contento con eso ponía el grito en el cielo cuando veía al alcalde de la ciudad. Allí había un cónsul colombiano de apellido Maniglia, que no hacía nada, pues todo el tiempo estaba en sus negocios de comerciante, explotando a los lugareños. Entonces Tulio les dirigía cartas al embajador y al ministro de relaciones exteriores de Colombia para denunciar a Maniglia y pedir que nombraran a alguien que hiciera un buen trabajo, y jodió y jodió tanto que un día le llegó una carta en donde lo nombraban a él cónsul honorario de Colombia en Puerto Ayacucho y al mismo tiempo lo encargaban en Venezuela como médico indigenista del ministerio de justicia. Y así comenzó oficialmente a interceder por los unos y los otros. Pero tenía que cargar la carta de nombramiento en el bolsillo porque nadie le creía; ni siquiera Maniglia le entregó la oficina del consulado. Mientras tanto, Tulio continuó la escritura de su *Carta abierta a un analfabeto político* e incrementó su lucha contra las políticas de salud pública del gobierno venezolano que había contratado ese famoso estudio con el médico italiano de

apellido Catalani, quien después de un año de exhaustivas indagaciones en las zonas selváticas, publicó sus resultados finales, declarando que en Venezuela se había erradicado el paludismo. Tulio miró el informe, lo leyó y lo relejó varias veces. No lo podía creer. Entonces se sentó al frente de su máquina de escribir y respondió denunciando ante la prensa de ese país que Catalani había descubierto que el paludismo era un patrimonio de la orilla colombiana del río Orinoco.

Sus enfrentamientos con los médicos del hospital y sus incursiones en la política venezolana hicieron inestable su permanencia en Venezuela, y la copa se rebotó cuando ocurrió el incidente con el ministro de gobierno de Colombia. Esto me lo contó una mulata de las orillas del río, quien siendo una niña era ayudante de la cocinera del barco de la armada naval venezolana, en donde el ministro de Venezuela le ofreció un ágape a su similar de Colombia, invitando una pléyade de personalidades.

“Pero no tuvieron en cuenta a Tulio que era el cónsul —contó la mulata—, sin embargo, él sabía de la visita pues eso lo anunciaron con bombos y platillos. Entonces Tulio le solicitó una cita en plena fiesta, cuando incluso se había iniciado el baile con pólvora y voladores. El ministro le mandó decir que no podía recibirlo. El doctor se enojó, la cara, que era pálida como la de un muerto, se le puso colorada, las venas le brotaron y entró a la brava, empujando a los guardaespaldas y alegando que él era autoridad porque era cónsul y les mostraba el papel del nombramiento. Ellos no sabían qué hacer y, confundidos, lo dejaron pasar; entonces el médico entró insultándolos, les dijo burócratas y oligarcas que no estaban con el pueblo sino contra los pobres. Se le paró de frente al ministro y le gritó unas palabrotas que a mí me da pena repetir y, entonces éste ordenó que lo sacaran y antes de que los guardaespaldas lograran agarrarlo, él arrojó al piso toda la comida que estaba en las mesas, las volteó patas arriba, quebró las botellas de champaña y le arrebató los instrumentos a los que estaban tocando su concierto y los arrojó al río; pateó las sillas y armó un alboroto de padre y señor mío, hasta que los guardias lograron detenerlo y lo sacaron a las patadas del

barco y lo arrojaron al muelle. Entonces él, que siguió profiriendo insultos desde abajo, escupió al piso, pisó la escupa con el zapato, les sacó la lengua y se fue caminando por la orilla, con las manos en los bolsillos, como si no hubiera pasado nada”.

Al otro día, antes del amanecer y antes de que lo pusieran preso, porque no demoraron en dictarle orden de captura por los daños acaecidos, por los insultos a la autoridad y porque acabó con la fiesta, ya el hombre había cruzado el río Orinoco en una chalupa, con sus bártulos en una maleta, acompañado de Amira Pérez Amaral, “el Tanquecito”, su nueva mujer, y se encontraba con ella tomando cerveza en una cantina de Casuarito, que es un pueblito colombiano al frente de Puerto Ayacucho. Allí buscó acomodo en la casa de unos amigos de la mujer y después de contarle a unos parroquianos el incidente que acababa de tener con las autoridades, tuvo noticias, por primera vez, de que muy cerca se encontraba Rosendo Colmenares, prófugo de la justicia de ambos países. Entonces le envió un recado con un indígena y le pidió una cita.

18

Amira Pérez Amaral de Báyer, “el Tanquecito” así fue bautizada por su marido. De aquellas historias todavía se comenta en Casuarito. Ella era venezolana pero de padre colombiano y de madre india, venida de los llanos de Apure. Tulio la vio lavando en el río y de tanto mirarla dio un traspies en un hueco y se cayó de bruces. Mientras las lavanderas reían, él fue sacando la cabeza de la zanja en donde había caído, y siguió mirándola sin inmutarse, como si se hubiera acostado ahí voluntariamente con el objeto de contemplarla. Allí se sonrieron por primera vez. Ella lo volvió a ver varias veces y al percatarse de que cuando se encontraban cerca la seguía mirando con insistencia, le dijo que cuidado se volvía a caer. “Yo por usted me caigo adonde sea”, le respondió y ella le aceptó la conversación. Ése fue el error de la muchacha, porque después la sedujo con su galantería, sus finos modales para tratar a las mujeres y sus historias de

andariego. El que fuera mujer casada no fue impedimento pues ella ya estaba con ganas de dejar al marido.

A él lo sedujeron sus ojos de un café intenso casi negro; eran grandes como dos bolas de cristal y de mirada dulce. Parecían conservar la inocencia que sin embargo ya había perdido. No era alta, ni estilizada; su cuerpo era más bien rechoncho, pero conservaba la lozanía de la juventud y los vellos de los antebrazos eran más negros que la piel. Había aprendido a hacer el amor con todo el ímpetu de la adolescencia. Hablaba, gemía y gritaba y Tulio quedaba con la sensación de que la había hecho la mujer más feliz del mundo. Tendría veinte años si acaso. Caminaba con cierto ritmo que a él le encantaba y cuando le habló por primera vez, creyó que eran ángeles del cielo los que cantaban en sus labios. “Esa boquita no tiene saliva sino agua bendita”, le decía cuando pasaba por su lado, y ella no entendía bien el significado, pero se reía. Antes de besarla la primera vez sintió que las manos le temblaban y le sudaban y después aceptó que fuera su eterna compañía: en la selva mientras fue guerrillero; en Bogotá mientras salía de la cárcel Modelo; en el exilio, esperándolo, y en París hasta el final de sus días.

Se siguieron viendo a escondidas en la casa que alquiló en las afueras del pueblo con vista sobre el Orinoco. Las aguas se extendían sin orillas y daban la sensación de inmensidad, lo que estimulaba los afanes de Báyer por ser escritor. Allí colgó una hamaca entre las ramas de unos sauces gemelos, montó un escritorio en el corredor sobre el cual reposaba su máquina de escribir y puso, mirando al horizonte, dos sillas en las cuales se sentaban en el atardecer a conversar y hacer planes. Mucho tiempo pasó escribiendo su segunda obra literaria. En este caso una especie de crónica sobre su vida, contada a su amigo, el “Mono” Arango, un profesor de cirugía, en un encendido tono político. Mientras tanto, vivía de las donaciones que los campesinos le hacían a cambio de sus consultas, pues los recursos que ahorró en Venezuela los invirtió en pagar la publicación de su primera novela, *Kilómetro 18, carretera al mar*, y en comprar de

contrabando su primera máquina de escribir. De los quinientos ejemplares de su novela distribuyó algunos entre sus amigos, unos pocos fueron salvados por Amira cuando le tocó huir de las persecuciones de los soldados y los demás se perdieron en un rincón de la casa en donde quedaron al ser consumidos por la humedad, después del abandono.

Tulio, dicen, miraba a su máquina de escribir como a una novia, y siempre la trató como si fuera de porcelana. Le limpiaba las teclas con alcohol para eliminar el polvo y el sudor, le enderezaba las letras cuando se trababan por la rapidez de la escritura, y le aceitaba los extremos de los rodillos del carro para que giraran libremente. Al terminar de escribir, la abrigaba con un estuche que consiguió para el efecto, con la esperanza de poder cargarla en sus viajes, sin el riesgo de estropearla. Tenía varios repuestos de cinta porque en ese lugar no se conseguían y cargaba también un frasco de tinta, por si había necesidad de remarcarlas. “Es una Remington”, decía orgulloso cuando algún campesino le preguntaba de qué se trataba el aparato. Entonces ponía una hoja de papel blanco, movía el rodillo y escribía cualquier cosa que se le ocurría. “Ahí la tienen —decía—, esta máquina será el principal testigo de mis éxitos literarios”.

Elodia, la mulata que me sirvió de confidente, era buena conversadora y le gustaba tomar tinto bien cargado y fumarse un tabaco, mientras iba contando cada detalle. Sabía mucho de lo que allí aconteció porque fue amante de Barney, un lugarteniente de “Minuto” Colmenares; me contó la historia de sus amoríos, muy en secreto, cuando su hija iba a la cocina a preparar café. “Se encontraron en Santa Rita, él y Rosendo Colmenares. Allí se conocieron, simpatizaron y empezaron a trabajar juntos. El tal “Minuto” se encargaría del frente militar y él sería el jefe, el encargado de darle fama al movimiento. Desde ese instante entró a formar parte de los mandamases, con Leonidas Castañeda, Flavio Barney y Alfredo Marín. La historia oficial, si así se le puede decir, la contó el general Álvaro Valencia Tovar en una novela: se llama *Uisheda*”.

Leí a *Uisheda*, en donde el actual general hace referencia a lo que fueron las guerrillas liberales dirigidas por Colmenares, al que trata como a un simple bandido, dedicado a controlar el caucho (chiqui chiqui) extraído por los indios sálibas, a quienes él explotaba sin misericordia. Considera en su escrito que los ataques a Santa Rita, Cumaribo y Puerto López fueron a mansalva cuando los soldados dormían o cuando se bañaban en los ríos; no le da importancia al hecho de que la guerrilla haya puesto presos a cuarenta soldados y los haya entregado voluntariamente para ser retornados en un avión civil a Bogotá, y trata a Tulio Báyer como un esquizofrénico con complejo de Edipo. No se me había ocurrido esa posibilidad.

Según el general, los guerrilleros no se diferenciaban de simples bandidos que se mataban entre ellos mismos o asesinaban civiles, como cuando mataron por error a una enfermera, que yo considero, confunde con el médico Pabón Martínez, referido por Tulio Báyer en su libro: *Carta abierta a un analfabeto político*. Aunque, como el general Valencia Tovar buscó seudónimos para sus personajes, es factible que para cubrir apariencias haya puesto a morir a una enfermera y no al médico. La novela tiene un final feliz para el ejército que logra envolver la columna guerrillera de Báyer y hacerlo preso después de cuarenta días, al encontrarlo con su mujer, en una choza indígena en donde se moría de hambre y paludismo. Con esto se desmantela el movimiento y se obtiene la entrega de Barney, mientras Colmenares y Alfredo Marín huyen a Venezuela, y Larrota se pierda de la zona y no se vuelve a saber de su paradero.

Entonces nuestro héroe termina prisionero en la base aérea de Apiay, de donde es llevado a la cárcel Modelo de Bogotá. En Apiay tiene la primera entrevista con el general, con quien quiso repetir el diálogo cuando la captura de los cuarenta soldados, con la pretensión de secuestrarlo, dice Tulio que para intercambiarlo por un Echavarría, un Lara, un Ospina o un Vélez Escobar. Es una anécdota que muestra la ingenuidad de Báyer, quien descarga toda responsabilidad en una supuesta traición de Barney, de quien sospecha era un informante del general Valencia Tovar.

En la cárcel Modelo le ofrecieron trabajo de médico, pero no para atender a los presos enfermos sino para hacer el examen de admisión de los que eran contratados como albañiles, por una miseria, para construir un hospital al frente del penal; pero perdió el puesto porque en lugar de entregar los certificados médicos, lo que hizo fue hacer un memorial con las firma de los presos, contando los atropellos de que eran víctimas. Por cuenta del gobierno, la cárcel tenía contratados cuatro médicos: un siquiatra, un cirujano, un especialista en órganos de los sentidos y un médico general; además de cuatro enfermeros. Pero ninguno llegaba a tiempo cuando los hechos acaecían y lo usual era que las camillas salieran con los muertos o los que lograban sobrevivir regresaran al penal. Quizás morían en el viaje o simplemente los guardianes dejaban que se murieran. Luego de ver fallecer decenas de presos por epilepsia, hemoptisis, apuñalamiento o simple deshidratación, Tulio decidió que lo que debía hacerse era una huelga de hambre.

Era un septiembre lluvioso y el agua que caía del cielo entraba hasta las celdas, había goteras en los techos, las canoas para el desagüe de las lluvias estaban rotas y los torrentes desbordaban la capacidad de las alcantarillas medio obstruidas. Por eso, quienes dormían en el suelo en esteras o colchonetas debían colgarlas de los barrotes de la celda para que fueran escurriendo y, cuando los forzaba el cansancio, dormían parados mientras las aguas bajaban espontáneamente. Muchos reos, fatigados y enfermos, caían, perdida la conciencia, en medio de los charcos y ahí se ahogaban. Eso desencadenó una de las epidemias más graves de las que se tenga noticia. Como las aguas subían medio metro y las disenterías eran el pan de cada día, los presos hacían sus necesidades y se limpiaban con las aguas y éstas recorrían el penal llevando la peste. Tulio y los más aliviados gritaban que los sacaran, mientras bajaba el nivel del agua, pero los carceleros se reían al otro lado de los barrotes y entraban con botas de caucho a llevarles la comida en poncheras que después nadaban al frente de las jaulas.

Algunos presos corrían a salvar un pan o una taza de agua de panela antes de hundirse en la pestilencia, pero la mayoría no tenían aliento para hacerlo. Entonces Tulio hizo correr la voz invitando a una huelga de hambre. “Esa comida está infectada de mierda —gritaba Tulio—, no la coman porque se mueren”, y como la mayoría de los presos tenía diarrea, optaron por tirar las viandas sobre las aguas, gritar que estaban en huelga y golpear con las cacerolas y los platos contra los barrotes. Esto se presentó sin interrupción día y noche durante varios días; hasta que corrió la voz de la huelga por fuera del penal y las noticias de los periódicos empezaron a publicar que a diario eran sacados decenas de muertos de la cárcel Modelo, porque los presos estaban en huelga de hambre. Y se comenzaron a exagerar las cifras. “Más de cien presos muertos”, “la pestilencia amenaza con afectar los barrios vecinos en Bogotá”, “una epidemia de disentería se extiende por los alrededores del penal”, “varios guardias afectados han sido hospitalizados; la contaminación pone en riesgo la capital”. Y entonces intervinieron los organismos de seguridad y Tulio fue otra vez noticia de prensa. Ahí aprovechó para escribirle una carta a Guillermo León Valencia, en ese momento presidente de la República, en la que le pedía que le hicieran un juicio o de una vez lo fusilaran. Fue cuando llegó la orden de libertad.

19

La segunda entrevista con el profesor Francisco Arango, a quien le había perdido la pista durante varios años, versó sobre aspectos que más o menos Tulio Báyer había contado en su libro *Carta abierta a un analfabeto político*: sus años de estudiante en la facultad; la pérdida de anatomía y todo lo que tuvo que hacer para habilitarla; su servicio social obligatorio en Anorí y luego en Dabeiba; su especialización en Harvard; su vinculación con la Universidad de Caldas en Manizales; su matrimonio con Morelia Angulo; su desvarío con Josefina Butler, una prostituta; y algunas otras anécdotas que él me corroboró como verdaderas, como el incidente que tuvo con el gobernador de Caldas en el Club Manizales.

“El murió de una insuficiencia cardiaca”, dijo el “Mono” Arango con los ojos un poco perdidos en los bosques de la casa finca en donde se fue a vivir con su esposa después de que sus hijos se casaron e hicieron sus propias vidas. “Cuando estábamos haciendo fisiología con el profesor Joaquín Aristizábal, alguno de los compañeros preguntó qué era ese ruido que se oía en el pecho de Tulio, en lugar del cierre de las válvulas; el profesor lo auscultó y dijo: `Qué belleza, está como lo describen los libros. Oíganlo todos, es un soplo de una insuficiencia aórtica`. Todos escuchamos aquel ruido poniendo nuestros estetoscopios entre el costillar de Báyer, que parecía más contento que nosotros. El profesor lo citó a su oficina después de terminada la clase. Algunos de nosotros, los más amigos, nos quedamos esperando su salida. Salió sonriendo diciendo que seguramente de eso se iba a morir, pero lo haría después de hacer unas cuantas cosas pendientes”.

Ocurridos estos hechos, no podía contentarme con lo que había indagado; necesitaba saber algo más de su personalidad, de su arrebató, de su nacimiento, de sus primeros años de vida, de la relación con su madre; todo aquello que lo obligaba a rebelarse frente a cualquier circunstancia. Veamos, no sólo intentó levantarse en armas siendo apenas un estudiante, sino que luego se enfrentó a sus maestros en la tesis de grado; su matrimonio fue un fracaso, decidió vincularse con la guerrilla, levantó en huelga a los presos de la cárcel Modelo, decidió hacer su propio foco guerrillero en la Sierra Nevada de Santa Marta, peleó con el gobierno cubano, se unió a los anarquistas en París. ¿Qué lo atormentaba?

Si algo fue interesante en esta conversación fueron ciertas anécdotas que revelaban la imagen, casi desconocida, de un joven simpático, de humor y que sabía burlarse, incluso de sí mismo, en el momento más apropiado. Por ejemplo, me contó el profesor Arango, que cuando lo interrogaron en la cárcel Modelo, después de su fracaso en el Vichada, le preguntaron si él estaba dirigiendo una “banda” y él respondió, orondo, que en Colombia tenía banda hasta el presidente de la república. También me refirió que él, curiosamente, había sido bautizado dos

veces, lo que según su madre explicaría muchas de las conductas de su hijo. Y también me dijo que cuando estaba en París, varado y sin un franco, y su ex compañero del MRL, Alfonso López Michelsen era presidente de la república, le escribió una carta solicitándole que lo nombrara embajador en reemplazo de Silvio Villegas, al que consideraba un vago de profesión y adicto a los cócteles. “Yo hablo francés —le escribió— así que puedo ahorrarle al fisco las clases que tiene que recibir Silvio”.

Juntando una cosa con otra, supe que al salir de la cárcel Modelo regresó a los Llanos y volvió a reunirse con los compañeros. No le faltaron ganas de armar su propia guerrilla con algunos de los amigos que por ahí rondaban, incluidos los muchachos del MOEC. Pero al fin sólo encontró disponible a Amira, su mujer, ya liberada de sus anteriores compromisos. Entonces empacó su máquina de escribir, un bolso con algunas de sus pertenencias, y se fue a Maicao para buscar entrar a Venezuela. Allí quería instalarse. En Caracas intentó rehacer su vida como médico, revalidando su diploma y buscando trabajo, pero asediado por los organismos oficiales, tanto venezolanos como colombianos, tuvo que huir de nuevo a Colombia.

En Maicao conoció varios simpatizantes de la revolución cubana: un antiguo compañero del colegio en Riosucio, de nombre William Ramírez, del cual ni siquiera se acordaba, un cocinero español que había intentado entrar en Cuba, llamado Pedro Baigorri Apezteguía y un santandereano sin oficio, Abelardo Joya. Durante ocho días estuvieron bebiendo cerveza y armando historias. El caldense admiraba a Jorge Eliécer Gaitán y estuvo tentado muchas veces a seguir las huellas del MRL, pero se desengañó del compañero jefe porque —según decía—, pasaba la mayor parte del tiempo en Londres. “Y cómo puede ser revolucionario alguien educado en Londres”. El español —aseguraba— combatió en los años treinta contra el general Franco y vino huyendo desde Bilbao, al ser acusado de terrorista, y el santandereano únicamente se reía y decía que estaba dispuesto a seguirlos adonde fuera.

Según sus cálculos, para evitar tener que entrar a un movimiento revolucionario lleno de vicios e ideas distorsionadas, donde las montoneras liberales ponían sus propias reglas y actuaban sin mucha diferencia con bandoleros comunes, decidió crear su propia guerrilla. Desplegó un mapa de Colombia en la pieza del hotelucho en el cual se hospedaron, miró el lugar exacto en donde se encontraba y decidió que el sitio sería la Sierra Nevada de Santa Marta. “Es perfecto”, les repetía a sus amigos que simplemente le decían que estaban de acuerdo.

Esa noche se lo repitió a Amira. Ella lo escuchaba abriendo sus hermosos ojos oscuros, mientras él, sin parar de hablar, le explicaba cómo organizarían la marcha. Podría llevar el fusil que mantenía oculto. No era sino ir por él. No sería la tropa más destacada, pero sus compañeros parecían revolucionarios; además habría un toque internacionalista, pues uno de ellos era extranjero. También llevaría su máquina de escribir, porque no quería perder tiempo para todo lo que tendría que contarle al país sobre las posibilidades de un movimiento insurgente en Colombia. No necesitaban sino una muda de ropa, una hamaca, el fusil y su máquina de escribir. Ésas serían sus pertenencias. Pero no podría llevarla a ella, por lo menos mientras se organizaba el movimiento.

Hasta ese punto pude llegar en mis conversaciones con el profesor Arango, pero para saber más detalles, necesitaba otros elementos, y por fortuna, éstos llegaron después.

Algunos meses más adelante, al encontrarme con un hijo del profesor Arango, también cirujano, me contó que ellos se escribían con frecuencia y que mantuvieron correspondencia hasta unos pocos días antes de que Tulio muriera en París, pero su padre era muy celoso con esa correspondencia y a nadie se la dejaba leer. Después de insistir algún tiempo, Francisco Arango aceptó prestarme dichas cartas, las que tuve oportunidad de estudiar a fondo. Eso me permitió reconstruir algunas etapas de su vida. Obvio que, para lograrlo, debí recoger algunos detalles de sus escritos y averiguar otros aspectos de su vida con amigos y familiares lejanos, supervivientes de aquellas épocas. Entre las historias que

más me interesaron estaba la del día en que su abuelo materno lo bautizó de emergencia, su incursión en las selvas de la Sierra Nevada, su permanencia en Cuba y su vinculación con el movimiento estudiantil de 1968 en París al lado de una bella anarquista de nombre Monique; por eso pasaré a narrar esas historias, de alguna manera utilizaré los hallazgos encontrados en las cartas, pero también tendré que complementar con los resultados de mis entrevistas.

20

Su atavismo era de natura. Al parecer se le notaba desde que su abuelo materno, don Julio Jaramillo, a la sazón alcalde de Pácora, al ir a visitar a su hija recién parida, en Riosucio, Departamento de Caldas, encontró que, si bien la madre era saludable como toda la ralea de sus descendientes Jaramillos, el nieto parecía de otra especie; era algo así como una lagartija: largo, enjuto, de piel transparente, sin pelo en el cráneo, pálido y enclenque, no se movía, apenas si respiraba, y creyó que a lo sumo duraría en este mundo unos cuantos minutos. Por eso, asumiendo la responsabilidad ética y cristiana dada por el hecho de ser todavía el jefe de la familia y para evitar que un miembro de ella fuera a parar al limbo, lugar destinado a quienes mueren sin ser bautizados antes de tener uso de razón, decidió, *in extremis*, bautizar de urgencia a la criatura.

Dispuso entonces, en el patio de la casa, de una palangana con agua, lamentando que el líquido no estuviera bendecido; tomó un salero de la cocina y comprobó que sí botara la sal por los pequeños orificios de la tapa, no fuera a ser que le fallara tan necesario instrumento en el último instante; luego buscó la compañía de la comadrona que estuvo a cargo de atender el puerperio de su hija, para que le sirviera de testigo y de madrina. Tomó al desmadejado niño en su brazo izquierdo con miedo de que se le desbaratara en su regazo, salió al patio y miró el cielo encapotado de nubes, le echó agua en la cabeza e hizo sobre ella la señal de la cruz, le roció sal con el salero, dijo llamarlo Tulio, sin ninguna razón especial, y le dio la bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Después puso a doña Nicolaza a que lo secara con una toalla y le diera una cachetada para que aprendiera a llorar. Pero ella vaciló; “cómo se le ocurría que fuera a pegarle a esa criaturita indefensa”, le expresó temblando del miedo, pero él la obligó a hacerlo, explicándole que si los niños no lloraban se les bloqueaba la respiración y se morían de cianosis.

Pero el niño no lloró con la palmada que tímidamente le dio la mujer, ni chapaleó con el agua fría de la canilla, ni se mosqueó siquiera con el viento del patio, ni se murió tampoco ese día, ni al otro, ni en las semanas siguientes. Tampoco se inmutó cuando llegó el señor Rafael Báyer de correría, e hizo monerías y aspavientos al expresar que era el niño más bello que él jamás hubiera conocido. “Parece de mi raza”, dijo. Si bien el muchacho no tenía pulmones para llorar, ni reflejos en las extremidades, ni crespos en la cabeza, y se le alcanzaban a ver los intestinos bajo la piel del abdomen, si tenía una fuerza increíble para chupar los pezones de la madre, que no lograba soltarlo durante horas, y al fin se acostumbró a que el hijo estuviera siempre ahí, agarrado de sus tetas. Pasados los días de asueto, el abuelo, que miraba a su nieto de la misma manera que un médico observa cada detalle del paciente sin diagnóstico con el fin de buscar un signo esperanzador, comenzó a notar que las piernas tenían discretos movimientos, la piel de las costillas se movía como un fuelle y la mollera le empezaba a endurecer. Entonces, como quien ha salvado sus responsabilidades, decidió regresar a cumplir los compromisos de su alto cargo, con la satisfacción del deber cumplido y el deseo de que esa lagartija se transformara en un niño o se muriera de una vez por todas, para no hacer sufrir a su hija. Mientras tanto, la familia Báyer Jaramillo siguió en Riosucio dedicada a alimentar, bañar, asolear y cambiar los pañales de lo que parecía un bebé.

Pero Nicolaza, la comadrona, quedó desde el día del bautizo descontenta y malhumorada. Decía tener una desazón en el pecho y conservaba un sentimiento de culpa por el asalto que don Julio Jaramillo hizo del sacramento que borra el pecado original. Consultó con sus amigas del vecindario, si era cierto que a un

bebé se le podía bautizar de emergencia echándole agua corriente y haciendo las cosas a nombre de un cura, como si cualquier persona pudiera tener ese privilegio. Ellas le contaron que algo parecido había hecho Juan el Bautista con Jesús de Nazaret, pero que el protagonista de esa historia había sido un santo. Hasta que la testigo y madrina de aquel suceso no pudo más y fue a confesarse. Lo hizo en el confesionario en medio de sollozos. Así llegó al conocimiento del cura del pueblo la noticia de que había nacido un niño como de otro planeta, bautizado de una manera extraña por el Alcalde de Pácora, sin que se llenaran los requisitos que la parroquia establecía para esos casos. Entonces el sacerdote hizo con la penitente una labor pedagógica y le aclaró que eso sí era posible siempre y cuando no dejaran de pronunciarse las palabras claves que ordenaba la iglesia. Y para zanjar dudas, preguntó por la dirección de la familia Báyer, visitó a los padres, habló con ellos y después de hacer un diagnóstico rápido, basado más en la experiencia como vicario que en la testificación de Nicolaza, determinó que era necesario volver a bautizar al niño, por la sospecha de que en la administración del sacramento se hubiera duplicado alguna persona de la santísima Trinidad o hubiera faltado una palabra clave, lo que anularía de inmediato el bautismo.

Y así lo hizo el cura con toda la pompa posible, en la Iglesia San Sebastián de Riosucio, con el apoyo de otro sacerdote, con monaguillos, con casulla blanca y cantando salmos. Esta vez sí, en presencia de la familia: el señor y la señora Báyer, y un tío de la madre, general en las guerras civiles y en ese tiempo juez de Circuito. Quien no fuera invitado, y tampoco se hubiera hecho presente, fue el abuelo materno que ya había escuchado el descontento de su yerno.

—Por eso se volvió bolchevique —le recriminaba, indignado, el señor Báyer a su mujer cuando Tulio, vinculado a las huestes de Rosendo Colmenares en el Vichada, era acusado de subversión—, por dejar que ese loco de tu padre, siempre haciendo favores que nadie le pide, lo hubiera bautizado de cualquier manera, diciéndole palabras proféticas de esas que acostumbra en las campañas políticas. Imagínate, nuestro hijo al lado de bandoleros, dizque tratando de tumbar al gobierno—. Además, no sabía por qué razón lo había puesto Tulio —de seguro

fue el primer nombre que se le vino a la cabeza—, pero esa decisión sí la tuvo que aceptar, porque su mujer se empeñó en respetar la voluntad de su progenitor.

Y de veras que Tulio tenía ciertas particularidades que no encajaban con el común de la gente. Cuando su abuelo lo volvió a ver, cumplidos los cinco años, se aterró de encontrar que sí tenía la figura de un niño, un poco desgarbado y con las piernas como dos espartillos, pero al fin de cuentas un niño. Al cumplir los doce años comenzaron a estirársele tanto las piernas como los brazos y cuando alcanzó a tener 1,80 metros de estatura, la distancia entre las puntas de los dedos extendidos a lado y lado del cuerpo superaba los 2 metros. Si no le hubiera dado por ser médico, de seguro hubiera terminado en un circo de contorsionista o de basquetbolista en alguno de los torneos de la liga de Caldas. Como perdió anatomía en su primer año de estudios, puso un empeño enfermizo en recuperar la materia y decidió que se aprendería de memoria, así no volviera a dormir nunca más, los doce tomos de la Anatomía de Testut Latarget. Fue así como se encerró en el cuarto, esparció los libros en el piso y comenzó a recitar los mamotretos, una y otra vez hasta el amanecer ayudado de un diccionario de la lengua francesa. Alcanzó incluso a aprenderse en francés las notas que había a pie de página en aquella vieja edición que adquirió casi regalada en una librería de antigüedades.

Pero además de excéntrico, Tulio era un hombre sensible y de un corazón débil para soportar los atropellos y las injusticias. Quizás eso fue lo que le aceleró el daño de su válvula aórtica y le aumentó la sonoridad de su soplo cardíaco, factor determinante para que muriera relativamente joven, ya que la muerte lo sorprendió en su apartamento en París, sin cumplir todavía los sesenta años. Compartía el fiambre que le daban en su casa con los compañeros más pobres de la clase, era usual que llegara sin camisa porque se la había dado a un indigente, se desprendía de cualquier moneda para entregarle a los campesinos que llegaban al Hospital sin con qué pagar las cuotas que les cobraban, para que de esa manera pudieran comprar las drogas formuladas cuando les daban de alta, y de paso le pedía dinero y ropa a sus tías de Manizales para repartir entre los enfermos. “Ese

muchacho no llama sino para pedir camisas y calzoncillos, ¿será que tiene un negocio de venta de ropa?”.

21

Dos semanas más tarde, partieron de Santa Marta. Amira lo despidió con un beso y le dijo que no se preocupara; ya estaba acostumbrada, desde que lo esperó en Bogotá mientras salía de la cárcel Modelo, a vender perfumes y bisutería traída de Maicao y de eso vivían también ambos, desde hacía varios meses. En un jeep descarpado, manejado por un baquiano del lugar, se internaron por una trocha que los llevaría a unos kilómetros de Villa Leonor, un antiguo asentamiento Kogui. De allí deberían seguir a pie hasta Ciudad Perdida en las cabeceras del río Buritacá. Según se acordó previamente, esquivarían los bohíos y se internarían en la selva. Buscaron un buen lugar, un pequeño descampado al lado de una quebrada de aguas puras y frías. Los follajes de los árboles cubrían el cielo. Lo previsto era primero acostumbrarse a vivir en la zona y luego, poco a poco, ir convenciendo a los indígenas de levantarse contra el gobierno. Sería la primera avanzada del ejército revolucionario que Báyer soñaba. “Ésta será nuestra Sierra Maestra”, les había dicho. No serían una montonera liberal como lo fueron los guerrilleros del Llano, ni estarían respondiéndole a las necesidades circunstanciales de los partidos tradicionales, hoy en decadencia, y que habían tenido que unirse como correligionarios, para sacar adelante la dictadura de Rojas; le obedecerían a la ideología socialista, ahora triunfante en Rusia, en China y en Cuba.

El español era el más conversador. Hablaba todo el tiempo y su cuento, mal contado, se situaba en los años de la arremetida del general Franco contra la república, durante la guerra civil española. Pedro sólo descansaba de hablar cuando dormía. “Lo mejor es que mires qué vamos a hacer de comida; las provisiones que trajimos se van agotando y tenemos que ser capaces de autoabastecernos”, le dijo Tulio imponiendo las órdenes que serían necesarias, y el otro, alzando el dedo pulgar en señal de aceptación, asumió su papel. “Como

ordene jefe”, le contestó, y se fue a buscar leña. Luego de encender una fogata, le insinuó que fueran a buscar la comida y Tulio aceptó; así que Pedro Baigorri y él salieron de cacería. “Cuiden que el fuego no se apague”, le dijo a Joya que descansaba en la hamaca, despatarrado como si estuviera en el paraíso. Él no contestó, pero lo miró con una interrogación y cuando ellos desaparecieron le dio un vistazo a la hoguera que seguía echando humo, y se volvió a recostar, mirando por entre los ramajes los colores que se disolvían en el cielo. Los dos hombres que se quedaron en el campamento, no tardaron mucho en escuchar una detonación que retumbó en el bosque; se miraron, y como aceptando que fuera posible que hubieran cazado alguna cosa, se dirigieron a la hoguera y soplaron hasta que las llamas volvieron a aparecer. La alimentaron con leña y viendo que no llegaban se volvieron a tirar en las hamacas. Dos nuevos disparos se oyeron en la distancia, pero parecían lejanos. Media hora más tarde los vieron aparecer. Tulio iba adelante y lo seguía el español. Desde lejos alzaron el cuerpo de un animal que luego resultó ser un conejo.

— ¡luju! —gritó Tulio, haciendo aspavientos con su puntería. A su lado Pedro Baigorri se reía.

“Tres disparos para un conejo”, pensó William Ramírez.

— ¿Cuántos soldados mataste en el Vichada? —le preguntó Abelardo Joya, dándole un abrazo de felicitación, pero Tulio no le contestó, pues a estos nuevos guerrilleros, sus alumnos, no les podía confesar que jamás había disparado contra nadie.

“Si no hablaras tanto hubiéramos podido cazar un venado”, regañaba Tulio a Javier Baigorri; pero él insistía en seguir aludiendo a la historia de la guerra civil española y aseguraba que quien más daño le hizo a España fue Rafael Sánchez Mazas, porque fue el fundador de la Falange, amigo del más reaccionario de todos: Antonio Primo de Rivera. Creció escuchando eso de su padre, quien era republicano, y le aseguraba a sus compañeros de aventura que conocer esa

historia ayudaría a planificar la insurrección en que estaban empeñados. Esa noche comieron distinto, se recostaron en sus hamacas, se cubrieron como pudieron para aminorar el frío y se durmieron hasta bien entrada la mañana del otro día. Cuando los pájaros cesaron su algarabía y los rayos del sol comenzaron a filtrarse por entre los frondosos ramajes, Tulio, sentado en su hamaca y cargando en sus piernas la máquina de escribir, iniciaba la primera página escrita en medio de la selva.

— ¿Cuántos años tienes? —le preguntó Tulio al español que en ese momento avivaba los rescoldos y se preparaba a hacer café.

— Treinta y dos —le respondía Pedro— mirándolo como si creyera que Tulio estaba escribiendo alguna anécdota sobre él, en su libro.

— ¿Y cómo pudiste estar en la guerra civil española siendo apenas un niño?

— Yo era un chaval, pero cruzaba las filas enemigas llevándole recados a los republicanos. Joder, qué vida aquella. Por ejemplo, cuando mataron a Machado...

Tulio lo interrumpió, —a Machado no lo mataron—. “Puede que haya muerto de pena moral o qué se yo —respondió—. De todas maneras es como si lo hubieran matado”. Entonces Tulio volvió a su máquina y siguió tecleando. En ese tiempo se dedicaba a terminar *Carta abierta a un analfabeto político*, pero Pedro Baigorri Apezteguía seguía creyendo que Tulio empezaba a escribir las memorias de lo que allí acontecía. Después, al tener la oportunidad de leer las primeras páginas escritas, se llevaría una desilusión. Su nombre no aparecía en ninguna parte.

— La próxima vez matamos un venado —dijo Baigorri y se calló. Jamás imaginó que ese médico, flaco y pálido como un espanto, pudiera saber algo sobre la guerra civil española.

William Ramírez, por su parte, trabajaba en un hotel en Riosucio. Era conserje, y mensajero y reemplazaba al portero del establecimiento en sus ausencias. Hacía un poco de todo pero realmente no sabía hacer nada. No tenía idea de cómo manejar un fusil, ni cómo usar el machete que habían comprado en una ferretería.

Dejar que lo usara sería un peligro para los demás. Cuando llegaron, hubo que ayudarlo a colgar la hamaca pues no sabía ni siquiera hacer los nudos, y con el transcurrir de los días se fue volviendo una carga. “Pero habrá que enseñarle, mi labor también debe ser educativa”, pensaba Tulio mientras lo miraba dormir con la boca abierta, roncando en B mayor durante la mayor parte del día.

— Oye, imbécil, despiértate, hay que pensar qué vamos a comer hoy —le gritaba Baigorri mientras le acercaba un café caliente a Tulio y miraba de reojo a ver si podía descifrar alguno de los párrafos que allí estaban escritos.

— ¿No sobró conejo? —le preguntaba William Ramírez, desde el lecho. Pero al ver que se burlaban: —Entonces tan siquiera un tinto, camarada. La cosa es de hambre.

Por otro lado, Abelardo Joya era simplemente un vago. Con el ruido de los otros, terminó por despertarse. Nació en Piedecuesta, hijo de una familia de clase media, que aunque trabajadora y acomodada, no logró nunca que el muchacho, sietemesino y enfermizo, pudiera amañarse en la escuela. A duras penas aprendió a leer y fue tal la lucha de sus padres para que lo consiguiera, que al verlo leer de corrido, descansaron, sonrieron y creyeron que con eso sería suficiente para que se defendiera en la vida. Pero no hubo tal. Jamás pudo conseguir un empleo; vivía de los ahorros de su madre, los que le daba al escondido de su marido, y cuando decidió marcharse de la casa, lo único que aprendió, como siempre, fue a vivir de los demás. Hasta que se dio cuenta de que tenía una habilidad especial: robar y ser capaz de pasar inadvertido; nadie se daba cuenta y ni siquiera se imaginaban, que semejante bobalicón pudiera ser el responsable. Nunca se iba del sitio del robo y poniendo cara de estúpido, describía al ladrón con tal lujo de detalles que muchas veces se lograban hacer retratos hablados que parecían perfectos, y en no pocas ocasiones, los supuestos ladrones fueron incluso aprehendidos. Al final, siempre lograba que le agradecieran los informes y hasta el jefe de la policía lo estimaba como uno de los mejores colaboradores.

Después de tres semanas aceptaron repartirse el trabajo de cada día. Tulio sería el jefe político y militar y a su cargo estaría entrar en contacto con los indígenas de

la región, para hacer con ellos una labor de concienciación que permitiera tenerlos del lado de la revolución. Ser el cocinero no estaba en discusión: era Javier Baigorri Apezteguía; sus habilidades no podrían ser superadas por los demás. El encargo de las finanzas recayó en William Ramírez, más por descarte que por cualquiera otra consideración y aunque no había dinero, él soñaba con algún asalto a la Caja Agraria, y a Joya sólo atinaron a encargarlo de los oficios varios, como ir por la leña, cuidar las provisiones, si las había, mantener el fuego cuando los otros estaban en el cumplimiento de las tareas, y avisar a los demás si se descubría algún peligro.

Pero la situación se hizo tediosa. Los indígenas no hablaban ni pizca de español, y aunque eran pacíficos, tenían sus armas de indios, y de vez en cuando los rondaban; la comida escaseaba y ya en varias oportunidades habían tenido que saquear los cultivos que se encontraban en los alrededores; las municiones se agotaban matando dantas, nutrias o conejos, y Tulio parecía más preocupado por escribir su libro e impedir que lo importunaran, que por preparar los ataques que había prometido dirigir contra la oligarquía. De ello sólo hablaba en las noches cuando amontonados alrededor de una fogata, buscaban que el frío no fuera a agotarlos primero que los combates añorados.

— Mejor nos devolvemos —dijo Joya después de no haber dicho nunca nada de importancia.

— Cómo se le ocurre, no sea imbécil. Apenas estamos comenzando —le aclaró Tulio— la revolución es un proceso de privaciones por una causa noble y justa.

Pero él no entendía en dónde estaba la nobleza y la justeza de la que Tulio le hablaba con tanto énfasis.

— Creo que mejor nos apertrechamos bien y volvemos con más gente y con alguien que entienda el lenguaje de los salvajes —le sugirió William Ramírez recordándole que llevaban un mes metidos en esas montañas, y hasta ese momento no habían logrado nada.

— Es cosa de paciencia —le advirtió Tulio—; ya estamos muy cerca de entenderlos. Ellos nos enseñarán a sobrevivir; más que un estorbo son los aliados perfectos.

Pero William Ramírez, quien tenía a su cargo la vigilancia, y a veces lo hacía, sabía que los indios los acechaban a distancia, detallaba cómo los miraban con recelo y sospechaba que los iban a asesinar alguna noche, mientras dormían.

— Lo más importante en una guerra civil —les refería Pedro Baigorri Apezteguía— es la ideología. Estos indígenas jamás aprenderán a comportarse como revolucionarios. Jamás asimilarán nuestros principios políticos y nosotros aquí no tenemos la astucia de un general como Franco.

— ¿Cuál guerra civil? —lo interpelló Báyer—. Esto va a ser una guerra de guerrillas. Y los indios se tendrán que vincular cuando el ejército arremeta contra el pueblo.

Las discusiones comenzaron a intensificarse y fueron muchos los días en que casi amanecían. Pero Tulio insistía en sus propósitos dando cada vez más argumentos sobre la importancia de persistir en la lucha. Hasta que, satisfecho de la labor, el cansancio hizo presa fácil de él que había visto cómo se le desmoronaba su comando. Entonces decidió archivar su máquina de escribir por lo menos por unos días, colocó el fusil al lado de su hamaca con la carga puesta y se dejó consumir por un sueño profundo. Al amanecer, no sintió el canto de los pájaros, ni lo despertaron los gritos de Baigorri levantando a los compañeros, ni sintió el acoso del humo de la fogata y menos el olor del café. Ya había entrado el sol por el único sitio por donde se colaba pleno, cuando el ruido de una abeja aleteando en su oído lo hizo golpearse la cara con su propia mano. Despertó, miró los rayos incandescentes; sintió el sofoco del mediodía; pronunció algunas palabras para escuchar de los otros, qué había pasado con tanto silencio; pero no hubo respuestas. Se enderezó, miró en derredor. No vio a nadie. Se levantó y buscó las botas. Por fortuna las encontró aunque en un sitio diferente a donde las había dejado; el calzaba cuarenta y dos y con ese número no era fácil que le sirvieran a

ningún mortal. La fogata estaba apagada y los compañeros desaparecieron con sus pertenencias. Tampoco estaban el fusil y su máquina de escribir.

22

En sus cartas a Francisco Arango, Tulio bosqueja someramente lo que fue su exilio político. Su estadía en México y su viaje a Cuba. Pero, de su paso por la isla queda una cierta frustración, que no fue fácil desentrañar. A la Habana llegó con toda la carga ideológica de la primera revolución socialista triunfante en América Latina. Aún recordaba el afiche de Fidel Castro al fondo, en la pared del consultorio. “¿Quién es ése?”, le preguntaban los pacientes en Puerto Carreño. “Pues el camarada Fidel, el único que ha sido capaz de pisotear al imperialismo norteamericano”. Pero la gente prefería callar, porque no sabía de qué cosa les estaba hablando. “Usted sabrá, doctor”, le decían. Admiraba a Fidel y al Ché Guevara, y traía la aureola de ser el primer médico guerrillero colombiano que osó vincularse con las guerrillas y que además no había sido un bandolero sanguinario al estilo de “Sangre Negra” o “Desquite”, sino que era capaz de devolver los soldados del ejército cuando los desarmaba y los hacía prisioneros. Muchos habían leído la entrevista hecha por Guillermo Carnero Hoke para la revista *Impacto*, publicada en el número 752 de julio 29 de 1964 en México. En ella advertía que Colombia vivía “en Estado de sitio, en manos del Estado Mayor, bajo el Estado de Mayor peligrosidad y además, en Estado de coma”.

En Cuba se sintió como uno de los comandantes del régimen, sin estrellas ni reconocimientos, pero representando el futuro de la revolución de América Latina. Fue recibido por Evaristo Reina a nombre del Comité Central y conducido a la vivienda de uno de los compañeros más fieles del régimen. Llevaba una pequeña maleta, la mitad de ella con los manuscritos de su *Carta abierta a un analfabeto político* y con una copia de su novela *Kilómetro 18, carretera al mar*, para regalársela al comandante Fidel. Pasaron los días y no volvió a ver ni siquiera a Evaristo, sólo a una joven que se encontró sorpresivamente al dar una modesta

vuelta por el barrio en donde le consiguieron la vivienda y que se le había ofrecido para mostrarle la Habana vieja.

— Hola —dijo la mujer con un aire de reconocimiento— ¿eres extranjero?

— Se pudiera decir que sí —contestó Tulio— ¿se me nota mucho?

— La verdad, sí. Aquí hay muy pocos con la piel tan clara. Mira la mía no más, somos morenitos.

— ¿Y tú quien eres?

— Soy de Matanzas, pero vivo en la Habana desde los diez años. Vine a estudiar.

— ¿Y cómo te llamas?

— Enoeida, ¿y tú?

— Tulio, Tulio Báyer.

Visitaron la playa, se subieron a las murallas, vieron el mar que era un recuerdo de barcos de piratas anclados en la arena; sintieron la brisa salada de los vientos huracanados que nacían en el Caribe; recorrieron los mercados con frutas desperdigadas en costales y ventas de libros en estanterías callejeras; llegaron a las viejas casonas de tapia, estropeadas por el tiempo. En los bares había venta de ron y orquestas tocando sones o boleros; las calles estrechas empedradas y los perros deambulando por las esquinas; las puertas de madera maciza y las ventanas balaustradas, los balcones con macetas de flores y los tablonces manchados por el agua que se filtraba por las goteras dejando enormes manchas negras en las paredes; viejas ceibas centenarias de enormes brazos, descolgados como abrigos, y framboyanes florecidos; colegios de niños en procesión reconociendo los antiguos museos salvados después de la revolución.

A la semana volvió a ver a Evaristo. Lo reconoció porque fue la primera cara que vio cuando llegó en el vuelo procedente de México: alto, flaco, un poco encorvado y de nariz aguileña. Le traía el pasaporte en regla, un sobre con un fajo de pesos cubanos para que saliera un poco y buscara distraerse y unos talonarios con tiquetes para que hiciera sus compras como cualquier cubano. Además, con la promesa de que tan pronto resultara la entrevista con el comandante se lo haría saber. Se tomaron un café y hablaron de las primeras impresiones de la isla.

— La verdad es que he salido poco —le dijo—, una mujer que vive por acá cerca me acompañó una vez a dar una vuelta por la Habana vieja.

El hombre sonrió.

— Salga, diviértase un poco —le recomendó— no sabemos cuándo el comandante lo puede recibir. Yo le avisaré con tiempo.

— Es urgente que hable con él, no pensarán que estoy de vacaciones.

— Claro que no —volvió a sonreír—, lo entendemos perfectamente, pero tú sabes que la situación es difícil. Además, ha habido mucha reacción política por tu presencia en la isla.

Lo intrigó esa respuesta pero prefirió callar. Se despidió y salió de nuevo a la calle con la esperanza de ver a Enoeida. El día en que estuvieron juntos, hablaron de cosas intrascendentes, pero se le olvidó preguntarle el apellido. Si supiera en dónde vivía podría indagar por ella; pero no se le ocurrió preguntar. Dijo que estudiaba; era probable que estuviera en el colegio. Tendría veinte años, pensaba, no era muy bonita pero tenía un cuerpo bien formado y la cara fresca con unos ojos que cambiaban de color con la intensidad de la luz. Miró en derredor. Una calle larga un poco tortuosa, con niños jugando en las esquinas; algunos lo miraban y se secreteaban al verlo pasar, otros salían corriendo y se metían en las viviendas. “Se nota que soy un extraño”, pensaba. Las casas de un piso, uniformes, con sus techos de teja y sus aceras estrechas. Caminó por el barrio, un poco al desgaire, sin afán, mirando por entre las puertas abiertas, hasta llegar a la esquina; allí vaciló pero decidió devolverse. Los niños volvían a salir y lo miraban desde lejos. Mejor se iría para la playa, buscaría un bar y se tomaría un ron. Pero, a su regreso, la vio salir de una de las casas, precisamente en donde se asomaban los niños que antes jugaban en la acera; llevaba una falda ancha, sus piernas bronceadas, unos zapatos bajitos y un caminar pausado; un bolso colgaba de su hombro, e iba en sentido contrario, alejándose. La había visto mirarlo pero

seguramente no lo reconoció, por la distancia, supuso. Si aceleraba un poco su paso podría alcanzarla.

— Hey, para dónde va con tanta prisa —le dijo Tulio a sus espaldas. Ella volteó a mirar sin sorpresa y se hizo la que no esperaba encontrarlo. Pero a Tulio le dio la impresión de que ella sabía que era él quien venía detrás.

— Hola, otra vez caminando solo. Parece desamparado.

— Por lo que veo mi único amparo eres tú.

— Mira tú, si no tienes nada qué hacer, me acompañas a comprar algo y damos una vuelta —y Tulio sintió que le volvía el alma al cuerpo.

Fueron a los mercados populares cercanos a la playa. Allí buscó un pintalabios, revisó varias marcas, preguntó precios y no parecía decidirse. Entonces Tulio exploró su bolsillo, vio que había metido unos cuantos pesos en él y se ofreció a pagar por el que le gustara. “No, cómo se te ocurre”, dijo. “No te preocupes —le respondió— me sobra el dinero”. Entonces ella sonrió y escogió uno de los más baratos. “Quisiera caminar un poco por la playa”, dijo Tulio antes de que ella lo invitara a cualquier otro sitio. Entonces decidieron ir a comprar una botella de ron e irse a caminar por la playa. Lo hicieron paso a paso, ella descalza, cargando los zapatos en una mano y el bolso en la otra, hablando de sueños; y él, mirando el paisaje que se cerraba de nubes en el horizonte, parecía ensimismarse.

— Mi deseo es recorrer el mundo en un barco de vela —dijo la mujer— debe ser porque mi abuelo es pescador.

— El mío es regresar a Colombia y hacer algo parecido a lo que han logrado ustedes en Cuba.

— ¿Qué?, ¿la revolución?

— Sí —dijo él— y ella volvió a sonreír.

Era bello verle la cara cuando sonreía; se le hacían hoyuelos en las mejillas y los dientes le brillaban. El viento le daba en el rostro y los cabellos se agitaban.

— Quiero conocer todas las islas del Caribe.

- De paso puedes parar en Colombia y si me dejas ser tu guía te mostraré montañas inmensas.
- Dicen que son tan altas que se entierran en las nubes y siempre están ocultas.
- Así es, y algunos de sus picos son nevados.
- También quiero conocer la nieve.
- Mi último refugio —le dijo Tulio, presumiendo— fue en una sierra que es nevada y queda a las orillas del mar Caribe.

De trecho en trecho un trago de ron, al fondo el verde del mar, más allá las nubes que ocultaban el atardecer y muy cerca, las olas que al caer despedían un vaho metálico. Entonces se sentaron en la playa a mirar el sol declinar en el horizonte. Juguetearon con la arena mientras las conversaciones los llevaban a través de los mares, los juntaban y los alejaban, hasta que al fin se miraron un instante a los ojos y parecía que, por momentos, se deseaban. Quedaba un último trago y ella lo pidió para sí. Lo tomó de la botella y luego besó a Tulio en los labios. Mientras lo hacía le iba entregando, poco a poco, el licor que le quedaba en la boca.

23

En mi primer viaje a la Habana tenía entre ceja y ceja la intención de buscar pistas sobre lo que fue el paso de Tulio Báyer por la isla. Llevaba el nombre de dos curtidos revolucionarios del partido comunista que una amiga me había entregado. Para localizarlos debía preguntar en el Ministerio de la Cultura. En un comienzo no fui afortunado y se me recomendó que dejara un teléfono y que ellos me llamarían, pero ante mi insistencia optaron por darme una oportunidad. Abel Santamaría me recibió intrigado, pero la cara se le iluminó cuando le hablé de mi amiga y le entregué una nota que ella le enviaba. Ambos hablamos un rato de nuestra amiga común. De ahí en adelante todo fue propicio.

— ¿Báyer? —preguntó.

— Sí, Tulio Báyer, un médico que participó en la insurgencia en Colombia a finales de la década del cincuenta. Una prolongación de lo que fueron las guerrillas liberales, que irrumpieron después de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán. Estuvo exilado en Cuba en 1964 —le conté.

— ¿No era acaso el mismo movimiento de los hermanos Vásquez Castaño?

— No —le respondí—, ese es el caso del ELN. Ellos surgieron unos años después.

— Yo por ese entonces tendría 10 años y vivía en Holguín —recalcó Santamaría—, pero puedo averiguar lo que ocurrió, y en algunos días le tendré una respuesta. Debe haber algunos compañeros, ya retirados, que recuerden esa situación. O alguna nota en los archivos, ¿qué se yo?

Le di entonces la información del hotel en dónde me hospedaba y me dediqué a visitar los lugares más acogedores de la isla. Dos días más tarde encontré una nota de Santamaría citándome en su oficina. Acudí presto y me recibió de inmediato. Tenía una sonrisa a flor de labios y muchos libros y documentos sobre su escritorio. Tomando un café comenzó a leerme algunos apartes de actas en las cuales se mencionaba que el médico Báyer había sido acogido como exilado político y que después de un año en la Habana se le había ofrecido una capacitación en Checoslovaquia. Él había aceptado y se fue con una decena de cubanos. “Pero el hombre no volvió”. También había encontrado que el comandante Ernesto “el Che” Guevara había dado un informe negativo sobre su permanencia en la isla, pero la nota era muy escueta y no se sabían las razones para tal opinión.

— Me contó un viejo camarada que Báyer tuvo en aquella época una relación muy estrecha con el Comité Central, que hubo una mujer encargada de vigilarlo, pero no recuerda el nombre ni qué fue de ella; sin embargo —puso énfasis Santamaría en sus últimas palabras—, puedo seguir mis pesquisas para ver si doy con el paradero de la mujer.

Yo le agradecí y le dije que aplazaría mi regreso con tal de tener la oportunidad de saber de ella. Entonces se me ocurrió ir a visitar la casa en donde vivió Ernest Hemingway. Allí, en una colina, en medio de una arboleda, con jardines y viejas ceibas que dejaban caer sus ramas contra el piso de los patios, estaban los recuerdos de aquel hombre y por entre los muebles de la casa, algunas fotografías, entre ellas, una tomada en la Bodeguita del Medio en donde el novelista departía con unos amigos, quienes firmaban en las paredes del establecimiento. Al ver que me detenía a mirarla, el guía que nos acompañaba me comentó que debíamos ir, pues no había visitante ilustre que no hubiera estampado su firma en el lugar. De inmediato pensé en ir a buscar, si entre las miles de firmas de las paredes, pudiera estar la de Tulio Báyer. No sería nada raro. Tenía la carta abierta en mi poder y su firma estaba claramente estampada en la carátula, así que no sería difícil reconocerla entre las que había grabadas en las paredes.

Esa misma tarde cargué mi cámara y me dirigí como buen turista al lugar. El sitio quedaba en la Habana vieja, en una calle estrecha y el lugar era pequeño. En los escabeles de la entrada había mucha gente así que me fui derecho a las mesas internas a esa hora desocupadas. Me senté en uno de los rincones y mientras esperaba mi primer mojito, comencé a repasar la pared que tenía a mi lado. Todos los nombres y cientos de mensajes; pero imposible leer los que estaban más altos. Me gustaría haber tenido el valor de pararme en uno de los taburetes y seguir mirando las firmas más altas o las escondidas en los resquicios de las ventanas. El segundo mojito lo degusté en otra mesa, al frente de la anterior, y ahí, en esa pared, encontré nombres conocidos no sólo de colombianos que habían estado en la política, líderes y gobernantes, como Pastrana o Samper, sino, incluso, descubrí a varios escritores que seguramente querían dejar su recuerdo al lado de la firma de Hemingway, de Alejo Carpentier o de Nicolás Guillén.

A los cuatro o cinco mojitos ya la cabeza me daba vueltas y las firmas eran cada vez más distantes. No logré nada, pero tenía muy claro que todavía me faltaban

las paredes de cuatro salones, y que necesitaría una escalera para mirar las zonas más altas. Al llegar al hotel el conserje me dio otra nota en la cual Santamaría me decía que pasaría a recogerme a las ocho de la mañana y que me tenía buenas noticias, así que continué mi celebración en el bar del hotel, en donde varias mujeres, solas, departían y miraban constantemente hacia mi mesa. Después de un rato me di cuenta de que eran las llamadas jineteras, de éstas que se pasean por las cercanías de los hoteles, buscando conseguir algunos dólares con los turistas. Las había visto a la salida del hotel en las horas de la mañana, pero era raro encontrarlas adentro del establecimiento, luego el hecho de que estuvieran en el bar indicaba la connivencia que mantenían con algunos funcionarios del hotel, con quienes quizá compartían utilidades. De hecho, unos minutos más tarde, el mesero me preguntó si a mí me gustaría departir con alguna de esas damas.

Como todo un conquistador y después de mirarlas en detalle, me decidí por una de ellas y se lo dije al hombre que seguía pendiente de mi respuesta. “La de vestido rojo”, le encomendé. La verdad no estaba interesado sino en conversar un poco con alguien, porque eso de beber sólo me ha parecido siempre una atrocidad. Él hizo su tarea y unos minutos más tarde las mujeres se despidieron, me dieron una última mirada, sonrieron como aprobando mi decisión o como queriendo desplegar ante mí la belleza en la cual yo no había reparado, y se fueron, mientras la dama de rojo se demoraba un poco recogiendo su bolso y se acercaba a la mesa en donde me encontraba. “¿Puedo?”, dijo separando la silla y disponiéndose a acompañarme. “Por supuesto, siéntate”, le respondí. La conversación inicial fue corriente. “¿De dónde eres?, ¿cómo te llamas?”, y todas esas cosas. Pero cometí el error de decirle: “¿a qué te dedicas?”. Ella sonrió, sacó de su bolso un cigarrillo, lo encendió, echó al aire una bocanada de humo y me respondió: “a lo que tú quieras”.

Se llamaba Aurora Martínez y había terminado administración de empresas en la Universidad de la Habana. “Pero aquí no hay nada que administrar”, me contó con

una expresión de desconsuelo. “Los médicos usan sus carros particulares, cuando los tienen, para hacerles carreras a los turistas y ganan más en un día que lo que logran durante todo el mes. Y la mayoría de nosotras somos profesionales, aquí es fácil estudiar, la educación es gratuita, pero muy pocas logran trabajo; así que también tenemos que ayudarnos con ingresos extras”.

Yo le conté mi historia y ella me contó la suya. Le hablé de movimientos guerrilleros que nunca se tomaban el poder y gobiernos que tampoco eran capaces de derrotarlos, y de luchas revolucionarias que con el correr de los años habían declinado sus ideologías y se habían convertido en negocios del narcotráfico o en simples modos de vida. Ella, por su parte, me habló de las veces que había llevado hojas de vida a los bancos, las empresas o las agencias del gobierno y se ofreció a ayudarme, pero me advirtió que no podría hacerlo mientras mis pesquisas dependieran de funcionarios del gobierno. “Yo conozco antiguos miembros de la revolución, hoy tienen sesenta o setenta años y se conocen todas esas historias sobre Colombia, ¿de allí es que tú eres, no?”. Entonces me dijo: “cuando ellos fracasen, aquí te estaré esperando para ayudarte. Ya lo verás; fracasarán, son buenos para nada”. Así que la ayudé a levantarse pues tomaba más rápido que yo, le di diez dólares, la acompañé hasta la puerta y me fui a dormir.

Al día siguiente Abel Santamaría llegó puntual. “Iremos a Matanzas —me dijo— allí vive Enoeida Lagos. Ella es la mujer que estuvo a cargo de Bayer cuando vivió en Cuba”. La llamé por teléfono y está dispuesta a recibirnos.

24

Él llegó como desamparado, como si no tuviera a nadie en el mundo. Pero, mira tú, desde que lo vi me gustó la fuerza que tenía. No le cabía el alma en el cuerpo y si lo mirabas a los ojos, éstos te quemaban. Yo la verdad, me estaba enamorando, pero no del todo, o estaba confundida, porque el hombre no era que fuera una

estampa que digamos. Él era más bien como tristón, con una figura desmirriada y la mayor parte del tiempo de lo que hablaba era de la tal revolución y lo único en lo que pensaba era que el gobierno de Fidel le ayudara a hacer la guerra en su país. A mí me decía que con una docena de valientes bien armados, él sería capaz de iniciar un movimiento victorioso; pensaba en algo parecido al que hicieron los cubanos desde la Sierra Maestra. Contaba que si los compañeros de la Sierra Nevada no hubieran sido unos cobardes, desertores, él en este momento tendría en jaque al gobierno. Eso era lo que él pensaba solicitarle al comandante Fidel, pero la verdad es que ellos no le dieron muchas oportunidades de explicar bien lo que quería hacer.

El movimiento del Llano —me decía con fervor, porque eso sí era lo que más tenía: fervor—, carecía de una dirección revolucionaria. Los jefes eran gamonales liberales con ansias de convertirse en comandantes de las guerrillas, que ya para ese entonces no existían ideales; los tipos esos —me decía—, no sabían distinguir entre bandidos y revolucionarios. Eso repetía. Además, como que no la iba bien con los comunistas colombianos porque cada rato hablaba mal de ellos. Decía que en Colombia lo único que hacían era jugar a la guerra.

A mí me había ordenado mi jefe, Evaristo Reina, que lo abordara buscando un encuentro casual, y tratara de hacer amistad con él. Y la verdad es que la cosa no fue difícil, porque al hombre lo habían hospedado en la casa de Rubén Fonseca, un cuadro del partido que vivía diagonal a donde yo tenía unos tíos. Yo me hospedé con ellos, porque siempre he vivido en Matanzas. Yo hacía guardia desde la ventana o ponía a mis sobrinos a que vigilaran y me contaran cuándo salía a caminar. Y lo cierto era que cuando lo hacía no sabía ni para dónde coger. Entonces bastaba con pasar cerca, y ya él estaba listo a coquetear y buscar cómo conseguir compañía.

— Hola —me decía.

— Hola —le respondía. —¿Eres extranjero?

— ¿Se me nota mucho?

— Bastante.

Entonces empezábamos a hablar y después de conversar un buen rato sobre cualquier tipo de bobadas, le propuse acompañarlo a conocer la ciudad, y fuimos a las murallas, a la playa, a la universidad, a los museos y muchas veces nos íbamos a beber a los bares a oír boleros, y la verdad es que de tanto estar juntos nos fuimos conociendo y nos encariñamos. Yo de veras me sentía mal de saber que estaba engañándolo, simplemente vigilándolo y pasándole información a la gente del partido. Hasta que comencé a sentir que me hacía falta verlo y salir con él. Fue cuando lo invité a Varadero. Allí, conocía un lugar, un pequeño hotelito en donde trabajé en unas vacaciones y la señora me quería mucho y me había dicho que a la orden cuando tuviera por ahí un novio con el que quisiera pasar un fin de semana. Sin embargo, no le dije nada a Tulio sobre quedarnos a dormir o cosas por el estilo, porque no estaba muy segura de mis sentimientos, fue tan solo una idea que se me ocurrió; así que decidí esperar hasta ver cómo funcionaban las cosas.

Ese día cogimos una guagua y nos fuimos madrugados. En el camino le mostré cada detalle, pues esa carretera me la conocía como la palma de mi mano. Estábamos muy cerca el uno del otro. Él estaba en la ventanilla y yo tenía que acercarme mucho para mostrarle algunos lugares: viejas iglesias, pueblitos perdidos, concentraciones campesinas, quebradas de aguas límpidas que bajaban de las montañas, y él, que era muy jodido, se quedaba mirándome a la cara o el busto y yo me azoraba y tenía que decirle que se corriera, que qué era lo que tanto miraba. Pero él era un conquistador, siempre tenía un apunte gracioso o un detalle simpático que a una la dejaba como sin palabras para responder. “Contigo no se puede”, le decía yo, y el respondía que con él sí se podía. Era un bandido. Y bueno, la verdad era que estábamos solos y no nos faltaban ciertas caricias ni coqueteos. Ya iba siendo normal que él me retirara el cabello de los ojos o que yo le quitara un pedacito de comida que se le había quedado pegado en el borde de los labios.

Cuando llegamos al lugar, se sentía emocionado. Decía que nunca había visto un mar tan azul ni una playa tan vasta. Y es que, chico, si tú no conoces, allí la playa es blanca como la leche y la arena es menudita y entonces el mar se ve azul y se transparente todo lo que hay debajo del agua. “Es lo más espectacular que existe”, decía con los ojos abiertos y era como si estuviera descubriendo cada cosa. Pareciera que las nubes tuvieran magia y que las olas desprendieran hechizos que nos envolvían. Tanto, que me contagié de la emoción, así que corrimos, jugamos, nadamos, nos besamos y terminamos exhaustos tirados en la arena, tomados de la mano, mirando el atardecer.

Fue cuando me dijo que yo tenía los ojos más bellos que podían existir porque cambiaban con la luz del día. “He estado mirándolos —dijo—, han sido verdes y grises y ahora ni siquiera sé de que color los tienes”. Creo que ahí fue que le dije que nos quedáramos esa noche y él no vaciló, simplemente me acercó la cara, me miró fijo y me dio un beso que me hizo despertar las ganas. De ahí en adelante todo fue amor.

Doña Magnolia abrió la puerta del hotel porque eran como las nueve de la noche y de inmediato me reconoció. “Enoidea, mi amor, que gusto verte; veo que al fin te decidiste a conseguir novio, ¿o es el esposo?, pero no parece cubano, es más bien como agringado, ¿o será un ruso?”. “No has adivinado nada, pero nos vamos a quedar esta noche”, le respondí. “¿Tienes ese cuartito que es como una buhardilla en el segundo piso?”. Me miró y sonrió y de una vez me estiró las llaves. “Es todo tuyo, hazte de cuenta que es tu casa. Mañana el desayuno es hasta las diez”.

Lo demás no se lo cuento porque son cosas muy íntimas. Lo cierto es que quedamos prendados y ya era tan evidente el asunto, que cuando menos pensé me quitaron el caso y me enviaron de regreso a mi pueblo. Y aquí me quedé, haciendo trabajo político en el barrio, con los comités de defensa de la revolución, y luego me casé y tengo dos hijos, así que lo demás está olvidado. Bueno, en ese

momento hasta lloré, para qué negar lo evidente, me dolía que no me dejaran vivir mis sentimientos, pero después me di cuenta de que realmente el hombre no me convenía, él no estaba interesado en quedarse, lo único que deseaba era irse y mi compromiso estaba con mi país, y no con otras guerras.

Y sobre lo que me pregunta en relación con las causas de la salida de él de Cuba, lo único que yo supe fue que el gobierno no estuvo de acuerdo con publicar su libro. Y aunque en apariencia eso no era lo que más le importaba, yo simplemente le puedo decir, por lo menos esa fue la sensación que me quedó, que la razón que a él lo movió para desilusionarse de los jefes de la revolución cubana, fue que no le publicaran su libro. Parece raro, pero creo que así fue.

— Oye, pensándolo bien, yo creo que si le hubieran dado la ayuda que necesitaba, lo hubiera logrado.

— ¿Qué?

— Pues la revolución en tu país.

— ¿Usted cree?

— Tenía fibra, pero creo que no era bueno para ver las cosas ya hechas. Le gustaba la acción.

— ¿Quieres decir que él se peleó con ellos porque quería seguir peleando y se sintió frustrado de que no lo apoyaran?

— No lo sé chico, no lo sé.

Cuando salió para Praga, mi jefe, Evaristo, me entregó una carta que Tulio me había dejado. El sobre estaba cerrado, cosa que le agradecí. Me encerré en mi cuarto a leerlo. Me decía que se había enamorado de mí, pero me confesó que él tenía una mujer en Colombia. Se llamaba Amira y sus amigos médicos en Medellín estaban recogiendo dinero para enviarla. “Ya no podría ser a Cuba —me escribó—, será a Checoeslovaquia, en donde iré exilado. Tu sabrás por qué razón, yo apenas lo intuyo”. O sea que realmente no me dijo la causa, y yo tampoco la sé. Después, supe que se había ido a vivir a París y que no aceptó

quedarse en Checoeslovaquia. De ahí en adelante chico, nunca más volví a saber nada de él. Aunque, no vayas a creer, lo averigüé mucho.

25

Te voy a contar una historia, Pacho, para que veas que a mí me ronda una idea fija: la revolución. En Colombia no pude incitar la revuelta, te consta que lo intenté de diversas maneras; en Cuba los barbudos habían hecho su glorioso proceso revolucionario y no aceptaban entrometidos como yo, que entre otras cosas busqué cambiarles algunas ideas, especialmente en lo relativo a acabar con esa burocracia instalada alrededor del poder y de la cual ni el pobre Fidel se ha librado o que no dependieran de los rusos que se estaban convirtiendo en otro imperio. Y al llegar a “la ciudad luz”, en la cual luego tuve la oportunidad de asentarme como buen burgués, los estudiantes estaban iniciando uno de los movimientos históricos más representativos, desde la Comuna de París. Y como en la última carta me consideras un loquito desquiciado que no ha podido aprender de los fracasos, decidí no hablar más de política, por lo menos mientras me repongo de la loquera; que sea entonces esta la oportunidad para contarte de Monique, una hermosa francesita. Tú sabes que a más de la guerra me apasionan las mujeres. Ella no tenía el cuerpo de la “Bambi”, aunque de paso te cuento que de la que fuera mi esposa no he vuelto a saber ni un ápice.

La conocí en una manifestación de estudiantes en París durante las jornadas de mayo de 1968. No te lo imaginas mi querido compañero. Reverdecí en ese instante mi fervor revolucionario. Miles de estudiantes se batían en las calles reivindicando la autonomía y el socialismo. Había entre las multitudes pancartas de Regis Debray y del “Che” Guevara. Como creo que sabes, aunque parezco ser el único preocupado por actualizarme en esos menesteres, este ídolo de la revolución cubana había muerto en octubre de 1967, asesinado por los militares bolivianos, en Higuera, un pueblo enterrado en la selva. Yo, con ese espíritu aventurero que me ha impedido siempre asumir la prudencia como una virtud, me uní a los encendidos manifestantes vociferando y arrojando piedras a los

gendarmes que se protegían con sus escudos y nos lanzaban agua y gases lacrimógenos.

Entre la multitud de jóvenes encapuchados, sobresalía una mujer delgada, con el rostro cubierto y una puntería impresionante; por eso, cuando ella posaba indiferente sus ojos sobre mí, yo batía palmas para felicitarla. Es lo que se llama, Pacho, amor a primera vista. Se volvió costumbre que la aplaudiera cada vez que daba en el blanco y ella me miraba, en un principio un poco sorprendida, hasta que comenzó a sonreírme desde lejos con sus ojos claros. Era increíble vérselos brillar detrás de los orificios de aquella capucha negra. De pronto, una guija la golpeó en una pierna y cayó ahí muy cerca del lugar donde me encontraba. Corrí a socorrerla, la tomé por la cintura y la ayudé a levantarse; luego corrimos, ella apoyada en mi hombro, hasta encontrar resguardo. Estaba llorando, adolorida por el golpe y además asfixiada por el exceso de gases que se le había metido en los pulmones. ¿Te acuerdas de las asmáticas que veíamos en Policlínica? Así estaba, Pacho, asfixiada y morada. Fue sorprendente que en esas circunstancias consiguiéramos escapar de los policías que nos acosaban.

Después de saltar barricadas y escondernos en los túneles del metro, con Monique cojeando, pero a salvo de las persecuciones, nos sentamos en una banca a descansar. Fue ahí cuando la mujer se quitó el pasamontañas y me dejó ver el brillo de sus hermosos ojos verdes. Por fortuna, en su pierna sólo había un moretón y pequeñas excoiaciones en la piel. “Habrá que lavar las heridas y echar algún desinfectante”. Te imaginas mi francés Pacho, un idioma que me empezó a gustar desde que estaba en bachillerato y que después reforcé cuando leía los libros de anatomía. Por eso me metí al Colombo-Francés, Pacho, para poder chapurrear con monsieur Lefevre. Cuando recuperamos el aliento, me ofrecí a acompañarla y ella aceptó que la ayudara a llegar a su apartamento, el cual, me contó, estaba en el barrio Latino. Para tranquilizarla le aclaré que era médico y me ofrecí a curarla. Entonces sonrió y las luces de las farolas de la calle le brillaron en los ojos.

Una brizna suave, refrescante, comenzaba a caer sobre el centro de París, pero amenazaba con desatarse una tormenta. Aquí también llueve Pacho, pero nunca como llueve en las cordilleras nuestras. Tomamos el metro, en ese momento casi vacío. Se veía relajada y sonreía, quizá recordando los impactos certeros asestados a la gendarmería. Cuando llegamos se aferró a mi brazo y yo comencé a sentirme su protector, su guardaespaldas, su compañero de toda la vida. ¿No te ha pasado eso? ¿Ni siquiera en Anorí cuando salíamos de rumba con las muchachas alegres? Descendimos con lentitud, yo sosteniéndola y ella recostada en mi cuerpo. Subimos paso a paso los escalones que llevaban a la calle; luego caminamos un par de cuadras; con parsimonia para no afectar sus heridas. Ella no tenía afán, y yo menos Pacho, qué afán iba a tener si ni siquiera sabía en dónde iba a dormir esa noche. Al llegar a su vivienda, el lugar no era propiamente un apartamento, apenas un modesto cuartucho en un sótano, un tugurio con las paredes repletas de humedades, dos pequeñas ventanas que daban a la calle, un colchón, una mesa, dos sillas, un baúl, un baño cubierto por una cortina de plástico y una cocineta. Sobre una de las paredes dos inmensos afiches, los mismos que engalanaban la manifestación estudiantil, el uno de Regis Debray y el otro del “Che” Guevara. De lado a lado, en uno de los extremos, dos alambres tendidos sostenían las escasas ropas de Monique: unos jeans, una falda, unas camisas, medias y calzones; y también pequeños vestidos como de un niño. Afuera comenzaba el vendaval.

Mientras le hacía una modesta curación, usando un poco de algodón y medio frasco de mercuriocromo, cosas que jamás nos enseñaron en la facultad, Pacho, porque los profesores más circunspectos lo dan por sabido o porque tampoco lo saben, sonó la puerta. En la cafetera hervía el café que ella preparaba y su olor bañaba la habitación. Ella todavía cojeaba un poco y se quejaba al caminar. En el exterior se precipitaba una cortina de lluvia y, en medio de ella, una mujer con un paraguas cargaba a un niño en su regazo. Monique se volvió tierna y lo recibió contra su pecho, le dijo mil cosas bellas en un francés melodioso y lo besó varias veces en las mejillas, en la frente y en el pelo. El niño apenas si se agarraba con fuerza de su cuello. Luego, con una mano, buscó en su bolso unos francos y se

los extendió a la mujer, la que se despidió inflando de nuevo su paraguas bajo la lluvia. “Es mi hijo”, dijo con la cara radiante; en eso todas las madres se parecen, Pacho; luego lo acomodó en una esquina del colchón y lo cubrió con una manta. El chico sonrió y se quedó tranquilo, jugueteando con los dedos de sus manos. Entonces nos servimos el café y lo saboreamos. Aquí el café es rico, Pacho, sabe a café; en Colombia nos dan la pasilla y lo que probamos son aromáticas de café. Pero puede ser una impresión mía, porque yo estaba que no cabía de la dicha. A veces las cosas nos saben según el ambiente, o dependiendo de las personas que nos acompañan.

Una botella de vino y un pan francés fue nuestra comida esa noche y el tropel de esa tarde fue motivo suficiente para que nos sintiéramos camaradas desde siempre. Ella, una militante del Partido Socialista Francés, y yo, un ex guerrillero colombiano, exilado político y con visa de turista. Éramos, o nos sentíamos, parte del internacionalismo proletario. Si hubiera sido sorprendido por la gendarmería, estaría en ese momento en la cárcel a la espera de ser repatriado a Colombia. Hablamos y hablamos hasta bien entrada la noche mientras el niño dormía plácidamente. Cuando llegó la hora de marchar, y comencé a despedirme, me dijo que no era necesario que me fuera. “El tiempo está demasiado malo”, advirtió, y en sus ojos ratifiqué su sinceridad. Me caía de perlas, pues ese día no contaba con recursos suficientes para llegar hasta mi refugio. “Quítate la ropa y haz un lugar en la cama”, expresó con su acento más cálido y yo por supuesto le hice caso de inmediato. Monique, mientras yo me desnudaba, se dedicaba a organizar algunas cosas en su baúl; sacaba, alisaba, doblaba y volvía a acomodar parte de sus prendas; luego descolgaba del alambre lo que estaba seco y lo acomodaba en el interior. También colgó mi ropa humedecida para que el viento la secase. Yo decidí entonces encender un cigarrillo y aproveché para mirar a través de las ventanas las luces de los carros que pasaban y las piernas de los transeúntes que corrían buscando refugio.

Mientras fumaba, recostado en un cojín, contra el espaldar, observaba a Monique —cómo disfrutaba un cigarrillo, con qué pasión metía el humo en sus pulmones—. La pared, pintada de un verde pálido, descascaraba a trechos por las humedades que bajaban desde el cielorraso. Cuando terminó de esculcar entre sus trebejos, tomó un camisón, y bajo su “recato” francés comenzó a desnudarse. Su cuerpo delgado y ágil moviéndose frente a mis ojos y su sombra proyectada por la bombilla contra la pared, mostrándome la película en blanco y negro de su cuerpo. El pelo, oscuro y lacio, le bajaba hasta los hombros. Las caderas armoniosas con dos hoyuelos perfectos a lado y lado, como los de una Venus o como la puta que tuve en Manizales, Josefina, ¿te acuerdas, Pacho?, esa que fue la razón para que me expulsaran de la universidad; y tenía también unos senos pequeños, más bien, digamos, tenía unos pezones grandes. Un lunar negro le resaltaba en la espalda sobre su hombro derecho. Se puso el camisón; a través de él se transparentaba una piel blanca y tersa; apagó la luz, entró al colchón por el lado de su hijo y se tendió, justo a mi lado, bajo la misma manta. Entonces seguimos hablando, de ella, de mí, de la revolución, de su vida con un anarquista que ahora estaba pagando veinte años en la cárcel, de mis libros escritos en las selvas del Vichada, mi paso por la Cuba de Fidel, algo que a ella la emocionaba; pero no le dije de mis desavenencias con los barbudos, Pacho, porque me daba temor de que se decepcionara de mí. También hablamos de sus estudios de sociología en la Universidad de París y de su embarazo de André, el niño que seguía ahí dormido, sin inmutarse con mi presencia.

Al rato, Monique simplemente se volteó hacia el lado de su pequeño hijo y se acurrucó contra él. Pero hacía frío y yo no lograba calentarme; por eso mi cuerpo, se puede decir que en una forma automática y certera, buscó el de ella, más acostumbrado a los cambios de estaciones, y realmente lo encontró tibio, acariciador. Ella tembló cuando mi piel fría entró en contacto con la suya, pero, después del brinco inicial, la sentí acomodarse en la concavidad de mi cuerpo y aceptar la caricia de mis manos que terminaron por abrazarla. Son cosas instintivas Pacho, te lo juro. Pero tengo que reconocer que se sentía suave la piel bajo la tela frágil de aquel camisón que era lo único que la separaba de mí.

Al despertar, el ruido del tráfico era intenso, una luz densa se filtraba por las ventanas, un rayo de sol teñía las primeras baldosas del cuarto y yo me encontraba solo, desnudo y sin que las ropas aparecieran por ninguna parte. Las busqué por todos lados, incluso en la intimidad del baúl donde hallé sábanas, trapos viejos, un estuche con collares y otras cosas personales de Monique; entre ellas, las cartas de su amado anarquista desde la cárcel. Yo también estaba preso, Pacho, cuando uno está en bola no puede salir a la calle; es como si le hubieran puesto cadenas. Es una cuestión mental, ¿no te parece? Leí un poco esas cartas, atento a los ruidos que venían del exterior, pero lo que leía me parecía rutinario: alusiones al niño, preguntas sobre la universidad, recriminaciones; hasta que me embargó el hecho de estar violando el derecho a la intimidad y como hombre con principios, desistí de aquella lectura. A pesar de la pobreza del lugar, todo había sido dejado en perfecto orden: la vajilla con su escaso contenido de platos, pocillos y vasos; el baúl, las ropas de Monique y las de su hijo. En la mesa de noche, pisada con un cenicero, había una nota en la que me invitaba a quedarme, si quería. Entonces me dediqué a dormir, al fin, tenía muchos sueños represados.

¡Ah! Monique más bella en cueros que con aquellos blue jeans raídos y la camisa medio abierta en el pecho —si así fueran todos los recuerdos—. Llegó al mediodía radiante, con sus ojos verdes saltando de lado a lado como mariposas, con mi ropa bien planchada, un pan francés y una botella de vino, y yo todavía desnudo bajo su manta, acomodado en la tibia hondonada de su almohada, esquivando los sitios donde se sentía el olor a orines de su hijo. Cómo pude dormirme esa noche sabiendo que sus piernas estaban enlazadas con las mías, conociendo que a pocos centímetros de mis dedos estaban sus pezones espigados y que sus nalgas tibias anidaron en mi sexo.

“Entre los amigos de Tulio reunimos el dinero necesario para el viaje de su mujer, Amira Pérez Amaral de Bayer, a París”, me contó Fabio Moreno Tobón, un médico sindicalista que admiraba en silencio al guerrillero y le había ayudado, con recursos económicos, a sortear las dificultades sufridas cuando estuvo detenido en la cárcel Modelo de Bogotá. Mi intención de hablar con el doctor Moreno surgió de leer que Tulio le envió saludes y le hizo un reconocimiento a su generosidad, en una de las cartas dirigidas a su amigo Francisco Arango. También hablé con él de asuntos relacionados con Alan Smith, un médico general, antiguo amigo de Tulio Báyer, quien iba semanalmente al hospital San Vicente de Paúl a buscar actualización en los nuevos conocimientos científicos. El hombre entraba a las salas de cirugía y nos pedía que, para contribuir con la capacitación de los médicos de las poblaciones aisladas de Antioquia, y en aras de fortalecer la educación continua, le explicáramos, por ejemplo, cómo era ese cuento del manejo de los líquidos y los electrolitos en un paciente con abdomen agudo, a lo cual nosotros, entre sonrisas, respondíamos con algunas explicaciones, recomendándole leer uno de los capítulos del libro de cirugía que los profesores habíamos escrito. Pero Alan contestaba: “No colegas, miren, a mí no me queda tiempo de leer, yo a duras penas alcanzo a mirar la página de salud de *El Colombiano*.”

Lo cierto fue que hicieron una colecta entre los médicos sindicalizados y recogieron una cantidad suficiente como para que Amira tuviera su tiquete a París y pudiera sobrevivir durante un tiempo en el extranjero. Fue Alan Smith quien la despidió en el aeropuerto. “Dile a Tulio —le dijo después de darle un beso en la mejilla— que me busque un puesto por allá, que esto por aquí está muy berraco”.

La llegada de Amira tomó a Tulio por sorpresa. Él, abandonó su guarida para irse a vivir con Monique, asistía a las reuniones de anarquistas, iba a las asambleas de estudiantes y participaba en las conferencias en donde se convocaban figuras como Jean Paul Sartre, quien se hizo famoso entre los estudiantes después de haber rechazado el premio Nobel en 1964; Simone de Beauvoir, acreditada en

aquella época más por su papel feminista que por ser escritora, y Regis Debray reconocido más como dirigente del movimiento estudiantil que por su pensamiento revolucionario.

Decidió ir a su casillero del correo. Hacía días no se acercaba por el lugar. Pensaba encontrar alguna carta del Mono Arango, de seguro preocupado por haber tomado la decisión de irse a vivir a Francia sin tener previamente un contacto que le ayudara a conseguir un empleo. Ya estaba preparando la respuesta: le diría que no sólo era columnista del periódico *Le Monde*, sino que tenía vivienda temporal y amante francesa. No se lo iba a creer. Al abrir la puerta del casillero encontró una carta de Colombia. Reconoció la letra. La abrió con prisa. Era de Amira y en ella anunciaba su viaje a París el primero de septiembre, en el vuelo 0648 de Air France. La llegada sería a las 13 horas. “No te olvides que voy sola y que no sé francés”, le decía. Tulio miró su reloj, y eran las dos de la tarde, pero no sabía ni el día ni la fecha; así que lo primero que hizo fue averiguar por la fecha. Un frío le recorrió la espalda cuando supe que era viernes 2 de septiembre y el reloj marcaba las dos y 10 minutos. “Bruto, no puede ser”. Salió desesperado y tomó un taxi. “Al aeropuerto Charles De Gaulle”, dijo. “Rápide”, recalcó. Por fortuna había recibido cien francos de los últimos artículos traducidos para el periódico *Le Monde*.

Llegó a las tres y cuarenta y cinco al muelle internacional. Salió corriendo, mirando para todos lados. Esperaba verla en alguna de las bancas del aeropuerto, somnolienta, con su maleta a un lado, esperando un milagro. El aeropuerto estaba atestado de gente. Lo recorrió de lado a lado y no vio a nadie parecido. Subió al segundo piso y desde allí comenzó a mirar palmo por palmo. Nada. “Quizás está flaca y no la reconozca”, pensó, pero descartó la posibilidad. Miró los tableros de los vuelos. “Quizá ese día no era dos de septiembre sino primero de septiembre”, pero la fecha estaba por todos lados. Había un vuelo procedente de Bogotá; indagó por él y le dijeron que había llegado a la una de la tarde. Preguntó por Amira Pérez Amaral. No estaba en la lista. “Y en el vuelo de ayer”, insistió. “Debe ir a las oficinas del centro”, le dieron la dirección. “No se lo perdonaría nunca”.

Volvió a recorrer el aeropuerto. Al final, con las manos en los bolsillos, salió caminando hacia la estación de buses. Tomó uno y se dirigió a la ciudad; allí cogió el metro hasta el barrio Latino. Cuando llegó a la casa de Monique eran las siete de la noche. Ya ella estaba esperándolo; tenía vino y había hecho sánduches de pan francés con jamón y ensalada.

Tulio iba con la firme intención de contarle a su compañera el incidente de Amira, pero no se atrevió; sin embargo, tampoco fue capaz de esconder la desazón que lo consumía. Ella esperaba una noche romántica y quería hacer el amor una y otra vez, lo había pensado desde que salió de la reunión, pero en esta ocasión no había sujeto. Preguntó con insistencia la razón del desapego, sin obtener una respuesta clara. Al fin, cansada de preguntar, se durmió vestida, dándole la espalda, y él, boca arriba, mirando las manchas del techo, no hizo sino pensar y pensar en el itinerario que debía seguir para encontrar a su mujer. Pero no logró ninguna idea concreta. Pensó qué cosa haría él, de estar en una situación similar. “Claro —se le ocurrió—, la embajada”.

Él llegó a París sin ningún contacto y con cincuenta francos. La primera noche durmió en una pieza cerca de la estación del metro. Al día siguiente logró un empleo en una cafetería, luego fue a la embajada de Colombia y pidió apoyo. Lo recibió Silvio Villegas, no porque quisiera recibirlo sino porque él se le entró a la oficina. Había unos fondos, poquitos, para ayudar a los inmigrantes durante los primeros días. Como era médico y sabía francés, le buscarían un trabajo decente, pero había que esperar. Espero, y ocho días más tarde lo llamó la secretaria del embajador a la cafetería en donde estaba trabajando. “Necesitan una persona que sea capaz de traducir noticias latinoamericanas para publicar en el periódico *Le Monde*. Tulio aceptó gustoso y empezó a recibir diez francos por cada cuartilla de pequeñas noticias.

Amanecía cuando se quedó dormido del cansancio. Al despertar, ya Monique se había marchado con su hijo. Esa vez no había ninguna nota. Se vistió y salió con la idea de ir a la oficina central de Air France. Lo recibieron con amabilidad y le dijeron que sí, que su mujer había llegado el día primero de septiembre en el vuelo 0648 de la una de la tarde, procedente de Bogotá, Colombia. Entonces se dirigió a la embajada. “Lo primero que a cualquier extranjero se le ocurriría sería ir a la embajada de su país”. Eso hizo él. Pero Tulio nunca jamás logró que Silvio Villegas lo volviera a atender. La secretaria siempre negaba a su jefe, y decía que ella estaba autorizada para ayudarlo. “¿Le ha ido bien en el periódico?”, le preguntaba desde que lo veía en la puerta. “No vengo por eso —le respondía Tulio— necesito averiguar por mi mujer. Llegó hace dos días de Bogotá y no he podido dar con ella”.

— Ponga el denuncia a la policía.

— No puedo, yo estoy ilegal. Ya se me venció la visa de turismo.

— Pues entonces pondremos el denuncia nosotros.

Ocho días más tarde la encontraron, porque un señor llamó a la embajada a preguntar si alguien había ido a buscar a una mujer llamada Amira Pérez. Estaba con una familia colombiana de la cual se hizo amiga en el mismo vuelo de Air France en el que vino. La pareja compartía con ella la fila del avión y como era necesario que intercambiaran algunas palabras, se contaron las historias. Además, hablar en un viaje tan largo era una forma de combatir el aburrimiento. Por eso logró la ayuda. El joven estudiaba una maestría en la Universidad París XII y su mujer enseñaba español en un centro de estudios internacionales. Vivían en un apartamento y les sobraba un espacio, el cual le facilitaron a Amira mientras ella encontraba al médico Báyer, que por alguna razón no había ido a recogerla.

— ¿Vinieron por usted? —le preguntaron cuando la vieron afuera con las maletas y en un estado de total desazón. Lloraba.

— La acompañaremos un rato —le dijeron para consolarla—, si no, ya veremos qué hacer.

Pero pasó más de una hora desde que salieron de inmigración y no había señales de Tulio, así que la invitaron a irse con ellos.

En ese lapso, Tulio le dio unas cuantas explicaciones a Monique. “Vino mi mujer —le dijo—, la verdad era que no la esperaba —se justificó—. Y ella, al fin de cuentas casada y con un hijo, entendió la situación, pero las cosas se complicaron cuando él decidió contarle que aceptaría un puesto que le habían ofrecido en la policía, siempre y cuando la embajada le tramitara una visa de residente. Eso la puso energúmena, así que lo insultó en un francés que él nunca entendió, lo trató de traidor por aceptar un trabajo con el enemigo, y lo echó de su apartamento y de su vida. Entonces consiguió, con algunos ahorros que ahora tenía, pagar el primer mes de un cuarto, no muy lejos del apartamento de Monique.

Cuando un mensajero de la embajada dejó una nota en el apartamento de Monique, ella no estaba. La tiró por debajo de la puerta y se fue. Por la noche, la mujer leyó la nota y conoció los pormenores del asunto. Encendió la chimenea, recibió a su hijo y lo acostó en la mitad de la cama. Le habló y le hizo las mismas caricias de siempre. Cuando lo vio dormido, se tomó la botella de vino y miró largamente las chispas que soltaba la leña. Leyó y relejó la nota, se mordió los labios y en un impulso de venganza la arrojó al fuego. “Que se joda”, repitió varias veces. Miró el papel hasta que se consumió del todo, bebió el último sorbo de la botella y se tiró en la cama al lado de su hijo.

Pero ya las pistas de la embajada estaban sobre Tulio así que le dejaron en el periódico la misma razón que habían dejado en el apartamento de Monique. Y así encontró Tulio a su mujer.

Tulio Báyer Jaramillo, médico cirujano, escritor, guerrillero, pero sobre todo un rebelde, militante de mil batallas, perdidas muchas veces, en ocasiones inventadas y la mayoría, incluso, fraguadas por un destino al que no quiso acostumbrarse. Vivió su propia guerra en todas partes. El primer combate llegó cuando su madre lo parió en la vieja casona de Riosucio: el padre andaba de viaje pues era vendedor y la comadrona no llegó a tiempo. Fue así como una sirvienta tuvo que cortar el cordón umbilical y ayudarle con el niño. La mujer, que llegó apresurada al oír los gritos de su ama, no dijo nada al verla ahí nadando en coágulos y con el bebé entre las piernas. Limpió al niño con una sábana y lo acostó en la cunita; no lo vio respirar pero advirtió que no estaba morado, no se movía, parecía dormir un plácido sueño; entonces decidió atender a la madre hasta que la placenta salió y luego la acompañó hasta verla recuperarse de los dolores y de la fatiga del parto. Le hizo el aseo, le secó el sudor de la frente, la cubrió con una manta y se fue a mirar al pequeño que aún no había llorado y no parecía querer hacerlo. Lo encontró con los ojos abiertos, mirándola fijamente, y después, le cuchicheó y les juró a las amigas, que el bebé se había sonreído con ella. Después llegó el abuelo materno quien desde el principio aseguraba que el niño se iba a morir.

Dice un tío materno quien visitó a la familia varias veces durante aquellas épocas, que el único signo de vida del pequeño Báyer era abrir un ojo y mirar hacia la luz que entraba por el resquicio de una ventana en el cuarto en donde su madre se encerraba con él horas enteras para alimentarlo. “Mi pecho te curará de todos los males que tengas”, escuchó un día que le decía al niño y parece que hubiera sido cierto, me contó el tío cuando le hice la entrevista. “El muchacho era raro y no se podía saber si sufría algún retraso o si era un ser sobrenatural”. A los cuatro años aprendió a caminar pegado de las paredes sin que nunca antes lo hubiera intentado: de pronto se levantó tambaleante, como un potrillo recién nacido, abrió las piernas para lograr la estabilidad y comenzó a dar pasos hasta la primera pared que encontró; de ahí en adelante, y durante mucho tiempo, las paredes fueron su principal soporte. En lugar de acortar camino, daba la vuelta por todos

los cuartos antes de llegar a la cocina. Al cumplir los cinco años habló por primera vez, de corrido, con una voz aflautada que según dicen conservó hasta la vejez, y todos se asustaron al escucharlo, porque se levantó una mañana parlotando y no paraba de contar historias; ésas que les había oído a sus padres durante años. Parecía una lora mojada.

Cuando tuvo uso de razón, dicen que a eso de los siete años, intentaron que hiciera la primera comunión, pero él se negó rotundamente, se encerró en su cuarto y no volvió a salir hasta escuchar la promesa de que no insistirían más en el asunto. Fue entonces cuando la madre recordó y añoró al abuelo, don Julio Jaramillo, quien se había atrevido a bautizarlo *in extremis*. ¿Sería que lo llamaba para decirle que hiciera lo mismo? “De aquí en adelante, esa será la única manera de darle los sacramentos, incluso con el riesgo de tener que repetírselos”, confesó resignada la madre, mientras su padre, don Rafael Báyer, con sus enredos filosóficos nacidos del ancestro alemán, acusaba al abuelo de ser responsable de la situación del muchacho. Entró a la escuela leyendo de corrido y humillando a los compañeros, pero nunca hizo una tarea, y si le eran requeridas, las citaba de memoria; así que la maestra no sabía si debía calificarlo bien o hacerlo perder las materias; por eso, para congraciarse con su conciencia, tomó la decisión de ponerle uno en las tareas y cinco en los exámenes, y el muchacho siempre ganó de esa forma, con un tres raspado. Como era el más alto del salón lo ponían en la última banca y desde allí lanzaba tizas y papeles todo el tiempo. Y lo habrían descubierto si la profesora hubiera abierto la tapa del pupitre, porque allí almacenaba su munición; pero tenía el don de parecer un santo de palo, razón por la cual la maestra lo descartaba como el autor de las fechorías.

Se graduó sin honores con un promedio general de tres con cinco. En todas las materias tenía tres pero no hubo manera de rebajarle en idiomas pues sabía más francés e inglés que el profesor de lenguas extranjeras. Hasta latín recitaba como un monaguillo. La única materia que perdió en bachillerato fue religión, pero le

dieron la oportunidad de ganarla si se leía la Biblia y él no sólo la leyó con fruición enfermiza sino que recitaba párrafos enteros del antiguo y el nuevo testamento. “Tulio —le preguntaba el cura Alfonso Barrientos, profesor de la materia— ¿cuál fue el mensaje de Jesús a los Corintios?” y Tulio se paraba ceremonioso, se colocaba la mano derecha en el pecho, levantaba la barbilla como si estuviera al frente de una multitud de seguidores y recitaba los versículos, mientras los compañeros, y el mismo cura complacido, reían y aplaudían con entusiasmo.

Al terminar el bachillerato le preguntó al doctor Sebastián Carrillo cuál era la mejor facultad de medicina del país. Atendió sólo su concepto. Hizo cálculos basados en las posibilidades de sobrevivir y allí decidió ir a estudiar. Al comunicarle a sus padres, no pidió permiso ni hizo solicitudes, sino que les contó su determinación. Ellos trataron de disuadirlo con el argumento de que allí sería muy difícil ganar los exámenes; desde ese entonces se decía que a esa facultad no pasaba sino el diez por ciento de los aspirantes; pero su decisión fue inquebrantable, de modo que no insistieron. Y por si las moscas, los Báyer hablaron con la familia Peláez Gómez. Doña Tulia, que apreciaba mucho a misiá Elisa, no pudo negarse a la solicitud después de aquella amistad que las había llevado a comer juntas del mismo plato y a jugar parques por las tardes al frente de la piscina. “Alguna cosa hacemos hija —le dijo— uno por los hijos hace cualquier cosa y hoy por ti y mañana por mí”.

“Qué examen tan fácil” les dijo a los compañeros cuando entre todos comentaban las respuestas en el bar en donde algunos celebraban y otros bebían cerveza de la desilusión. La medicina era un horizonte desconocido que se abría ante sus ojos, pues aquellos muchachos eran casi todos ricos de familias prestantes y él era apenas un desconocido de una población que ellos ni siquiera habían oído mencionar; sólo reconocían que era algún lugar de Colombia cuando él les decía que estaba cerca de Manizales. Lo único que no supo responder de aquel examen fueron las preguntas de falso y verdadero, porque todas las opciones le parecían

posibles. A los ocho días vio su nombre entre la lista de los admitidos; entonces regresó a Riosucio, les dio las buenas nuevas a los padres y se entró a su cuarto a preparar lo que iba a empacar para llevarse. Ellos se quedaron perplejos y no sabían si felicitarlo o no, porque parecían sentirse orgullosos pero a la vez desconocían cómo iban a sostenerlo en Medellín. Fueron ocho días de incertidumbres en los cuales él preparaba sus sueños y ellos trataban en vano de desbaratarlos.

Sin embargo, en el primer año estuvo en la cuerda floja. Perdió anatomía, la cual sólo podía repetir una vez, y dice su compañero el “Mono” Arango, que la razón para el fracaso era que tenía que trabajar por la noche en las cantinas para poder sostenerse. De esa historia le queda el recuerdo de Guayaquil, cuando era una ciudad nocturna, la antítesis de la vida normal y el complemento para los que se creían normales. Allí iban sus profesores a beber y él les servía los tragos y les recomendaba las prostitutas. Cuando lo echaron de la casa de los amigos de su mamá, después de aquel incidente del cementerio, terminó viviendo en uno de aquellos cuartos, compartiendo con las prostitutas, a las que examinaba cuando estaban enfermas y a las que proveía de muestras médicas cuando no tenían con qué pagar los medicamentos. Valga la pena aclarar, como lo supe por un relato íntimo de una de sus novias, que nunca les pagó un peso a las prostitutas. “Siempre nos trataba como amigas o novias o compañeras y nosotras nos sentíamos orgullosas porque era un pichón de médico”.

Su carrera de medicina fue un dechado de controversia. Siempre fue líder, representante estudiantil, contradictor, quejoso frente a las injusticias y el mal ajeno. No había tema que no discutiera, ni asunto que se le pasara por alto. Siempre vio en los ricos y en los dueños del poder a los enemigos de sus causas. Allí anidaban las oligarquías y el imperialismo. Encontró en la oposición de Jorge Eliécer Gaitán y en las revoluciones soviética, china y cubana, las posibilidades que debían emularse y ese camino lo llevó a corretear los ejércitos ilusorios y reales. Pero también descubrió que los abanderados de esas luchas eran hombres que tenían otros sueños, sus propios sueños, no siempre coincidentes y

muchas veces disímiles. Por eso tropezó con hampones y bandoleros, o con simples liberales y con ellos guerreó sus ideas, un poco locas para enfrentar las realidades.

En su éxodo obligado descubrió la Cuba de los libertadores de la Sierra Maestra. Sería la oportunidad para nutrir su mente con la experiencia viva de la revolución triunfante. Allí deambuló entre héroes y burócratas, hasta que vio que existían diferentes maneras de ver el mundo y que él tenía una personal, quizá demasiado pura. Por eso no encajó y terminó en París, en donde los sueños de una anarquista le hicieron revivir los suyos de juventud y en ellos se enterró como un sonámbulo, hasta que lo rescató Amira Pérez Amaral y le recordó que estaban en un país lejano, lejos de la patria y de los amigos, sin visas de residente, sin trabajo, sin posibilidades de volver, y que ya habían pasado por todas las guerras posibles, luego lo mejor era asentarse, como se lo había sugerido el “Mono” Arango en una de sus cartas.

28

Lo que ocurrió después, se pudiera decir, se encuentra referido en la correspondencia que mantuvo Tulio con sus amigos. Quince años en París, viviendo de traducir al francés noticias latinoamericanas y atendiendo las consultas médicas rutinarias de los policías franceses. Un deseo obsesivo de publicar sus libros, los cuales creía, eran obras monumentales, como *San bar, vestal y contratista* sobre la vida de monseñor Baltasar Álvarez Restrepo, rector del Colegio de Manizales y quien luego fuera obispo de Pereira, al fin publicada por editorial Hombre Nuevo en 1978; sus conflictos con los periodistas que todavía lo visitaban como a un símbolo del movimiento revolucionario en Colombia y quienes, buscando los recibiera en su apartamento, mientras conocían a París, le prometían ayudarlo en la publicación de sus libros; y el desenvolvimiento de una enfermedad que cargaba desde el nacimiento y se convertiría en la guerra de los últimos días.

Siendo un estudiante de medicina, en 1945, supo que un soplo le zumbaba en la válvula aórtica. Su figura alta y desgonzada, sus brazos largos como los de un mandril, sus ojos como perdidos, la piel demasiado laxa y amarilla denotaban una rara enfermedad; quizás un mal genético. “Fue la primera vez que me sentí al borde de la muerte”, le dijo a Amira una fría mañana de finales de octubre de 1984. Casi sin darse cuenta, se encontró en el hospital “Hotel Dieu” lleno de sondas y circundado por aparatos desconocidos. Ni siquiera sintió tanto riesgo al verse rodeado durante cuarenta y cinco días, agotado y enfermo, por las fuerzas al mando del coronel Álvaro Valencia Tovar, después de la última toma de Puerto López. Pero la cuestión duró pocos días, porque pronto fue dado de alta y regresó a su apartamento en el número 28 de Boulevard de Reuilly.

La mujer de Tulio les preparó un café a los amigos de la policía, que le hacían la primera visita después de salir del hospital. Ellos bebían a pequeños sorbos mientras conversaban. Tulio hubiera preferido un diálogo más acogedor, bebiendo una buena botella de vino tinto, un Bordeaux por ejemplo, sentados en algún bar, mirando pasar los barcos cargados de turistas que recorren el Sena, como muchas veces lo hizo mientras vivió con Monique. Pero estaba bien entrado el otoño y no había más remedio que guarecerse de la lluvia. “Cuídate, una neumonía sería fatal”, le decía Amira.

El aire era denso por el tabaco, que no abandonaba a pesar de las prohibiciones médicas. La mujer se resignaba pero lo regañaba. Era gorda y caminaba con dificultad. Las caderas difícilmente le cabían en las poltronas de la sala y cuando entraba en ellas le daba brega salir; por eso prefería arrimar una silla del comedor y sentarse allí para explayar hacia los lados sus carnes, sin dificultad. Era morena, de facciones indias, acento venezolano y apenas si machacaba un poco el francés, por las continuas recriminaciones de su marido. “Bonsoir”, les dijo al entrar y después no les volvió a dirigir la palabra.

Siendo joven, era una muchacha llenita, y de una cara redonda y fresca. La mujer servía en los pocillos pensando en otras cosas, metida en sus propios recuerdos;

esos cuentos que su marido no dejaba de contar sobre la historia de Colombia, los había oído miles de veces. El aroma del café la regresaba a los amaneceres del Llano, al café cerrero que tomaban antes de emprender largas jornadas por entre los pastizales; a los recorridos en canoas por los ríos, los caños, los raudales, los tremedales de las orillas del Orinoco; a los ranchos de Casuarito y las largas conversaciones con las otras mujeres hablando de sus maridos y de los hijos de ellas, y de los nietos, creciendo al desgaire, no se sabía ni cómo.

El “tanquecito”, como la llamaba su marido, servía más café y se abandonaba a los recuerdos. “¿Qué sería de su vida si continuara siendo la esposa de Serapio, el capitán de la Guardia Nacional Venezolana?”, pensaba. “Dicen que lo mataron, pero yo nunca pude saber si fue cierto. De todos modos, el día que lo supe no sentí nada”, recordaba. También le vuelve a la memoria doña Luisa de Medina, quien les diera albergue cuando Tulio hubo de salir del puesto de salud de Puerto Carreño. “¿Qué será de Luisa?, tan querida con nosotros”. Se le vienen a la cabeza las travesías en canoas por el río Inírida, atendiendo enfermos y haciendo los contactos con los antiguos jefes guerrilleros. Jamás olvidará a Flabio Barney y a Alfredo Marín, quienes los abandonaron y los dejaron a merced de la persecución que en ese momento le hacía el capitán Acosta Polanco.

Tulio despabila detrás de unos lentes gruesos que también le sirven para leer. Sus ojos amarillean bajo la luz de la lámpara del techo, en la pequeña sala del apartamento. A su lado, la mujer le sostiene la taza con el café, porque a él la debilidad de los músculos no le permite cargar ningún objeto. Se trata, dijeron los médicos, de una atrofia muscular resultante de la inactividad, pues hace varios meses está casi postrado, reducido a una silla. El hombre apenas si alcanza a sostener un cigarrillo; lo aspira con fuerza, reteniendo el humo lo más que puede. Disfruta el escozor entre los bronquios; esa picazón entrando como un cuchillo le da bríos, le alimenta los recuerdos. Tanto él como ella parecen un par de moles, condenados a estar incrustados en poltronas, donde apenas si caben.

Amira está cansada de las visitas; se levanta y da vueltas por la cocina. Llena una regadora y le echa agua a las matas de la sala; se ven bien y refrescan el ambiente del apartamento. Son unos helechos que en invierno se esponjan y en verano casi desaparecen. Añora la fuerza del trópico, la voluptuosidad de su naturaleza, la abundancia, la variedad. Cómo quisiera un jardín de anturios, unas veraneras y unos sanjoaquines, o tan siquiera unas chafleras. Luego toma un sacudidor y quita el polvo acumulado en el escritorio de Tulio, entre sus libros y en su máquina de escribir. Tulio la mira de lejos y parece querer decirle algo, pero las palabras no le salen. Se agita y uno de los policías le hace señas a Amira. Ella voltea a mirarlo y le ve los aspavientos y reconoce los gestos. Sabe que él está preocupado por su nueva máquina de escribir, porque se le ha metido en la cabeza que ella le descalibra las teclas y las desacomoda. “Después no escribe lo mismo”, le ha dicho. “Yo sólo le quito el polvo —se enoja ella—, mientras más viejo, más chiflado”.

Tulio ha tenido tres máquinas de escribir en su vida. La primera la consiguió en una prendería en el barrio Guayaquil, en el pleno centro de la ciudad de Medellín, muy cerca de la pensión adonde tuvo que ir cuando, siendo estudiante de medicina, lo expulsaron de la residencia de la mejor amiga de su madre. Era una Olivetti: una maravillosa prenda de anticuaría, con teclas redondas y letras blancas sobre fondo negro, con barra espaciadora, palanca de interlineación y mecanismo de retroceso. Imprimía en una cinta negra y roja, y con sólo mover un dispositivo devolvía el carrete, facilitando la escritura; a esa joya le debe la primera novela: *Kilómetro 18, carretera al mar*, pero la máquina fracasó en el sofoco de las tardes cálidas en el pueblo donde hizo su año rural. De pronto no volvió a funcionar el mecanismo que hacía correr la cinta y, por más que lo intentó, desbaratando pieza por pieza, no logró corregir el daño. La segunda, fue una Remington que lo acompañó en el Vichada en su recorrido por Puerto Carreño, Casuarito y Santa Rita y le sirvió no sólo para escribir su *Carta abierta a un analfabeto político* sino para hacer los memoriales de los indocumentados, al ser nombrado cónsul en Puerto Ayacucho, pero terminó en una bodega en la casa de doña Luisa de Medina una vez decidió ingresar al comando de Rosendo Colmenares durante la

guerra de “los tres brincos”; de allí la rescató Amira y se la devolvió cuando se encontraba en la cárcel Modelo, sindicado de rebelión. También con ella escribió *Gancho ciego*. Fue esa máquina la que le robaron sus compañeros de lucha, al abandonarlo en las montañas de la Sierra Nevada de Santa Marta. Y la tercera la que compró en París en compañía de Monique, aquella tarde celestial en la que al no reconocer cual era el sentimiento más apetecible (si el afecto por Monique o el que nacía con su nueva Underwood), terminó pensando en ambas, con delirio, casi simultáneamente.

Ocho días más tarde Tulio sufrió un nuevo ataque al corazón que lo tuvo varios días interno en el hospital Hotel Dieu. “Estuvo muy mal —le dice Amira a un periodista amigo que ha venido a visitarlo; lo hace con discreción, para que el enfermo no se entere—, y si bien ahora se encuentra recuperado, su estado, dicen los médicos, sigue siendo crítico. Es muy resabiado, no quiso quedarse en el hospital. No ha perdido la costumbre de protestar. Firmó cuanto papel le entregaron y dijo que no se quedaba un minuto más”. Lo trasladaron en ambulancia, y los enfermeros lo subieron en camilla al cuarto piso de su apartamento en Boulevard de Reuilly; ahora está pegado de un tanque de oxígeno a través de una sonda que le entra por la nariz y de la cual se queja todo el tiempo. “Es un martirio verse sometido a contrariedades que no dependen de nosotros, pero eso no es lo más grave —exclama con enfado—, lo más grave es que no pueda fumarme un cigarrillo, dizque por el maldito riesgo de una explosión, como si para mí morir en medio del estruendo fuera un deshonor”.

—Se deberían ir ustedes dos a dar un paseo y dejarme a mí solo para poder fumarme un cigarrillo. Habrán de saber mi adicción al tabaco, porque han de saber también que ya me curé de las otras adiciones: el alcohol, el sexo y el comunismo—. No ha acabado de hablar cuando le viene un acceso de tos, y su piel, de un color cenizo, termina siendo púrpura.

El periodista se pone nervioso y el tanquecito lo riñe por jugar de ese modo con la vida. Tulio está acostado en su cama con los pies levantados sobre unas almohadas; su cuerpo, semisentado, se recuesta sobre el barandal, las piernas permanecen hinchadas porque el corazón aún está débil para bombear la sangre que le llega; hay unos frascos con drogas (digital y furosemida) en el noyero, y al lado derecho, se encuentra un cilindro de oxígeno con un regulador que al vaporizarse en un frasco con agua le inyecta tres litros por minuto. Hay un extraño olor a ungüentos o menjurjes, a penca sábila, que es lo que usa Amira para masajearle el pecho y avivarle la respiración.

—Si no fuera porque pongo en riesgo al “tanquecito” —dice Tulio cariñosamente, esa sería mi muerte preferida: una explosión. Yo no soy hombre para morir de enfermedades ordinarias. Mi vida estaba destinada para una bomba de ésas que arrojaban los bombarderos F47, de las que mataron a la mujer y a las hijas de Leonidas Lara, o de un tiro de fusil M1, o de un Linger, o hasta de una escopeta o un gras o un chispum o cualquier cosa que botara fuego.

Tulio está asfixiado y su piel ha pasado del amarillo tradicional a un tinte azulino. Se ahoga muy fácil con la conversación y debe parar para tomar aire. Ya ha hablado bastante. Tose de nuevo y los pulmones se le sienten congestionados. Le hierven de secreciones. Amira lo asiste, no se mueve de su lado, le toca la frente y la siente caliente; le ofrece una aspirina, le arrima una cubeta, le acerca un pañuelo.

—No hables más —le dice Amira a Tulio — te vas a volver a enfermar. Y tú — dirigiéndose al periodista—, ¿no puedes dejarlo descansar? ¿Es que tienen que hablar toda la vida de lo mismo? Yo ya me sé las preguntas y respuestas de memoria.

El periodista la mira y sonrío. Sabe que no hay nada más importante para Tulio que hablar de política. Y si va a morir pues que muera en su ley. Tulio no tiene dolores, pero está débil y siente la lengua pesada. Sabe que lo asisten malos síntomas, pero prefiere no hablar de ellos. A veces mira a su amigo y otras a su esposa y luego al techo que suena de vez en cuando con las pisadas de los

vecinos, y a las paredes descascaradas por la humedad. Piensa de nuevo en Morelia Angulo y también en Monique. Hubiera querido cambiar el papel que cubre el cuarto para poner uno más alegre y de paso ocultar los parches negros que dejaron las goteras en el último invierno. Pero no hubo oportunidad. A muchas cosas en la vida no les alcanza el tiempo. El periodista lo nota demasiado cansado y poco a poco lo ve entrar en una especie de estupor. Pero, a sabiendas de que no está en condiciones de escucharlo, continua hablándole como si estuviera leyendo en voz alta una historia para el periódico; quiere ponerle punto final a la conversación, cerrar la historia y dejarlo partir.

Amira se ha quedado dormida. Ronca suavemente en la poltrona que ha colocado al lado de la cama de su marido. El periodista la observa. Ella ya no lo oye y se ha cansado de protestar. No sabe si Tulio está dormido o si definitivamente ha dejado de respirar. Son las doce de la noche. Es muy tarde para salir y no se siente con ganas de enfrentarse al frío de la calle y someterse a la tragedia de taxis y metros para atravesar la ciudad. Por eso prefiere seguir hablando, quedo, muy cerca del oído de Tulio, que estará satisfecho de irse a la eternidad oyendo las historias que fueron la ilusión de su vida. Siempre amó la política. Nunca se levantó de una conversación donde se estuviera hablando del tema, y si éste no era objeto de discusión, él buscaba la forma de introducirlo. Muy pocas veces escribió una carta sobre cosas personales sin mezclar los argumentos políticos. El periodista está cansado pero no sería capaz de dormir en medio de su agonía, por eso prefiere seguir hablando.

El oxígeno suena en el recipiente con agua. Ahí se humedece antes de entrar en los pulmones de Tulio; pero la piel se le ha tornado oscura y los labios están amoratados; la boca, un poco abierta, anda desencajada. Atrás quedaron los intentos por lograr un país mejor. Ya no hay fuerza para rebelarse más, ni siquiera contra la muerte. Pero aún quedan las convicciones: “En Puerto López —había dicho en una de las cartas— no hubo ningún acto de barbarie, ni se violó, ni hubo borracheras, ni se asaltó la Caja Agraria. Se pagaron incluso las provisiones requeridas”. Tulio parece inmóvil, ya no existe el brillo en sus ojos, las pupilas dilatadas le oscurecen el iris. La boca entreabierta no emite ronquido alguno. No

hubo un último suspiro. La mirada fija del periodista se cansó de esperar el vahído final, quizá fue un descuido de su percepción o tuvo ocurrencia cuando despabilaba. Las manos de Tulio, de dedos largos, se acomodaron sobre su pecho, como si allí radicara lo que hasta el final quiso proteger: su corazón. “Pero estoy seguro de que aún sigue oyendo, por eso no hay razón para no terminar la historia; sabrá esperar hasta el final”.

El periodista le toca la frente y está fría; un rocío de muerte le cubre el rostro, pero presiente que todavía lo oye. Los muertos siguen oyendo lo que se les dice hasta muchas horas después de fallecer. Siguen oyendo y les siguen creciendo el pelo y las uñas. Hace frío. Quizás es la presencia de la muerte. Busca una manta y cubre a la mujer que se ha dormido del cansancio y que respira en una forma pausada. “No voy a despertarla, me quedaré en el sillón de la sala y esperaré al amanecer. Sé que ella se levantará, se acercará, le verá el color, le tocará el frío de la piel y dará un grito. Yo estaré entonces allí para ayudarla”.

“Ya casi amanece. Los primeros rayos de luz entran por las claraboyas y por los resquicios de las ventanas. El amanecer ha sido frío y todavía llueve. Amira está profunda. Es mejor que descanse. Sé que hubiera preferido estar a su lado viéndolo morir. Lo que sigue de aquí en adelante será más duro. Lo cremaremos y esparciremos sus cenizas en los Pirineos. Como fue su última voluntad. Volver al elemento, al átomo, a la naturaleza”.